

The background of the cover is a painting of a woman's face and neck in profile, facing right. She has long, wavy, reddish-brown hair. A hand is shown holding a large, clear, faceted diamond ring, positioned near her neck. She is wearing a dark red garment and a thin chain necklace. The overall style is painterly and intimate.

CARLO FRABETTI

Detective íntimo

Lectulandia

¿Quién es el detective íntimo?

Descubre a este atípico investigador que desvela los secretos y pulsiones más salvajes y enrevesadas de sus clientes y las incógnitas más ocultas de la literatura.

Si un detective privado se ocupa de la vida privada de sus clientes, el detective íntimo se ocupa de su vida íntima, lo que lo convierte en una especie de atípico psicólogo/investigador que resuelve los más abstrusos problemas intelectuales y emocionales con la ayuda de su tía Marta, una mujer tan imaginativa como audaz.

A su despacho llegan un sinfín de personajes peculiares con otras tantas peticiones sorprendentes, que van desde completar un poema de Cadalso, a desvelar el sentido oculto de una partida de ajedrez o averiguar por qué Chesterton eliminó a uno de sus personajes más logrados. Su caso más especial y complejo llevará al protagonista a sumergirse en el intenso drama familiar de Leonor, una atractiva escritora que ha «perdido» su última novela.

Detective íntimo es una lectura dinámica, con diálogos brillantes, constantes referencias a la literatura universal, y altas dosis de humor sarcástico.

Lectulandia

Carlo Frabetti

Detective íntimo

ePub r1.0

Titivillus 04.08.18

Título original: *Detective íntimo*
Carlo Frabetti, 2018
Diseño de cubierta: Yolanda Artola
Ilustración de cubierta: David de las Heras

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Teresa Inglés y Montserrat Roig,
domadoras de diablos.
In memoriam.

Car si l'hom és a mals aparellat,
la veu de Mort li és melodiosa.

AUSIÀS MARCH

El ángel recaído

La mitad de la historia

Como le advierte a Scaramouche su enigmático maestro de esgrima, la espada es un pájaro: si lo sujetas con demasiada fuerza, lo ahogas; si no lo sujetas con la fuerza suficiente, se escapa. Y con la atención ocurre algo parecido: si es escasa, las ideas no llegan a cuajar y se escurren como agua (o más bien como una sopa espesa) entre los dedos de la mente; pero una concentración excesiva puede hacernos perder de vista el contexto y dificultar las asociaciones libres. Por eso la clave del pensamiento lateral es la atención flotante. Y el pensamiento lateral es la clave de mi trabajo.

Pero hay clientes que no te permiten relajarte ni un segundo y mucho menos flotar, que te obligan a estar todo el tiempo, más que atento, alerta, como si fueran a atacarte de un momento a otro. Y a veces lo hacen.

—En esencia, se trata de capturar a un demonio —dijo el hombre que estaba sentado al otro lado de mi escritorio, con sus ojos enrojecidos clavados en los míos y los músculos en tensión, como un lobo famélico.

Alto y delgado, de unos cuarenta y cinco años, cabello tupido y oscuro veteado de canas precoces, rostro anguloso y simétrico, barbilla partida, muy pálido, vestido de gris... Parecía un galán de los años cincuenta recién salido de una película de terror en blanco y negro, con sus ojos inyectados en sangre como única nota de color.

—Verá, no sé si está usted bien informado con respecto a mi trabajo —repliqué escogiendo cuidadosamente las palabras—. Yo no soy un exorcista ni...

—Es usted un detective íntimo, ¿no es cierto? —me interrumpió él sin disimular su impaciencia—. Un criptodetective, un investigador de lo subyacente, de los deseos inconfesables y los sentimientos salvajes.

—Se podría definir así, pero...

—¿Y qué son los demonios sino apetitos desordenados y afectos furiosos? El demonio de los celos, el monstruo de ojos verdes...

—Pero eso son metáforas. En realidad...

—¿Hay algo más real que las metáforas, cuando hablamos de sentimientos?

—¿Por qué no me lo cuenta todo desde el principio? —le propuse tras una pausa.

—Si pudiera contarle todo, no estaría aquí pidiéndole ayuda. Un demonio interior es una construcción lingüística, un conglomerado de palabras envenenadas, un nudo de víboras verbales, de oraciones viciosas que se muerden la cola. Si pudiera contarle todo, el demonio se desmadejaría, se disolvería en el aire del aliento. Pero sí, de acuerdo, intentaré decir todo lo que quepa en una línea.

—No hace falta que sea tan escueto. Puede extenderse todo lo que quiera.

—Un relato verbal, por extenso que sea, siempre es una línea. Aunque mida

cientos de metros y esté dividida en miles de segmentos, como en los libros, sigue siendo una línea única y unidimensional que se recorre en una sola dirección, y mi historia, cualquier historia verdadera, es un amasijo de dimensiones espaciotemporales, un nudo gordiano de contradirecciones y sinsentidos... ¿Quiere que empiece por el principio? De acuerdo, finjamos que las cosas tienen un principio y pueden tener un final... Yo era profesor de Ética en la facultad de Filosofía y Elia asistía a mis clases... Sí, ya sé lo que está pensando: el viejo tópico del profesor y la alumna. Y tiene razón, así es, así fue... Elia tenía veinte años y yo treinta y cinco, y al principio ni siquiera me fijé en ella. Ni en ninguna otra alumna, nunca me han interesado las jovencitas. Un día, en la cafetería de la facultad, oí a un grupo de chicas que hablaban de ella. Tengo el oído muy fino y a veces oigo cosas que sería mejor que no oyera. «Elia es una golfa —dijo una de las chicas—, se ha acostado con tres tíos en una semana». «Y también se tira a los profesores», añadió otra, y todas rieron a coro. Entonces me acerqué a ellas y, de forma cortés pero firme, les reproché que estuvieran vituperando a una compañera a sus espaldas. Unos días después, Elia vino a mi despacho a darme las gracias... Por cierto, fue la única vez que me dio las gracias por algo... No quiso decirme cómo se había enterado ni habló mal de sus compañeras, lo cual me pareció de una gran dignidad por su parte. «Me caes muy bien —dijo con una sonrisa al marcharse—, pero no te hagas ilusiones: no es verdad eso de que me tiro a los profesores». Y yo, por hacerme el gracioso, por parecer mundano, pronuncié la frase que sería mi ruina. «Qué pena», dije. Y entonces Elia se detuvo en seco, con la mano en el picaporte de la puerta de mi despacho. Me miró muy seria durante un minuto interminable; pensé que estaba molesta, que iba a hacerme algún reproche; pero lo que hizo fue cerrar la puerta con llave y luego, muy lentamente, empezó a desnudarse... A veces nos enteramos de que alguien estaba vivo al ver su esquila en el periódico. Yo me enteré de que estaba muerto al renacer en ella, con ella. Estaba tan llena de vida, de curiosidad, de ganas de aprender... Al principio, Elia mantenía las distancias. No en la cama, desde luego, pero... Más con su actitud que con palabras, me daba a entender que no quería comprometerse ni hacerse demasiadas ilusiones, ni permitir que yo me las hiciera. Pero al cabo de unas semanas empezamos a vernos casi todos los días y a dormir juntos casi todas las noches. Y entonces me asusté, y se lo dije. Le dije que respetaba plenamente su forma de plantearse las relaciones amorosas, pero no la compartía. Del mismo modo que yo no podía ni quería acostarme con otras mujeres, no podía ni quería compartirla a ella con otros hombres. Y ella me dijo, y yo la creí, que tras haber experimentado conmigo la plena fusión entre confianza, afecto y sexo, no se planteaba siquiera la posibilidad de acostarse con otro. Fue el día más feliz de mi vida. Deseé que hubiera un Dios para poder darle las gracias.

Su torrente de elocuencia se congeló de golpe. Incliné (o más bien dejó caer) la cabeza hacia delante y quedó inmóvil, con la barbilla clavada en el pecho.

—¿Cuánto tardó en acostarse con otro? —pregunté tras una larga pausa.

—Seis meses —contestó él con voz átona, sin levantar la cabeza—. Aunque supongo que debería añadir «como máximo»... Un día empecé a notar un intenso picor en el glande, fui al médico y me dijo que tenía una infección venérea. Estaba tan convencido de que no había podido contagiármela ella, que se lo conté casi con vergüenza, como excusándome: «Te aseguro que no he estado con otra —le dije—. La habré cogido en el gimnasio, alguien habrá usado mi toalla sin decírmelo». Y entonces me confesó que se había acostado con otro el fin de semana anterior, mientras yo estaba de viaje. El viernes había hecho el amor conmigo, el sábado y el domingo había estado con otro, y el lunes había vuelto a hacer el amor conmigo. No podía creerlo, literalmente... La traición es increíble. Porque si alguien en quien confías plenamente te defrauda, se desgarran la red de pequeñas certezas cotidianas que te sostiene, te derrumbas sin remedio. Por eso es tan frecuente que la persona traicionada sea la última en enterarse, porque la traición es increíble. Es como mirarse al espejo y ver a otro... «¿Cómo has podido?», balbuceé, y ella contestó a mi desesperada pregunta retórica con un encogimiento de hombros y una escueta frase que sería mi sentencia de muerte: «Como los animales». Créame, no sentí celos, ni rabia, ni indignación; solo pena y horror, un horror sin límites y una inmensa pena que no dejaban lugar para ningún otro sentimiento o emoción; pena por los dos, por ella y por mí, por todo lo que habíamos perdido absurdamente... Estuve casi un mes sin salir de casa, sin ver a nadie, sin hablar con nadie, sin comer. Irónicamente, me salvó la infección: el intenso picor hacía que de vez en cuando me levantara como un sonámbulo y fuera al cuarto de baño a lavarme bajo el chorro del grifo del lavabo, y de paso, mecánicamente, cogía un poco de agua en el cuenco de la mano y bebía unos sorbos; de lo contrario, habría muerto deshidratado... Un amigo que vivía cerca y tenía una llave de mi casa, extrañado de llevar tanto tiempo sin verme, acabó entrando, me encontró tirado en el suelo y llamó a una ambulancia... Y allí, en el hospital, apareció el demonio.

—¿Qué aspecto tenía? —pregunté, más que nada para aliviar la tensión de su súbita pausa.

—¿Se burla de mí o me toma por loco? —replicó con los ojos encendidos.

—Ni una cosa ni otra, por supuesto. No estaba pensando en una alucinación —mentí—. Pero el demonio es un arquetipo de nuestra cultura, todos lo vemos de una forma u otra..., en nuestra imaginación.

—¿Cómo lo ve usted?

—Como un ser informe y gris, plomizo, de lengua viscosa y negra.

—Para mí es un ruido interior, un estruendo furioso que acaba articulándose, convirtiéndose en una voz. Coincidimos en lo de la lengua viscosa y negra, aunque yo no la visualizo, solo la siento como una serpiente que reptar y se retuerce en mi interior... Estaba tumbado boca arriba en la cama del hospital, con los ojos clavados en el techo, cuando el demonio empezó a reír dentro de mi cabeza. Una risa furibunda que acabó cuajando en palabras obscenas y pegajosas, como un chorro de sangre que

se coagula... «Solo un pobre imbécil como tú podía poner todo su afecto y toda su confianza en una perra salida para la que tus caricias más delicadas y tu ternura reverente valen menos que los empujones de una polla sucia que convirtió tu sagrado templo del amor en una inmunda cloaca infestada de gérmenes repugnantes y ni siquiera tuvo la mínima consideración de usar condones como habría hecho hasta la más tirada de las putas...».

Se detuvo para tomar aliento, pues al parecer su demonio interior hablaba sin puntos ni comas.

—Deseé que hubiera un Dios para poder maldecirlo —prosiguió con un hilo de voz al cabo de unos segundos—. No podía soportar la idea de que, un día después y un día antes de hacer el amor conmigo, la persona a la que más quería hubiera sido un trozo de carne en manos de un lujurioso... Si se hubiera enamorado de otro, el dolor no habría sido mucho menor; pero al menos habría podido seguir respetándola y respetándome a mí mismo. Si lo hubiera hecho después de una pelea, o en un momento de distanciamiento... Pero directamente pasó de mis caricias llenas de ternura a hacerlo «como los animales», según sus propias palabras... Ni planeándolo minuciosamente podría nadie haberme asestado un golpe tan duro. Un golpe como del odio de Dios... Pero resistí. No podía acallar los rugidos del demonio interior; pero sí que podía evitar que salieran al exterior y llegaran hasta Elia, y a ello dediqué todas mis energías. Retuércete y ruge cuanto quieras, le decía al demonio, no conseguirás ni siquiera rozarla con tu lengua venenosa, pues para ello tendría que prestarte yo la mía... No le dije a Elia ni una mala palabra, no le dediqué una sola mirada despectiva, y, aunque la inseguridad acabó con el deseo, no permití que el horror y el asco ahogaran el afecto... Poco a poco nos fuimos distanciando, pero en ningún momento pudo ella sospechar siquiera la existencia del demonio que me roía las entrañas. Y al cabo de un tiempo se fue a vivir a otra ciudad.

Parecía el final del relato. Tras una larga pausa, consulté mis notas y dije:

—Si no recuerdo mal, ha empezado diciendo que había que capturar al demonio.

—¿Eso he dicho? —preguntó súbitamente sobresaltado—. Sí, eso es lo que he dicho —se contestó a sí mismo.

—Pero si ese demonio está confinado dentro de su cabeza, si no ha conseguido escapar, ni tan siquiera asomarse al exterior o manifestarse ante los demás...

—Solo le he contado la mitad de la historia —me interrumpió con los ojos llenos de lágrimas—. Tendrá que disculparme, pero ahora mismo no estoy en condiciones de continuar.

La otra mitad

Si un detective privado ha de ganarse la confianza de sus clientes, un detective íntimo, además, ha de ganarse su estima. Así que no le cobré nada por la visita y le dije que podía volver cuando quisiera.

Volvió al cabo de una semana.

—He seguido su consejo —dijo nada más sentarse frente a mí, al otro lado del escritorio.

—No recuerdo haberle dado ningún consejo; de haberlo hecho, le habría cobrado la visita —bromeé.

Sonrió levemente, lo cual era buena señal: quería decir que se tomaba la broma como una muestra de cordialidad.

—Sí que me lo dio —replicó asintiendo con la cabeza—. Me dijo que volviese cuando quisiera. Y eso he hecho: he esperado a tener ganas de venir; la primera vez tuve que obligarme a hacerlo.

—Celebro que haya sentido el deseo de volver... ¿Quiere que recapitemos lo que hablamos el otro día?

—Yo no lo necesito; podría repetir lo que dije casi palabra por palabra.

—Para mí tampoco es necesario. Acabo de revisar mis notas.

—Entonces le contaré, sin más preámbulos, la otra mitad de la historia... Como le dije, Elia se fue a vivir a otra ciudad. Encontró una casa que le gustaba, pero no tenía dinero suficiente para pagar la entrada, y yo se lo presté. No me dio las gracias (nunca lo hacía), pero me aseguró que me lo devolvería al cabo de unos meses... Han pasado seis años, y todavía no me ha devuelto ni un céntimo.

—¿Cuánto dinero le prestó?

—¿Tiene importancia la suma concreta?

—Desde luego, igual que importa el tiempo transcurrido. La cantidad se convierte en calidad.

—Le dejé seis mil euros. Todo lo que tenía ahorrado en aquel momento.

Seis meses, seis años, seis mil euros. Tres seises y un demonio. No me pareció oportuno comentarlo en voz alta. Tras una breve pausa, le pregunté:

—¿Y nunca se los reclamó ni le habló de ello?

—No, hasta hace un par de meses. Estoy pasando un mal momento, y sé que a ella no le va mal, tiene un buen trabajo... La llamé por teléfono y aludí al préstamo como de pasada. Se mostró sorprendida. No recordaba que le hubiera prestado ese dinero. Sencillamente, se había olvidado... No supe qué decir. Farfullé una excusa y colgué.

—Y el demonio interior ha vuelto a rugir.

—Y con más fuerza que antes. No lo entiendo... ¿Cómo es posible que el impago de una deuda desate más furia que una traición amorosa? Y así como la otra vez nunca permití que el demonio saliera de su encierro, ahora no puedo contenerlo... Empezó siendo amargamente sarcástico y obsceno, igual que antes... «Hace diez años no quisiste ver que era una puta y ahora no quieres ver que es una hija de puta y que solo un pobre imbécil como tú podía pensar que una persona tan atrocemente grosera e irresponsable en su conducta amorosa iba a comportarse mejor como supuesta amiga y a mostrar un mínimo de gratitud o tan siquiera de decencia y dignidad...». Pero su tono ha ido cambiando con gran rapidez y ahora ya no es sarcástico, sino suplicante: me pide de rodillas que lo deje manifestarse libremente para poder descansar de una vez por todas.

—Ángel vuelto a caer, diablo de hinojos... —dije para mí.

—¿Cómo dice?

—No, nada... Me he acordado de un soneto atribuido a sor Juana Inés de la Cruz (aunque probablemente apócrifo). Si un demonio es un ángel caído, un demonio de rodillas es un ángel vuelto a caer... ¿Hasta qué punto lo ha dejado manifestarse?

—Varias veces he cogido el teléfono con la boca llena de gritos e improperios, y solo en el último momento he logrado colgar; y le he escrito a Elia un par de cartas terribles, aunque no se las he enviado. Pero tampoco las he roto... ¿Por qué, después de tanto tiempo, el demonio vuelve a la carga con redoblada fuerza y no consigo contenerlo?

—Creo que la clave está en el «olvido» —dije marcando las comillas con los dedos—. Primero le dio a Elia todo su afecto y toda su confianza, y ella se olvidó de ese afecto y de su propia promesa; luego le dio todo su dinero, y ella olvidó la deuda material del mismo modo que había olvidado la deuda moral. La segunda traición, solo en apariencia menos grave, es una repetición de la primera. Como el ángel del amor, con el que se funde y confunde, el ángel que ella era para usted volvió a caer. Y ahora se arrastra por el fondo de su mente. No en vano se suele representar al diablo como un reptil.

—¿Por qué dice que la segunda traición es menos grave solo en apariencia? ¿No lo es realmente?

—No. Porque olvidarse de un préstamo tan generoso supone olvidar también el afecto y la confianza de quien lo concedió. Por otra parte, las relaciones sentimentales son sumamente complejas y, por eso mismo, difíciles de controlar, incluso de comprender. Por eso se habla de «deslices» amorosos, resbalones súbitos que nos hacen perder el equilibrio por un momento. O por un fin de semana... Pero una deuda económica es algo muy simple y muy concreto, tan concreto que se expresa mediante un número, y «olvidarse» durante seis años del compromiso de devolver el dinero recibido supone reincidir cada día, dos mil veces seguidas, en el desprecio de los derechos del otro y en el incumplimiento de la palabra dada. Un profesor de Ética

debería tenerlo claro.

—¿Es que solo fue un espejismo —dijo en voz muy baja, como para sí—, algo que nunca existió?

—Claro que existió el espejismo —contesté bajando la voz yo también—. Y la sed. Lo que nunca existió fue el oasis.

La otra historia

Solo sabía de ella su nombre de pila y la época en la que había estudiado Filosofía. Telefoneé a una amiga que trabajaba en la universidad y le pedí ayuda.

—Si se llamara Lucía, lo tendríamos crudo —me dijo—. Hace unos años se llevaban mucho las Lucías. Pero con ese nombre puede que haya suerte.

La hubo. Solo había una Elia matriculada en la época de los hechos, y mi amiga me dio sus apellidos, su teléfono y su correo electrónico. El teléfono había cambiado, pero el correo no, y, tras un breve y ambiguo mensaje de presentación, pude concertar una cita con ella. Para simplificar, le dije que era psicólogo y que estaba tratando a su exnovio; no era del todo cierto, pero tampoco del todo falso.

El viaje en tren duró poco más de tres horas, pero por alguna razón se me hizo muy largo. Cuando llegué al lugar de la cita, una cafetería próxima a la estación, Elia ya estaba allí. Era una mujer muy atractiva, aunque le sobraban algunos kilos. Alta, morena, de facciones muy marcadas pero no duras, y con unos ojos color avellana sumamente expresivos y un poco tristes, como los de un ciervo en cautividad. Sabía, por los datos que me había suministrado mi cliente, que debía de tener unos treinta años, pero parecía más joven.

Tras los saludos de rigor y unas cuantas frases circunstanciales, entramos en materia.

—Él no sabe que he venido —le advertí—, ni siquiera que he averiguado tus apellidos y tus señas, y, al menos por ahora, te ruego que no se lo digas. No se trata de ocultarle nada, sino de proceder poco a poco y con cautela en estos momentos de sobrecarga emocional.

—¿Qué quieres exactamente? —me preguntó con cierto recelo, sin mirarme a los ojos.

—Quiero que me ayudes a comprender lo que le pasa para que yo pueda ayudarlo a él.

—No sé de qué manera puedo ayudarte.

—¿Te molesta que te haga algunas preguntas?

—Pregunta. Si me molesta, ya te lo diré.

—¿Por qué no le devolviste el dinero que te prestó?

—Se me olvidó. A menudo se me olvidan las cosas.

—¿Y no te parece extraño que se te olvidara una deuda tan cuantiosa?

—Las cosas se te olvidan si no piensas en ellas. No es que desaparezcan por completo de la memoria. Es como cuando guardas algo que no usas en un cajón y no lo abres durante mucho tiempo. Si alguien te habla de esa cosa o abres el cajón y la

ves, la recuerdas enseguida; pero de lo contrario nunca piensas en ella, lo que es una forma de olvidar.

—Tal vez la única.

—¿Qué quieres decir?

—Que en realidad nunca olvidamos del todo: simplemente, dejamos de pensar en algunas cosas, pero siguen guardadas en algún cajón de la memoria.

—Supongo que sí.

—¿Y por qué crees que dejaste de pensar en la deuda?

—No me gusta pensar en el dinero. Si lo tengo lo uso, y si no lo tengo lo busco; pero no me gusta pensar en él.

—Pero si le debes dinero a una persona, dejar de pensar en ese dinero equivale a dejar de pensar en esa persona.

—Tampoco me gusta pensar en lo que me hace daño. Y él me hizo daño.

—¿De qué manera?

—Me hizo sentir pequeña y sucia.

—Lo primero es bastante comprensible; es probable que tuviera que ver con la diferencia de edad y con lo joven que eras cuando os conocisteis, y tal vez con una actitud paternalista por su parte. Pero nadie puede hacerte sentir sucia.

—¿Por qué?

—Por la misma razón que nadie puede hacer que te sientas embustera. Podrán hacerte sentir equivocada, confusa o no creída, pero no embustera, puesto que solo tú puedes saber si eres sincera o no. Del mismo modo, alguien puede hacer que te sientas despreciada, pero solo tú puedes sentirte despreciable. Si tú te sientes limpia y alguien te dice o te da a entender que estás sucia, podrá dolerte que te vean así; pero no por ello te sentirás sucia.

—A veces, estar con él era como... mirarme en un espejo y no gustarme lo que veía.

—Cuando no nos gusta lo que vemos en un espejo, no siempre es culpa del espejo. Y, como comprobó la madrastra de Blancanieves, romperlo solo sirve para multiplicarlo.

—¿Intentas culpabilizarme?

—En absoluto. Solo intento que no le echas la culpa a quien no la tiene, por su bien y por el tuyo. El hecho de que el primer hombre con el que te acostaste fuera un canalla...

—¿Cómo sabes que estaba pensando en eso? —me interrumpió mirando desconcertada a su alrededor, como si buscara a algún ser o artilugio mágico que pudiera haberme revelado el contenido de su mente.

—No te asustes, no leo el pensamiento ni tengo poderes de ningún tipo —la tranquilicé—. Has mirado con amargura a lo lejos y hacia la izquierda, que representa el pasado, al menos para los occidentales, que leemos de izquierda a derecha. Y la memoria, con respecto a ciertos asuntos, tiende a formar cadenas cronológicas que se

remontan a los orígenes; cadenas que a veces parecen causales sin serlo y que otras veces lo son aunque no lo parezcan. Y, por otra parte, hay pautas de conducta que los psicólogos llevan estudiando mucho tiempo y que tienen que ver con determinados traumas.

—Aun así, no podías saber...

—No podía estar seguro, pero sí imaginar que tu primera relación sexual fue traumática, y que la tuviste con un hombre mayor que tú y que estaba en una posición de prestigio o de poder.

—Me mandó flores por mi cumpleaños —dijo Elia tras una pausa—. Era muy amable y muy educado, hasta que me acosté con él. Luego ni me saludaba. Tenía novia.

—¿Lo pasaste muy mal?

—No. En la cama me lo pasé bien.

Lo dijo con voz átona y con la mirada perdida. Me recordó a esos niños que, cuando su madre les pega, reprimen las lágrimas y dicen: «No me ha hecho daño». Sentí una pena inmensa por ella, por aquel ángel de ojos de ciervo que se había tirado por la ventana con las alas rotas, arrastrando en su caída al desventurado que intentaba sostenerla. O volar con ella.

—¿Tienes doscientos euros? —le pregunté tras un largo silencio—. Los necesitamos para hacer un exorcismo.

El exorcismo

En cuanto entró en mi despacho, supe que su demonio volvía a estar bajo control.

—Hoy tiene mejor aspecto —dije indicándole con un gesto de la mano la butaca que había al otro lado de mi escritorio.

—¿Cree en la telepatía? —me preguntó mi cliente con una cansada sonrisa.

—Creo poco en la comunicación a medio metro, y menos aún a larga distancia —contesté intentando sonar jocoso—; pero a veces se dan curiosas coincidencias.

—Me ha escrito. Una carta de verdad, no un correo electrónico. Me pide disculpas por no haberme devuelto el dinero en todo este tiempo y me dice que no puede dármele de golpe, pero que lo irá haciendo poco a poco... Es la primera vez que me pide disculpas por algo. Y en el sobre había un billete de doscientos euros. Es como si hubiera escuchado nuestras conversaciones... ¿Ha oído hablar de la sincronicidad?

—Sí, claro; pero no es necesario recurrir a una teoría tan esotérica como la sincronicidad cuando la mera sincronía puede explicar la coincidencia.

—¿Qué quiere decir?

—Que ella también debió de sufrir mucho con la ruptura, y es probable que ahora ambos necesiten tiempos similares para reaccionar. Usted tardó dos meses en venir a verme en busca de ayuda desde que le recordó a Elia su deuda, y ella ha tardado aproximadamente lo mismo en empezar a pagarla.

—Supongo que tiene razón; pero no puedo evitar la sensación de que una fuerza exterior a ambos, como una corriente benigna, nos ha hecho confluír... ¿Quiere que le lea la carta?

Iba a contestar que no era necesario, pero él ya la tenía en la mano. La leyó pausadamente, como saboreando las palabras, y cuando terminó sus ojos estaban húmedos.

—¿Qué le parece? —me preguntó mientras doblaba cuidadosamente las cuartillas y volvía a introducirlas en el sobre.

—Una carta preciosa —pude contestar sin el menor pudor, puesto que él no sabía que la había escrito yo.

El adjetivo esquivo

El soneto mutilado

Entre las muchas cartas de mi tataratatarabuela que han llegado a nuestras manos, hay al menos una que no solo tiene interés para la familia, sino también para la literatura —dijo la anciana sin disimular su orgullo, y sacó del maletín de cuero que descansaba sobre sus rodillas una hoja amarillenta enmarcada y protegida por un grueso cristal.

Cuando se habla de signos externos de riqueza, se suele pensar en joyas, ropa cara y automóviles lujosos. Pero los más inequívocos signos de riqueza hay que buscarlos en la piel. Aquella mujer no tenía menos de setenta años; sin embargo, su cutis parecía más terso que el de una campesina de cuarenta, y sus discretas patas de gallo, diariamente suavizadas por costosísimas cremas (de esas cuyas rimbombantes fórmulas a base de seda y placenta evocan las pociones mágicas de los cuentos de hadas), semejaban más el momentáneo fruncido de una mirada intensa que las huellas permanentes del paso del tiempo.

—Parece un poema —comenté al ver el texto dispuesto en breves renglones.

—Lo es —dijo la mujer tendiéndome la hoja enmarcada—. Un poema dedicado a un misterioso primo de mi tataratatarabuela e incluido en una carta de la que, por desgracia, solo conservamos esta hoja. Y bastante deteriorada, como puede ver.

—¡Un soneto de Cadalso! —exclamé al ver de cerca el texto manuscrito.

—Por su asombro, veo que se hace cargo de la importancia de este documento —dijo la anciana con tono aprobatorio.

Aquella hoja había sufrido la agresión del agua o de algún otro agente, sobre todo por el lado derecho; sin embargo, los catorce renglones del soneto estaban allí, truncados pero reconocibles, entre unas pocas líneas de la misiva propiamente dicha.

—A primera vista parece muy deteriorado, pero hay unas cuantas pistas que permiten completar el texto con relativa facilidad —dije tras unos segundos—. Doy por supuesto que ya lo habrán hecho.

—Desde luego, y de forma bastante satisfactoria. Solo queda un punto oscuro.

—¿Cuál es?

—¿Por qué no lo busca usted, para comprobar si llega a la misma conclusión que nosotros?

—De acuerdo, lo intentaré.

Durante unos minutos examiné la elegante y mutilada caligrafía:

*ero mi primo nunca pudo aceptar la fuga de su amada,
y su querido amigo Cadalso le dedicó un soneto:*

*Era la última vez que la veía;
pero durante veinte, treinta años,
sordo al concierto de los desengaños,
no dejó de esperarla un solo día.
En su desesperada fantasa
reparaba las grietas y los
y veía serenos los huraños
rostros del tiempo y la melancolía
Ni a noria de delicias corriendo
ni a yugo de otro amor unció su anhelo
no pudieron con él diez mil mañanitas
y el que soñara acariciar su
al fin soñando acarició sus
ando la muerte lanco ve*

*ólo entonces pensó
ue aquella última vez tal vez lo fuer*
EALMENTE

—¿Y bien? —preguntó la anciana al ver mi sonrisa de satisfacción.

—La clave de los cuartetos está en los versos quinto y séptimo —dije mirando las notas que había tomado en mi bloc—. Al quinto le faltan dos sílabas para completar las once de rigor, por lo que «fanta» tiene que ser «fantasía». Y al séptimo solo le falta una sílaba, y por tanto «hura» solo puede ser «huraños». Y a partir de ahí los demás versos de los cuartetos se completan sin dificultad... Con los tercetos también tenemos suerte, pues «anh» solo puede ser «anhelo» y para «mañ» no veo otra posibilidad que «mañanas». Con lo que el texto reconstruido —concluí tendiéndole a la anciana mi bloc de notas— podría quedar así:

*Pero mi primo nunca pudo aceptar la fuga de su amada,
y su querido amigo Cadalso le dedicó un (...) soneto:*

*Era la última vez que la veía;
pero durante veinte, treinta años,
sordo al concierto de los desengaños,
no dejó de esperarla un solo día.*

*En su desesperada fantasía,
reparaba las grietas y los daños,
y veía serenos los huraños
rostros del tiempo y la melancolía.
Ni a noria de delicias cortesanas,
ni a yugo de otro amor unció su anhelo;
no pudieron con él diez mil mañanas,
y el que soñara acariciar su pelo,
al fin soñando acarició sus canas
cuando la muerte (...) blanco velo.*

*Solo entonces pensó (...)
que aquella última vez tal vez lo fuera
REALMENTE.*

—De acuerdo —dijo la anciana asintiendo con la cabeza.

—Es probable que falte un adjetivo en la segunda línea, delante de «soneto»; y detrás de «pensó», en la antepenúltima línea, podría haber ido el nombre del primo de su tataratatarabuela, acaso borrado luego de forma deliberada para ocultar su identidad. Y sorprende un poco ese «realmente» final en versalitas; aunque podría ser un mero recurso enfático. Pero creo que solo hay una duda relevante.

—Y otra intrascendente —añadió la anciana—: el «veía» del primer verso podría ser «vería».

—Sí, ahora que usted lo dice, y teniendo en cuenta la época, parece lo más probable —admití.

—En cualquier caso, carece de importancia. El punto oscuro, efectivamente, está en la mitad del último verso. ¿Cómo lo completaría?

—Se me ocurren pocas posibilidades y poco convincentes —contesté tras una pausa—. Por ejemplo, «cuando la muerte alzó su blanco velo», o «cuando la muerte alzaba un blanco velo»... Y sustituyendo alzar por atar o ajar la cosa no mejora.

—Así es —convino la anciana—. Es obvio que ahí tiene que ir un verbo, pero no hay manera de rematar el poema satisfactoriamente. El último terceto parece significar que el misterioso primo de mi tataratatarabuela soñó con acariciar las canas de su amada en el momento de su muerte; pero eso no tiene mucho sentido, ni belleza poética. Ese final no es propio del más ilustre cultivador del soneto entre nuestros poetas neoclásicos.

—¿No deberían consultar a un experto en Cadalso?

—Ya lo hemos hecho. Y no a uno: a todos. Usted es nuestra última posibilidad de resolver este enigma. Dicen que es un virtuoso del pensamiento lateral, y tal vez un no especialista, con una mirada culta pero no condicionada por los prejuicios académicos, pueda ver algo que a los expertos les haya pasado inadvertido.

Un poeta estrambótico

No era solo una cuestión de celo profesional, ni de amor propio: cuando alguien me planteaba un acertijo, no podía pensar en otra cosa hasta que no lo resolvía o comprobaba que era irresoluble. Pura obsesividad.

Dediqué muchas horas a estudiar la poesía de Cadalso, especialmente sus sonetos. El tema del amor que resiste el desgaste del tiempo que todo lo transforma aparecía más de una vez en sus poemas, como en el soneto titulado precisamente «Sobre el poder del tiempo», cuyos tercetos decían:

*Doma el tiempo al caballo desbocado,
detiene al mar y al viento enfurecido,
postra al león y rinde al bravo toro.
Sola una cosa al tiempo denodado
ni cederá, ni cede, ni ha cedido,
y es el constante amor con que te adoro.*

Pero ni aquellos versos ni ningún otro me suministraron una pista útil, o yo no supe verla, y por más vueltas que le daba, no lograba hallar un final satisfactorio para el soneto mutilado.

—Dime algo de Cadalso, Tita —le pedí a Marta en un momento de desesperación. O de inspiración.

Marta era mi secretaria, y aunque me sentía un poco ridículo llamándola Tita, a ella le gustaba. Y cuando tu secretaria es además tu tía de setenta años, maestra jubilada, y no puedes pagarle un sueldo maravilloso, tienes que procurar complacerla.

—Se supone que el que entiende de poesía eres tú —replicó ella encogiéndose de hombros.

—Pero tú tienes un oído especial, captas matices que a los demás se nos escapan —la halagué.

—A ver, léeme el soneto de marras.

Se lo leí en voz alta un par de veces.

—¿Cómo lo terminarías tú, Tita?

—Ni idea. Lo único que puedo decirte es que suena más moderno de lo que cabría esperar; no tiene la típica afectación de la poesía neoclásica.

—Sí, ya lo había notado. Tal vez sea apócrifo; pero eso ya lo decidirán los expertos. Yo tengo que rematarlo como si fuera de Cadalso.

—Tampoco sería tan raro que un soneto suyo tuviera un final desconcertante.

Cadalso era tan estrambótico...

—¡Estrambótico!

—Desde luego. Hasta intentó desenterrar el cadáver de su amada... ¿Por qué pones esa cara?

Sentada al otro lado de mi escritorio, la anciana me miraba con expectación.

—La clave está en el adjetivo —anuncié solemnemente.

—No es posible, tiene que ser un verbo —replicó ella desconcertada.

—Tendría que serlo, pero seguramente no lo es. Y la clave está en el adjetivo de la segunda línea.

—Ya hemos pensado en ese adjetivo y, obviamente, tiene que calificar a «soneto»; podría ser «maravilloso», «conmover», «delicado»... ¿Qué más da?

—Ese es el otro adjetivo...

—¿Qué otro adjetivo?

—El del final; ya llegaremos a él. El de la segunda línea califica a «soneto», efectivamente; pero no es un adjetivo valorativo, como todos habíamos supuesto, sino clasificatorio. Y no va delante de «soneto», sino detrás. Ese adjetivo —anuncié tras la pausa estratégica que requería la gran revelación— es «caudato».

Ver pasar el semblante de la anciana de la extrañeza al asombro y del asombro al júbilo fue mi mayor recompensa.

—¡Un soneto con estrambote! —exclamó entusiasmada.

—Exacto. Como corresponde al más estrambótico de los poetas de su tiempo. Lo cual le confiere a su documento un valor aún mayor del previsto. Tal vez se trate del único soneto caudato de la gran poesía neoclásica en lengua castellana.

Era el momento de pasarle a mi cliente la hoja con la última reconstrucción del texto:

*Pero mi primo nunca pudo aceptar la fuga de su amada,
y su querido amigo Cadalso le dedicaría un soneto caudato:*

*Era la última vez que la vería;
pero durante veinte, treinta años,
sordo al concierto de los desengaños,
no dejó de esperarla un solo día.
En su desesperada fantasía,
reparaba las grietas y los daños,
y veía serenos los huraños
rostros del tiempo y la melancolía.*

*Ni a noria de delicias cortesanas,
ni a yugo de otro amor unció su anhelo;
no pudieron con él diez mil mañanas,
y el que soñara acariciar su pelo,
al fin soñando acarició sus canas.
Cuando la muerte con su blanco velo
la envolvió y alzó el vuelo,
solo entonces pensó **él por vez primera**
que aquella última vez tal vez lo fuera.
REALMENTE...*

—Maravilloso, sencillamente maravilloso —susurró la anciana con los ojos relucientes.

—Nos engañó el adjetivo con su falsa modestia: esquivó nuestra atención haciéndonos creer que era irrelevante, y también el espacio en blanco entre «dedic» y «to», al pensar en «dedicó» antes que en «dedicaría», lo que dejaba lugar para un breve adjetivo valorativo... El heptasílabo de enlace con la coda, cuya ausencia confundimos con un doble espacio que indicaba el final del soneto, es pura invención, claro, y también la terminación del penúltimo verso, por eso están en negrita. La terminación «vuelo» es discutible, obviamente; «cielo» también da mucho juego, pero pienso que Cadalso optaría por una imagen más pagana... En cualquier caso, ya encontrarán los expertos una solución mejor —dije con una modestia tan falsa como la del adjetivo esquivo.

—Lo dudo —replicó la anciana mirándome con infinita dulzura.

—La palabra final en versalitas también nos despistó; al estar pegada a la línea anterior (sencillamente porque se acaba el papel), contribuye, junto con el aparente doble espacio del heptasílabo borrado, a crear la falsa impresión de que los dos últimos versos pertenecen a la prosa de la carta y no al poema... Detrás de ese «realmente» sí iría, con toda probabilidad, el adjetivo que pensábamos que acompañaría a «soneto»: conmovedor, maravilloso, sublime...

—Ha superado usted todas nuestras expectativas —dijo la anciana sacando un talonario de su maletín de cuero—. Espero que no se ofenda si añadimos una bonificación extra a los honorarios convenidos; un estrambote crematístico, por así decirlo.

—Manos blancas no ofenden, señora —dije guardando el talón sin mirar la cifra que mi cliente había escrito en él.

—¿Puedo preguntarle cuál es su secreto? ¿Cómo funciona su famoso pensamiento lateral? ¿Cómo llama a su musa?

—No sé cómo funciona la cosa, señora, pero sí puedo decirle cómo llamo a mi musa. Su nombre es Marta, pero ella prefiere que la llame Tita.

El lector riguroso

El peón imposible

Tengo entendido que juega usted muy bien al ajedrez —dijo el hombrecillo vestido de negro, sentado en el borde de la butaca y con las manos apoyadas en mi escritorio, como si se dispusiera a saltar sobre él. O sobre mí.

—No, no juego muy bien —repliqué—. Solo de forma aceptable.

—No sea modesto.

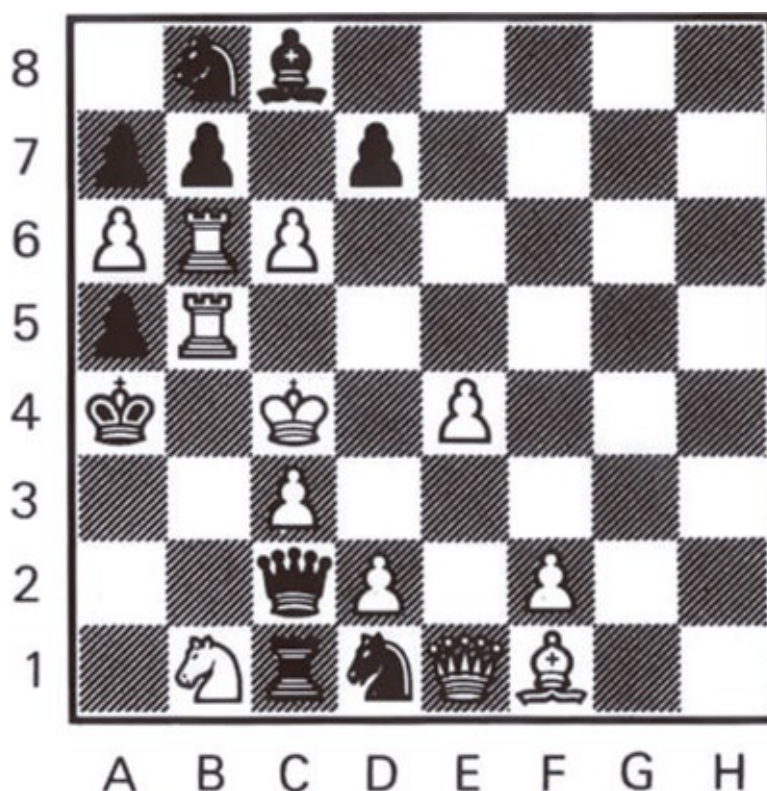
—Todo lo contrario.

—¿Todo lo contrario? ¿Le parece inmodesto afirmar que solo juega aceptablemente cuando los demás dicen que juega muy bien?

—Desde luego. Porque jugar bastante bien al ajedrez suele ser un signo de inteligencia, mientras que jugar muy bien suele ser un signo de estupidez, puesto que hay que ser un estúpido o un loco para dedicarle todo el tiempo y el esfuerzo que requiere llegar a dominarlo.

—Interesante argumento. Pienso emplearlo con un amigo muy petulante que suele ganarme. Y ahora, si me permite...

Llevaba una cartera enorme, que parecía aún más grande por lo menudo que era su dueño, y de su interior sacó un tablero de ajedrez. No un discreto tablero portátil, sino uno reglamentario, de 40×40. Lo puso sobre mi escritorio y colocó los trebejos de la siguiente manera:



—La dama negra acaba de comer un caballo que estaba en c2... ¿Ve algo extraño en esta posición? —me preguntó con mirada expectante.

Con frecuencia, la mayor dificultad para encontrar algo es que no sabemos que tenemos que buscarlo. Como dice Van Helsing en *Drácula*, la fuerza del vampiro estriba en el hecho de que nadie cree en su existencia. Al preguntarme si veía algo extraño, mi cliente me incitó a buscarlo, y al señalar como relevante el hecho de que la dama hubiera comido un caballo, me dio la pista que necesitaba.

—El peón negro de a5 solo podría haber llegado ahí desde c7 y mediante la sucesiva captura de dos piezas blancas —dije tras unos minutos—, que no pueden ser peones, pues solo faltan los de las columnas g y h. Pero si la dama negra ha comido el caballo que falta, el peón negro solo ha podido comer un alfil, ya que las demás piezas blancas siguen en el tablero y, por tanto, no puede haber llegado a la casilla a5.

—Y toda la historia se derrumba como un castillo de naipes.

—¿Qué historia?

—Esta posición pertenece a una supuesta partida de ajedrez alrededor de la cual gira la trama de una novela. Pero, puesto que ese peón no puede haber llegado ahí en el transcurso de una partida real, la historia se viene abajo.

—La historia no, o al menos no necesariamente. Si todas las novelas en las que hay alguna incoherencia...

—¡Pero esta no es una incoherencia cualquiera! —me interrumpió exasperado el hombrecillo—. Toda la trama se desarrolla en paralelo a la partida, y si la partida es falsa...

—La historia también lo es; cosa que ya sabíamos, puesto que se trata de una novela... ¿Ha leído *El péndulo de Foucault*, de Umberto Eco?

—Por supuesto.

—Pues bien, el protagonista de la novela pasa por una determinada calle de París un determinado día, y en su momento Eco me contó que había recibido una airada carta de un lector que lo acusaba de falsario porque aquel día...

—Hubo un incendio en esa calle y los bomberos la cortaron, por lo que su personaje no pudo pasar por allí —concluyó por mí el hombrecillo con expresión contrariada.

—¡Increíble! —exclamé perplejo—. ¿Cómo es que conoce esa anécdota?

—Yo fui el lector que le señaló a Eco su imperdonable falta de rigor —contestó secamente—. Celebro enterarme de que recibió la carta.

La segunda dama

Has vuelto al ajedrez? —preguntó Marta al ver el tablero sobre mi escritorio.

—Él ha vuelto a mí —contesté con un gesto de resignación, y le referí mi entrevista con el dueño del tablero, que había insistido en dejármelo para que siguiera estudiando la (según él) enigmática posición.

—Qué tipo tan curioso... —comentó Marta pensativa—. ¿Y qué espera de ti?

—Está convencido de que ese peón fuera de lugar no puede ser un mero error; cree que es un mensaje secreto, y quiere que yo lo descifre.

—¿Por qué al hablarme de él lo has llamado despectivamente «hombrecillo»?

—No lo he dicho despectivamente, Tita; era una simple alusión a su tamaño físico.

—Descríbemelo.

—Muy bajito, un metro cincuenta o poco más, y muy delgado. Si no te fijas en la cara, puede parecer un niño. Unos cuarenta años, moreno, ojos saltones...

—¿Iba vestido de negro?

—Sí, ¿cómo lo has adivinado?

—Si fuera una pieza de ajedrez, ¿qué pieza sería?

—¡El peón desplazado!

—Desplazado y menospreciado, injustamente colocado en un lugar que no le corresponde... ¿Podría ser un paranoico?

—¿Podría no serlo?

—No creo que Eco corra peligro. Vive muy lejos y su error fue menos... alusivo. Pero tal vez deberías avisar a Arturo.

—No quisiera alarmarlo sin motivo. A lo mejor, si encuentro un mensaje secreto...

—¿Cómo vas a encontrarlo si no lo hay?

—Los cabalistas y los autores de novelas pseudohistóricas ven mensajes cifrados por todas partes. ¿No voy a encontrar yo uno en una partida de ajedrez?

—Tenía usted razón, hay un mensaje oculto. Y ese peón está ahí por derecho propio —dije señalando el tablero.

—Pero no puede haber llegado a esa casilla en el curso de una partida normal —objetó el hombrecillo llevándose una mano a la garganta.

—Efectivamente, y por eso tiene que haber sido una partida extraordinaria. Inverosímil, tal vez, pero acorde a las reglas del juego. ¿Recuerda el lema de

Sherlock Holmes? Cuando han sido descartadas todas las explicaciones imposibles...

—La que queda, por inverosímil que parezca, tiene que ser la verdadera.

—Exacto. Para llegar a esa casilla, ese peón tiene que haber comido dos piezas blancas, pero solo falta una de las piezas «normales». Por lo tanto, tiene que haber comido también una pieza... extraordinaria.

—¡Una segunda dama! ¡Uno de los peones blancos que faltan coronó y se convirtió en una dama extra!

—Pero luego ese peón negro se la comió y volvió a equilibrar la partida. El que parecía absurdo, inútil, desplazado, es el verdadero héroe de la historia. Ese es el mensaje oculto que, de forma más o menos deliberada, más o menos consciente, el autor puso en su libro para quien fuera capaz de descubrirlo y entenderlo; para alguien como usted.

—En cuanto lo vi, supe que me ayudaría; por eso le confié mi tablero —dijo el hombrecillo tras una larga pausa, con las facciones distendidas por una sonrisa beatífica—. ¿Cuánto le debo por sus servicios?

—No me debe nada, amigo mío. El privilegio de haberlo conocido, la lección de rigor y de perseverancia que se desprende de su actitud, recompensa con creces mis insignificantes esfuerzos —contesté engolando la voz.

—¿Aceptaré al menos este tablero como expresión de mi agradecimiento? Me lo regaló mi madre cuando tenía doce años y hasta ahora nunca me había separado de él.

—Lo conservaré como una reliquia.

Los naipes del tahúr

Los dos nombres de los poetas

Todos los poetas se creen genios, incluso los que lo son. Por eso suelen ser tan pesados; especialmente los que, además de escribir versos, teorizan sobre la poesía. Decía Neruda que todos los poetas son buenos, incluso los malos; pero se trata, obviamente, de una sentencia poética. En un sentido más prosaico, cabría decir justo lo contrario: todos los poetas son malos, incluso los buenos; al menos como compañeros de viaje. Y sobre todo si el viaje dura más de diez horas.

Un azar travieso lo sentó a mi lado en un vuelo transoceánico, y cometí el error de mostrar cierto interés por la poesía. No debía de tener más de treinta años, era bastante atractivo y vestía con la estudiada negligencia de algunos intelectuales de izquierdas. Y parecía muy contento de haber tenido la inmensa suerte de ser precisamente él.

—Ningún poeta se llama Luis a secas —dijo en un momento dado—, a no ser que sea realmente grande, como Cernuda. Los poetastros y los poetas mediocres se llaman Luis Alberto, Luis Antonio, Luis Eduardo, Luis Felipe, Jorge Luis...

—Puede que Vivanco y Borges no sean grandes poetas, pero tampoco los llamaría poetastros —repliqué.

—De acuerdo, esos dos concretamente no son poetastros; pero sí que son poetas mediocres, literalmente hablando. Lo que ocurre es que solemos utilizar el término «mediocre» de forma despectiva, como eufemismo de malo, pero en realidad significa mediano. Piensa en la *aurea mediocritas* horaciana...

Yo tenía más ganas de dormir que de pensar en Horacio, pero mi compañero accidental prosiguió implacable:

—Y los Luises son los más discretos; al fin y al cabo, es bastante normal que su nombre, por lo monosilábicamente breve, vaya emparejado con otro: José Luis, Juan Luis, Luis Miguel... Pero ¿qué me dices de los Carlos Edmundo, Marcos Ricardo, César Antonio, Justo Jorge...?

—¿Leopoldo María?

—Ese es uno de los pocos casos en los que la utilización de un segundo nombre está justificada: tenía que diferenciarse del Conejo Blanco, su nefasto padre. Pero los demás... ¿Sabes por qué lo hacen?

—No tengo una teoría al respecto —admití, temiéndome que fuera a comparar la prolongación del nombre con el alargamiento del pene. Si hay algo más peligroso que un joven poeta, es un joven poeta lacaniano.

—Para que su nombre alcance la longitud y la sonoridad de un verso —dijo separando las manos como para indicar el tamaño de su conclusión—, generalmente

heptasílabo u octosílabo: Luis Felipe Vivanco, Carlos Edmundo de Ory... La clave y emblema de la poesía no es la metáfora, como algunos creen, sino la metonimia: los poetas quieren ser poemas. El alargamiento del nombre es una metametonimia: una metonimia de la propia función metonímica de la poesía. Y también una expresión inconsciente de la frustración del casi.

—¿La frustración del casi?

—Es mucho más fácil escribir un poema mediocre que una novela mediocre; pero es mucho más difícil escribir un buen poema que una buena novela; por eso hay muchos más poetastros y cuasipoetas que seudonarradores y cuasinovelistas. Y como la poesía es algo tan etéreo y tan difícil de definir, y tan ajeno a los dictámenes del mercado, los poetas mediocres pueden y suelen tener la sensación de estar a punto de alcanzar la excelencia, e incluso les puede salir de vez en cuando un verso bueno, o casi bueno, así que se alargan el nombre como quien alarga la mano para coger algo que parece a su alcance... Por cierto, creo que, casualmente, llevo en el bolsillo el borrador de mi último poema...

En general, no me importa no ser rico; pero reconozco que hay ocasiones en las que me gustaría tener dinero de sobra, como cuando he de hacer un viaje largo en avión. Me encantaría ir en primera, para no pasar diez o doce horas en posición semifetal ni tener el codo del vecino clavado en las costillas flotantes. Y porque los poetas no suelen viajar en primera, sobre todo los jóvenes.

El Dialef

Cómo me has localizado? —le pregunté con una sonrisa no del todo espontánea.

—Podría decir que los poetas tenemos algo de detectives —contestó recostándose indolentemente en la butaca que había al otro lado de mi escritorio—, del mismo modo que los detectives tenéis algo de poetas; pero en realidad ha sido muy fácil dar contigo, a pesar de que en la vorágine del aeropuerto se nos olvidó intercambiar tarjetas de visita. Tu reconstrucción de un soneto de Cadalso ha dado bastante que hablar en algunos círculos.

—Sería muy pretencioso llamarlo «reconstrucción». El soneto estaba casi entero.

—Pues al que te traigo hoy le falta bastante... Pero estoy empezando por el final. Verás, una pandilla de borgesianos empedernidos está organizando el Dialef...

—¿El qué?

—El Dialef, o Diálef, que no se ponen de acuerdo ni en el acento; es decir, el Día de El Aleph, la réplica (en ambos sentidos del término) de los borgesianos al Bloomsday de los joyceanos. Y de cara a tan magno acontecimiento les sugerí, en broma, que te encargaran la reconstrucción de un soneto de Borges. Pero ya sabes que no se puede bromear con los borgesianos: les entusiasmó la idea y me pidieron que te hiciera yo el encargo.

—No sabía que hubiera algún soneto de Borges incompleto.

—Tal vez recuerdes que en *El Aleph* se menciona la obra *Los naipes del tahúr*, presunta candidata al Premio Nacional de Literatura argentino. Parece ser que en su juventud Borges escribió realmente un libro con ese título, pero luego lo destruyó; un libro de ensayos literarios y políticos, según algunos, o de relatos de corte barojiano, según otros. En cualquier caso, también sería un buen título para un poemario, ¿no crees?, y para su soneto nuclear.

—Sí —admití—. De hecho, no sé por qué, cuando lo has mencionado he pensado en *El oro de los tigres*.

—¡Claro! —exclamó el joven poeta con una sonrisa triunfal—. Excelente asociación. Aún no has aceptado el encargo y ya has empezado a trabajar... En ambos casos tenemos objetos materiales claramente simbólicos (el oro, los naipes) ligados por sendos genitivos a dueños emblemáticamente peligrosos (los tigres, el tahúr), míticos cazadores solitarios, arteros seductores nocturnos...

—Un momento... ¿Pretendes que «reconstruya» un soneto inexistente a partir de un título hipotético?

—¿A qué vienen esas comillas? Eres un detective, ¿no? Si puedes reconstruir un crimen a partir de un simple indicio...

La palabra que gira

Borges escribió 82 sonetos, así como 20 poemas en cuartetos endecasílabos que suman un total de 227 cuartetos y medio (uno de los poemas termina en un pareado).

Un soneto queda formalmente tipificado por las catorce palabras finales de sus versos, ocho de las cuales (las correspondientes a los dos cuartetos) tienen que rimar en consonante cuatro a cuatro, y las otras seis (las correspondientes a los dos tercetos), tres a tres. Necesitaba, pues, para empezar, cuatro terminaciones distintas.

Seguramente Borges, tan amante de las coincidencias eufónicas y de la circularidad, habría utilizado la propia palabra «tahúr», que rima con «albur», en los tercetos finales, para rematar el soneto con una perífrasis del título. No me fue fácil encontrar otra palabra idónea terminada en ur... hasta que me di cuenta de que ya la tenía; bastaba con escribir la terminación misma con mayúscula: Ur.

El término «azar» me pareció un buen punto de partida, para otro de los tres grupos de terminaciones, como alternativa a «naipe», que no daba ningún juego, pues era una palabra fénix (uno de esos términos que, como «fénix», no rima en consonante con ningún otro).

Tras una breve búsqueda entre las 2058 palabras finales de los 82 sonetos y los 227 cuartetos y medio de Borges, mi ordenador seleccionó «mar» como primera candidata a rimar con «azar». El mar aparecía en cinco poemas, y en uno de ellos (titulado precisamente «El mar») era el protagonista absoluto. Y el examen de esos cinco poemas me sugirió rimar «mar» con «despertar» y asociarlo con el adjetivo «profundo». Otra búsqueda por ordenador reveló que «profundo» rimaba con «mundo» en dos poemas («1964» y «El ciego»), y que, a su vez, «mundo» rimaba con «segundo» en «La noche cíclica».

Antes de seguir con la búsqueda meramente formal, me pregunté cuáles podían ser, para Borges, esos naipes barajados y manipulados arteralmente por el tahúr, y enseguida llegué a la conclusión de que debían de ser las propias palabras. Y la búsqueda centrada en «palabra» se reveló fructífera. Mi ordenador encontró en el cuarteto decimonono de «Ariosto y los árabes» la rima abracadabras-palabras, y los versos segundo y tercero de «1971» terminaban, respectivamente, en «palabra» y «labra». La proximidad conceptual (el tahúr como manipulador de las palabras) sugería que la terna abracadabra-palabra-labra fuera la base del otro terceto, a encadenar con el correspondiente al trinomio Ur-albur-tahúr.

Tenía que completar las otras dos ternas para obtener las bases de los cuartetos. Para la terna profundo-segundo-mundo, el ordenador solo me suministró diez posibilidades: errabundo, facundo, fecundo, furibundo, inundo, jocundo,

meditabundo, moribundo, oriundo y vagabundo. Y puesto que la unión de «mar» y «azar» sugería la aparición de la vida, el acontecimiento marino y azaroso por excelencia, era casi obligada la elección de «fecundo» como cuarto término en «undo».

Nada más lógico que aludir luego al nacimiento del lenguaje como eslabón entre el surgimiento de la vida y la aparición del «tahúr de las palabras»; y «Ur» remitía directamente a la invención de la escritura, la fijación del lenguaje, su consolidación como sustancia misma de la cultura y de la historia.

Con la elección de un cuarto término en «ar» ocurría lo contrario que con «fecundo»: había tantas posibilidades que la búsqueda meramente formal no conducía a nada, así que decidí dejar que fuera el desarrollo conceptual del soneto el que determinara el término más adecuado.

Me encontré, así, con el siguiente esquema híbrido:

La acción de la luz solar en lo *profundo*
dio origen a la vida por *azar*,
y de este modo el inanimado *mar*
se convirtió en algo *fecundo*.
Como capítulo *segundo*
de esta epopeya, se produjo el *despertar*
del lenguaje, que es el *...ar*
que hace al hombre dueño del *mundo*.
El conjuro del lenguaje, su *abracadabra*,
se consolida con la escritura en *Ur*,
y lo que solo era sonido, en piedra se *labra*.
Del mismo modo que la vida es un *albur*,
el lenguaje es un juego de naipes: las *palabra(s)*
que el escritor baraja y marca cual *tahúr*.

Partiendo de una metáfora inicial bastante obvia, como era equiparar el surgimiento de la vida al nacimiento de Venus, y con un poco más de ayuda informática, obtuve lo siguiente:

Los naipes del tahúr

*Memoria de la luz en lo profundo,
surgió la vida, el gran juego de azar,
como una Venus ciega de la mar,
un barro que aún no sabe que es fecundo.*

*Y luego fue la voz como segundo
oficio de la lengua: el despertar
del divino atributo de nombrar,
que es la segunda creación del mundo.
La carne se hizo verbo, abracadabra
que a un dios despierta, y en Babel y en Ur,
signo eterno en la arcilla que el dios labra.
Si la escritura es un divino albur,
los naipes son las letras, la palabra
que gira, y el poeta es el tahúr.*

—Lo de la palabra que gira suena un tanto octaviopaciano, u *ottaviopazzesco*, como diría un italiano que yo sé; pero, en conjunto, da el pego —dijo el joven poeta mirando atentamente la hoja que acababa de pasarle—. Hasta me atrevería a decir que algunos sonetos de Borges son menos borgesianos que este... ¿Cuánto cobrarías por convertir *El Aleph* en una novela?

El pecado del padre Brown

El doble crimen de Chesterton

Mi madre se sentiría feliz si viera el juego de ajedrez que me regaló sobre ese pequeño altar, en esta capilla de la razón y la piedad —dijo el hombrecillo vestido de negro mirando con aprobación la mesita sobre la que, esa misma mañana, después de que él telefonara pidiendo hora, había colocado Marta el tablero con las piezas dispuestas en la anómala posición que motivara su primera consulta.

—Y la mía se sentiría orgullosa si lo oyera llamar a mi humilde despacho «capilla de la razón y la piedad» —contesté indicándole la butaca que había al otro lado de mi escritorio—. ¿A qué debo el placer de esta nueva visita?

—¿Conoce a fondo la obra de Chesterton? —me preguntó él a su vez.

—No soy un experto, pero me gusta mucho y he leído al menos una docena de libros suyos.

—¿Tiene frescos en la memoria los relatos del padre Brown?

—Tanto como frescos... Recuerdo bien su espíritu y algunos argumentos, pero no los detalles.

—¿Se acuerda del primer relato?

—«La cruz de plata», me parece...

—«La cruz azul»; que, efectivamente, es una cruz de plata, y que debe su nombre a los valiosos zafiros engarzados en ella. Pues bien, en ese relato inaugural Chesterton no solo nos presenta al padre Brown, sino también a otros dos personajes fascinantes, ambos franceses: el fornido y acrobático Hercule Flambeau, auténtico artista del robo, y Aristide Valentin, jefe de la policía de París y maestro del razonamiento deductivo.

—Flambeau y Valentin, ¿cómo olvidarlos?

—Bueno, a Flambeau es imposible olvidarlo, si uno sigue leyendo los relatos del padre Brown, pues aparece en ellos continuamente; pero a Valentin no es tan fácil recordarlo, puesto que muere en el segundo relato de la serie.

—En «El jardín secreto», es cierto... Se suicida al descubrir el padre Brown su macabro truco del cambio de cabezas.

—¿Y no le parece extraño?

—Desde luego. Cuesta imaginarse al honorable jefe de la policía de París decapitando a uno de sus invitados con un sable.

—Pero hay algo todavía más extraño, y es que el autor dedique una buena parte de su primer relato a construir un personaje magnífico, lleno de posibilidades, casi un arquetipo, para eliminarlo en el relato siguiente.

—Desde luego, es difícil de entender.

—Y, bien mirado, Flambeau no corre mejor suerte.

—¿Se refiere a su rápida rehabilitación?

—Efectivamente. En el primer relato lo detiene Valentin con la ayuda del padre Brown; pero luego solo comete un par de robos.

—La cubertería de «El club de los pescadores auténticos» y los diamantes de «Las estrellas fugaces», si no recuerdo mal.

—Excelente memoria. El título del primero de esos dos relatos es en realidad «Unos pasos extraños», pero el que usted le ha puesto es mejor, incluso más chestertoniano... En ambos casos, Flambeau devuelve dócilmente el botín tras ser sermoneado por el padre Brown, y luego se convierte en un intachable detective privado. Ni siquiera eso, porque en realidad se limita a acompañar al cura y a hacerle preguntas tontas, como una especie de Watson despistado.

—Así es. Todo un desperdicio.

—Más que eso, diría yo: un auténtico crimen literario. En el primer relato, Chesterton nos seduce con el más sugerente trío de personajes: un sutilísimo detective aficionado, un policía extraordinario y un artista del robo. Sherlock Holmes, el comisario Maigret y Arsenio Lupin juntos y revueltos. Y acto seguido el autor elimina físicamente a uno de los personajes y psicológicamente a otro. ¿Por qué?

—¿Quiere que descubras por qué mató Chesterton a Valentin? —dijo Marta—. Ese chico está peor de lo que pensaba.

—Dicho así, suena un poco delirante; pero sus argumentos son muy sólidos —repliqué mientras rebuscaba entre los libros de la estantería.

—Sabes perfectamente que no se trata de que sus argumentos sean más o menos sólidos. Nadie argumenta mejor que Aníbal el Caníbal. Lo delirante, y no un poco sino mucho, es que intente contratar a un detective para que investigue la muerte de un personaje literario a manos de su autor. ¿Cómo te lo has quitado de encima?

—De ninguna manera. He aceptado el caso.

Un auto sacramental

Pasé el resto del día relejendo los libros del padre Brown. En efecto, el magnífico Flambeau de los primeros relatos rápidamente se convertía en un ser anodino y previsible, una mera comparsa, la desproporcionada sombra del pequeño sacerdote. Sin solución de continuidad, el libérrimo toro bravo se convertía en un buey uncido a la noria del convencionalismo, en un sumiso defensor de la ley y el orden.

Toro-buey, libertad-orden. Castración, sometimiento...

Me llamó la atención el hecho de que en uno de los primeros relatos se indicara la estatura exacta de Flambeau, pero de manera indirecta (como si el autor se resistiera a revelar el dato), diciendo que medía diez centímetros más que un hombre de uno ochenta. Y el propio Chesterton medía uno noventa, aunque no era fuerte y ágil como su personaje, sino obeso y torpe. Físicamente, se había convertido en un buey. Como Flambeau mentalmente, después de su castración simbólica.

Tenía la sensación de haber encontrado todas las piezas de un mecanismo, pero no sabía cómo montarlo ni para qué servía. Y de pronto, mientras hojeaba distraídamente *El candor del padre Brown*, una frase capturó mi atención: «Tan solo buscaba una palabra —dijo el pequeño cura—, una palabra que no estaba allí». La frase pertenecía al relato «El cartel de la espada rota», que volví a leer un par de veces. Pero no encontré la palabra. Porque la palabra no estaba allí. Y esa era la clave.

—No he descubierto nada —le dije al hombrecillo, sentado muy tieso, expectante, al otro lado de mi escritorio—. O, mejor dicho, he descubierto que no había nada que descubrir. Creo que en este caso no hay mensajes ocultos ni motivos secretos: todo está a la vista, todo es lo que parece.

—Pero usted estuvo de acuerdo conmigo en que es absurdo crear a un superpolicía como Valentin para eliminarlo acto seguido, o a un artista del robo como Flambeau para convertirlo inmediatamente en un honrado ciudadano.

—Tan absurdo, en última instancia, como que un agnóstico tan culto e inteligente como Chesterton se convirtiera de pronto al catolicismo. Pero antes de seguir, permítame llamar su atención sobre su última frase, y más en concreto sobre un adverbio que creo que a ambos nos ha confundido: «inmediatamente».

—¿No le parecen inmediatas una muerte y una transformación radical que se producen pocas páginas después de habernos presentado a los personajes?

—Claro que parecen inmediatas, pero eso no significa que lo sean. Tendemos a

ver los libros (y a las personas) como un todo, como una continuidad. Pero los libros del padre Brown no nacieron como tales: son recopilaciones de relatos previamente publicados en revistas y escritos a lo largo de veinticinco años. Al escribir el primer relato, Chesterton, que seguramente ya tenía la idea de hacer una serie, pensó en los personajes más adecuados para acompañar al cura detective en sus aventuras, y concibió a un implacable Maigret y a un fornido Lupin (que, significativamente, es un trasunto físico del propio Chesterton, del mismo modo que el padre Brown es su trasunto moral). Pero los episodios que en el libro se suceden en cuestión de minutos, en la mente del autor estuvieron separados por largos meses de reflexión y evolución personal. Y me atrevería a decir que Chesterton tuvo que matar a Valentin y castrar a Flambeau porque se dio cuenta demasiado tarde de que el padre Brown, con toda su sagacidad y su sabiduría, no podía competir con ellos... Veo, por la expresión de su rostro, que no le complacen mis deducciones.

—No me complacen —admitió el hombrecillo—, pero me parecen acertadas. Y una de las muchas cosas que me enseñó mi madre es que una verdad desagradable es doblemente provechosa, puesto que nos sacude con especial fuerza y nos obliga a reconsiderar nuestros prejuicios.

La cara del hombrecillo, ostensiblemente crispada, era menos tranquilizadora que sus palabras. Tenía que reconducir la situación rápidamente. Y no sabía cómo.

En aquel momento sonó un fuerte ruido en el vestíbulo, que era también el despacho de Marta. Un ruido como de algo pesado al caer. Me levanté y fui corriendo a ver qué había ocurrido.

—No es nada. —Me tranquilizó Marta, que estaba agachada recogiendo unos lápices del suelo, con una silla caída al lado—. Un vulgar tropezón.

Me agaché para ayudarla, y ella, disimuladamente, deslizó en mi mano un objeto pequeño y duro. Un peón negro.

Marta solía escuchar con la oreja pegada a la puerta. Y el padre Brown era muy bajito. Y, como todos los curas católicos, iba vestido de negro. Y su aspecto era anodino y un poco ridículo, pero siempre acababa triunfando y despertando la admiración de quienes lo habían menospreciado. Y, anteriormente, mi menudo cliente se había identificado con un anómalo peón negro varado en una partida imposible. Todo eso lo recordé mientras me guardaba el trebejo en el bolsillo y volvía a sentarme detrás de mi escritorio.

—Me temo que Chesterton no cometió dos crímenes literarios, sino dos y medio —dije con tono conspiratorio—. Mató a Valentin, castró a Flambeau y... abotargó al padre Brown.

—¿Lo abotargó? —Se sorprendió el hombrecillo.

—Ya sé que la RAE solo lo admite como verbo reflexivo; pero puesto que el personaje, en este caso, es un trasunto del autor, me he permitido ese pequeño solecismo... Sí, lo abotargó. El padre Brown es ese humilde peón negro que, al final de cada relato-partida, corona, como Alicia al otro lado del espejo, y se convierte en

una dama victoriosa. Pero los peones son esbeltos, ágiles, decididos, no rechonchos y físicamente torpes. Al virtuoso padre Brown le gusta demasiado comer. ¿Lo recuerda atiborrándose de pescaditos fritos en una cafetería de París?

—Sí, claro, en «El duelo del doctor Hirsch»; aunque no estoy seguro de que los pescaditos estuvieran fritos.

—Con mantequilla, probablemente... Y no es casual que al padre Brown le guste tanto comer: su tragonería física es una metonimia de sus tragaderas mentales, que le permiten comulgar con las ruedas de molino de la doctrina católica. El padre Brown es un sobrio comilón y un racionalista dogmático. Una contradicción ambulante, como el propio Chesterton. Me temo, amigo mío, que tendremos que buscarnos otro héroe literario. Podemos y debemos seguir apreciando a este en lo que vale, que no es poco, pero sin mitificarlo.

—Dos crímenes y medio... —dijo el hombrecillo para sí. Parecía compungido, pero ya no estaba tenso.

—Y un auto sacramental —añadí en voz baja.

—¿Cómo dice?

—Valentin simbolizaba el racionalismo y Flambeau la libertad, y el padre Brown, a pesar de su comprensión y bonhomía, es un ministro del dogmatismo religioso y, por ende, de la represión. Los primeros relatos de la serie vienen a ser como un auto sacramental en el que Chesterton escenifica alegóricamente su propio drama interior: el suicidio de su poderoso yo racionalista y la domesticación del gran vividor que había en él, que tuvo que conformarse, al igual que su cura detective, con el menos subversivo, el más católico de los pecados.

—La gula —añadió el hombrecillo con una triste sonrisa—. Ese único pecado que convirtió a Chesterton en un monstruo de ciento cuarenta kilos.

—Ya lo decía Brecht: «Ten al menos dos vicios, porque uno es demasiado».

El gran poema del mundo

El síndrome de Juan Ramón

Es como si el mundo fuera un gran poema —dijo el joven que estaba tumbado en el diván con sus grandes ojos azules clavados en el techo.

Aunque tal vez no fuera tan joven; sus facciones delicadas, casi femeninas, y su mirada limpia, un tanto ingenua, podían engañar con respecto a su edad.

—Bueno, eso no suena tan terrible —comenté mientras dibujaba una mariposa en mi bloc de notas.

—Puede que «terrible» no sea la palabra; pero es angustioso.

—¿Por qué?

—Porque nada es lo que es. Es como si todas las cosas, al menos las más importantes, se hubieran convertido en metáforas.

—¿Puede ponerme algún ejemplo?

—Puedo ponerle muchos, demasiados. Lo que me costaría sería encontrar un contraejemplo significativo... No hay muro que no sea su piel infranqueable. No hay pozos ni túneles que no sean sus ojos sin fondo. No hay noche que no sea negra, abismal, redonda, doble, como sus pupilas. He olvidado si alguna vez el mar fue solo agua, solo tierra sedienta la arena, si alguna vez las olas no fueron sus labios...

—¿Me equivoco al suponer que los posesivos recurrentes aluden a una persona concreta?

—Sí y no. A veces hay una persona concreta; pero aunque no la haya, siempre ocupa mi mente un ideal amoroso que, por así decirlo, metaforiza la realidad.

—¿Y esa sensación de... metaforización de la realidad no desaparece cuando una relación le resulta satisfactoria, aunque sea temporalmente?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Estaba tan desesperado que llamé al joven poeta al que había conocido por no poder viajar en primera.

—Es el síndrome de Juan Ramón —dijo tras escuchar mi exposición del caso.

—¿Está tipificado? —pregunté sorprendido.

—No creo, se me acaba de ocurrir. Juan Ramón vivía en estado de poesía permanente, y en el prosaico mundo real era como un pez fuera del agua. Ni siquiera en las enseñadas de la prosa poética se sentía cómodo ese tiburón de los océanos líricos. No hay más que leer *Platero y yo* para darse cuenta. Cuesta creer que el dulcísimo Juan Ramón, como lo llamaba Miguel Hernández, pudiera escribir esa mariconada.

—Controla tu homofobia, por favor. Aunque solo sea porque es probable que mi tía Marta esté escuchando esta conversación por el otro teléfono.

—¿Es lesbiana?

—Creo que no. Y creo que yo tampoco soy gay. Pero...

—Oye, lo de «mariconada» no tiene nada que ver con la homofobia. La homofobia está, en todo caso, en tu oreja, por identificar la mariconería con la homosexualidad. La mariconería es la exacerbación o la caricatura de lo tópicamente femenino, así que hay muchos gais que no son maricas y muchos maricas que no son gais. En puridad...

—Vale, vale. Es un tema apasionante, pero te propongo que lo dejemos para otro momento. ¿Podemos volver a Juan Ramón?

—Claro. Creo que tu paciente...

—Cliente.

—Vale, cliente. Qué puntilloso estás hoy con el lenguaje; pero no es una queja, me gusta... Creo que tu cliente ve el mundo de forma parecida a como lo veía Juan Ramón, solo que en vez de sentirse a gusto en ese jardín de metáforas, se siente atrapado. Juan Ramón tenía miedo de salir de su mundo-poema, y tu cliente tiene miedo de no poder salir. El binomio agorafobia-claustrofobia, ya sabes...

—Tu amigo el poeta es un pedante —dijo Marta, que, efectivamente, había escuchado la conversación por el otro teléfono—, pero creo que en este caso tiene razón. Algunas personas padecen metrofobia, que es como se llama al miedo irracional a la poesía, y tu cliente podría ser un metrófobo obsesivo que ve por todas partes el objeto de su aversión.

—Pero la metrofobia, como su nombre indica, es la aversión a la métrica, a la rima y al ritmo —objeté—, o sea, a los aspectos formales de la poesía, no a las metáforas.

—Al arcnófobo no solo lo asusta la forma de la araña o el ritmo de sus ocho patitas sincronizadas, sino también la amenaza de su picadura, y su simbología, incluso su nombre. En la universidad conocí a uno que detestaba a los gatos.

—¿Un arcnófobo que detestaba a los gatos?

—Sí, porque el gato... araña.

Cuando tu secretaria es tu tía, maestra jubilada, que además fue tu profesora de piano, literalmente no puedes tener secretos para ella. Vio el bloc abierto sobre mi escritorio y lo cogió con la misma naturalidad con que habría cogido una revista en la sala de espera del dentista.

—¿Estas son las notas que tomaste mientras hablaba el chico de los ojos azules?
—preguntó mirando la mariposa.

—Oye, no creas que estaba pensando en otra cosa —me excusé como si ella siguiera siendo la maestra y estuviera revisando mi cuaderno escolar—. Dibujar me

ayuda a relajar la mente.

—Ya sé, ya sé, la atención flotante...

Me sorprendió que lo dijera sin ironía. Y que siguiera mirando mi dibujo con el ceño fruncido.

—¿Ves como tu joven poeta tiene razón? —dijo tras unos segundos—. A no ser que os equivoquéis los dos.

—¿Qué quieres decir? —pregunté desconcertado.

—Que habéis llegado a la misma conclusión.

—Supongo que lo dices porque él usó el término «mariconada» y «mariposón» se utiliza a veces como eufemismo de «maricón».

—No seas superficial. ¿Es que ya no te acuerdas de cómo llamabas a la mariposa de pequeño?

—¡*Marisopa!* —exclamé al cabo de unos segundos—. Tita, te debo una cena.

Mar y sopa

Ha escrito poemas alguna vez? —le pregunté como al acaso.

Él se incorporó ligeramente en el diván y me miró con sus grandes ojos azules muy abiertos, apoyándose sobre un codo como si estuviera en un triclinio.

—¿Cómo lo sabe? —me preguntó con un punto de ansiedad en la voz.

—No lo sé. Por eso se lo pregunto.

—Pero me lo ha preguntado para sacar el tema, ¿verdad?, dando por supuesto que lo había hecho.

—No lo he dado por supuesto; pero, obviamente, contaba con la probabilidad de una respuesta afirmativa, ya que muchos jóvenes cultos y sensibles escriben algún poema a lo largo de su vida.

—¿De veras? ¿Lo hacen muchos?

—La mayoría, me atrevería a decir.

—Pero...

—Pero solo unos pocos, especialmente sensibles, se avergüenzan de ello, ya sea porque consideran que no están a la altura, o porque...

Dejé la frase en suspenso para que él la terminara.

—O porque tu padre se burla de ti —dijo tumbándose de nuevo en el diván— y te dice que solo los vagos y los maricas hacen esas cosas.

La mariposa era polisémica, después de todo.

—El mar no es solo agua para nadie, amigo mío —dije tras una pequeña pausa estratégica—. Todos somos como ese personaje de Molière que de pronto descubre que habla en prosa; pero al revés: lo que hacemos es hablar en verso sin darnos cuenta. Continuamente utilizamos hipérbolos, lítotes, metonimias, pleonasmos... Y metáforas, montones de metáforas. Incluso cuando callamos. Nuestra visión del mundo es inevitablemente «poética», aunque solo sea porque la mayoría de las cosas tienen una carga simbólica y unas connotaciones que ponen en marcha nuestra maquinaria emotiva y sentimental. El mar es la poesía y el poema es un plato de sopa. Mar y sopa: agua salada que puede ser una inmensidad en la que perderse, en la que naufragar dulcemente, como Leopardi, o con angustia, como tú —había llegado el momento de tutearlo—; o cálido alimento del espíritu que podemos degustar en pequeñas porciones y compartir con los demás. Que las mariposas no te impidan ver las flores, que las flores no te impidan ver el jardín. Que las metáforas no te impidan ver la poesía esencial. No intentes huir de ellas ni contenerlas, déjalas fluir, compártelas... Perdona y olvida a tu pobre padre, que no comprendió que los «vagos» (los que vagan) y los «maricas» (los que no renuncian a su componente

femenino) son la sal de la tierra... El otro día dijiste frases muy hermosas; ¿por qué no convertirlas en un poema y ofrecérselo a esa persona cuya piel seguramente no es tan infranqueable como crees?

Estaba inmóvil y tenía los ojos cerrados. Por un momento temí que se hubiera dormido.

—No me atrevo a escribirlo —dijo tras una larga pausa.

—Ya lo has hecho —repliqué—. Como parte de mi trabajo, a veces tengo que reconstruir poemas a partir de fragmentos, y me he tomado la libertad de reconstruir el tuyo. Puro bricolaje, puesto que me suministraste todos los materiales.

Se incorporó lentamente, con los ojos muy abiertos, cogió con mano temblorosa el papel que le tendí y leyó:

*Todo es metáfora del tú, de ti,
como si el mundo fuera
un gran poema sin salida.
No hay camino que no huya de tu sombra.
No hay abismo ni vértigo
que no acabe en tus ojos.
No hay noche que no sea redonda,
negra, sin fondo, doble como tus pupilas.
He olvidado si alguna vez
el mar fue solo agua, solo tierra
sedienta la arena;
si alguna vez las olas no fueron tus labios.
No hay muro que no sea
tu piel infranqueable.*

—Es bueno —dijo.

—Es tuyo —contesté.

Un enurésico puede curarse de dos maneras: dejando de hacerse pis en la cama o disfrutando de ello.

La ciudad inconcebible

La explosión silenciosa

He releído con mucha atención «El duelo del doctor Hirsch» —dijo el hombrecillo vestido de negro con ambas manos apoyadas sobre mi escritorio y sus ojos saltones clavados en los míos—. Y, por una serie de datos contextuales, he llegado a la conclusión de que es muy probable que tuviera usted razón al pensar que los pescaditos comidos por el padre Brown en una cafetería de París debían de estar fritos. Pero, como comprenderá, no es ese el motivo de mi visita... ¿Recuerda cuál era el invento del doctor Hirsch?

—Una nueva arma o un producto de interés militar, creo —contesté esforzándome por hacer memoria—, algo que los alemanes intentan conseguir a toda costa.

—Efectivamente, un producto de enorme interés militar: un explosivo silencioso. Lo cual confirma su teoría del auto sacramental.

—¿Usted cree?

—No sea modesto, lo sabe perfectamente. Y no tenga miedo de herirme al derribar a uno de mis ídolos literarios, ya he puesto a Chesterton en su sitio. Sin dejar de apreciarlo en lo que vale, que es mucho, como usted mismo señaló.

—Lo celebro.

—Un explosivo silencioso... Cuán adecuada metáfora de la disonancia cognitiva, de la mente desgarrada por una contradicción flagrante. Una explosión no va acompañada de estruendo: es puro estruendo, por definición, puesto que el sonido es una vibración del aire y una explosión es una combustión rapidísima que sacude violentamente el aire circundante; por lo tanto, una explosión silenciosa es algo tan contradictorio como un racionalismo dogmático o una sobriedad gulosa... Una vez más, como al matar a Valentin y al castrar a Flambeau, Chesterton escenifica su drama interior, su desgarramiento entre la razón y la fe, entre la virtud y el vicio...

—Un análisis muy sutil —dije asintiendo con la cabeza.

—¿Ha leído *Las ciudades invisibles*? —preguntó bruscamente el hombrecillo llevándose una mano a la garganta, como si quisiera cambiar de tema para protegerse de un elogio demasiado directo.

—Sí, varias veces. Calvino es uno de mis autores favoritos.

—No me sorprende. ¿Recuerda cuántas son las ciudades del libro?

—No es difícil recordarlo, puesto que están agrupadas en once categorías y hay cinco ciudades en cada grupo.

—Efectivamente. Lo que nos daría un total de cincuenta y cinco. Pero hay una quincuagésima sexta ciudad doblemente invisible, escondida en el texto en cursiva,

como en otro nivel de realidad (o de irrealidad). Como recordará, cada uno de los capítulos del libro va entre dos breves textos en los que, a modo de prólogo y epílogo, Kublai Kan y Marco Polo dialogan sobre las ciudades. Y en el prólogo del capítulo quinto el Kan le cuenta a Polo que ha soñado con una ciudad de finos pináculos, hechos de forma que la Luna, en su viaje, pueda posarse, ora sobre uno, ora sobre otro, o mecerse suspendida en los cables de las grúas. Y Polo le dice que esa ciudad es Lalage, y que sus habitantes dispusieron esas invitaciones a las pausas en el cielo nocturno para que la Luna concediera a cada cosa en la ciudad el privilegio de crecer y volver a crecer sin fin. Y Kublai añade que la Luna le ha concedido a Lalage un privilegio aún más raro: el de crecer en ligereza... ¿No es asombroso el paralelismo con la explosión silenciosa de Chesterton?

Después de todo, mi tenaz visitante no había cambiado de tema. Asentí con la cabeza, sonriendo seráficamente, como si estuviera saboreando el asombroso paralelismo. Una forma de parecer sutil consiste en decir lo único que se te ocurre como si no fuera sino la fachada de algo mucho más profundo, que no es necesario explicitar porque a tu inteligente interlocutor le sobran las explicaciones. Así que, tras una pausa, dije con expresión soñadora:

—Una explosión silenciosa, una ciudad que crece en ligereza... Dos paradojas que ocultan un mismo misterio.

—Un mismo gran misterio —precisó el hombrecillo asintiendo con energía—, y cada una su propio pequeño misterio... ¿Por qué relegó Calvino la ciudad de Lalage a los textos en cursiva en lugar de situarla junto a las demás, bajo alguno de los once epígrafes, varios de los cuales podrían haberla acogido perfectamente, como «Las ciudades y el deseo», «Las ciudades sutiles», «Las ciudades y el cielo»...?

—Tal vez para subrayar su índole inverosímil, onírica...

—Lalage no es mucho más inverosímil u onírica que Diomira, Zobeida o Valdrada. Tiene que haber algo más, algún mensaje oculto...

El alga

Recuerdas tus sueños recurrentes infantiles? —me preguntó Marta tras leer mis notas sobre el caso Lalage.

Los recordaba muy bien, o todo lo bien que cabe recordar los sueños. El más hermoso era el de la azotea ajardinada. Subía a mi casa en ascensor, yo solo (cosa que en aquella época no me estaba permitida), y al llegar a mi piso, que era el último, la cabina no se detenía, sino que seguía ascendiendo hasta traspasar el techo, para quedar suspendida en el aire, sobre la azotea, que estaba cubierta de exuberante vegetación y, por una abertura en una de las tapias que la delimitaban, se comunicaba con un maravilloso parque que se extendía en todas direcciones. Yo me adentraba fascinado en aquel mundo aéreo, en aquellos jardines colgantes, y de vez en cuando se cruzaban en mi camino grandes animales fantásticos o extraños personajes que parecían surgidos de alguna escena mitológica. No solía ocurrir nada: era un sueño eminentemente contemplativo, pero tan vívido y lleno de sugerencias que, al despertar, me resistía a abrir los ojos. Me quedaba muy quieto en la cama, con la esperanza de que el sueño no se disipara, me envolviera un rato más en su neblina resplandeciente.

Este sueño tenía su pesadilla complementaria, también recurrente. Siempre empezaba en mi cuarto, pero nunca terminaba en él. Yo estaba solo en casa, tenía miedo y, tras registrar todas las habitaciones, intentaba salir a la calle. Pero la puerta de salida no daba al rellano de la escalera, sino a otra casa, cuyas puertas y ventanas, a su vez, se abrían a pasillos, habitaciones y escaleras sin fin. En la casa infinita no había nadie, o casi nadie, y las pocas personas con las que eventualmente me encontraba eran esquivas o estaban ensimismadas.

Con el tiempo comprendí que la azotea ajardinada y la casa infinita eran dos niveles del mismo sueño, y aprendí a pasar de la segunda a la primera: se trataba, sencillamente, de ir siempre hacia arriba, hasta llegar a la azotea. Unas veces lo conseguía y otras no; pero el mero hecho de intentarlo hacía que el sueño de la casa infinita dejara de ser una pesadilla para convertirse en una aventura.

Como la propia infancia.

La casa infinita. La infancia había (sobra la hache; pero la hache es muda). Fantasía inicial (sobra una i; pero siempre sobra una cópula). La física innata...

Lalage. El alga. El agua. El alga en el agua crece en ligereza...

—A veces lo literario se impone a lo literal... —empecé a decir.

—¿No es esa precisamente la función de la literatura, superar la literalidad del lenguaje? —me interrumpió el hombrecillo, que, por una vez, no iba vestido de negro riguroso; llevaba una camisa gris marengo, lo cual en él parecía casi una frivolidad.

—Sí, desde luego. Pero a veces, envueltos en la magia de la literatura, nos olvidamos de la literalidad de algunas palabras o expresiones. Muchas de las ciudades descritas por Marco Polo, por no decir todas, son oníricas, como señaló usted en su anterior visita; pero Lalage lo es literalmente: no es una ciudad visitada por Polo, sino soñada por el Kan, y eso la sitúa en otro nivel.

—De acuerdo; pero eso solo nos lleva a formular la pregunta de otra manera: ¿por qué decidió Calvino que Lalage fuera una ciudad soñada?

—Usted mismo contestó esa pregunta al observar el paralelismo con el explosivo silencioso de Chesterton. Una ciudad que crece en ligereza no solo es inverosímil, como Isaura, Tecla o Filides, sino literalmente imposible, como una explosión silenciosa... ¿O no? En realidad, la explosión sonora es la excepción: la inmensa mayoría de las explosiones del universo ocurren en el vacío y, por tanto, son silenciosas. El propio universo es una explosión silenciosa... Y un globo, al llenarse de helio o de aire caliente, crece en ligereza.

—Solo en relación con el aire circundante —precisó el hombrecillo.

—¡Exacto! —exclamé abriendo teatralmente los brazos—. Los globos se elevan y las explosiones son ruidosas porque desplazan el aire circundante. Por lo tanto, una ciudad sí que podría crecer en ligereza si la construyéramos con materiales más livianos que el aire... o en un medio más denso.

—¡Como el agua! Una ciudad acuática hecha de madera podría crecer en ligereza.

—Y no solo la ciudad, sino también sus habitantes. La grasa corporal es lo que nos permite flotar en el agua; por lo tanto, los moradores de la ciudad acuática crecerían en ligereza al engordar. Chesterton, con los ciento cuarenta kilos resultantes de su lenta y silenciosa explosión corporal, sería el más ligero de los cetáceos humanos. La ligereza es un concepto relativo, ligado al entorno. Una estatua de bronce flotaría en un estanque de mercurio como la madera en el agua.

—Pero Lalage no es una ciudad acuática.

—Y por eso Calvino decidió que fuera una ciudad soñada, porque en los sueños (y solo en ellos) sí que puede crecer en ligereza algo más consistente que un globo. Lo sé por experiencia, pues de niño soñaba con una casa-ciudad cuyo crecimiento desmedido la volvía más etérea... Pero tiene usted razón, subsiste la pregunta: ¿por qué una ciudad que solo puede ser soñada, que solo puede ser enunciada, junto a otras cincuenta y cinco que pueden y deben ser descritas? Y, tras releer con suma atención y renovado placer *Las ciudades invisibles*, he encontrado, creo, una posible respuesta... Todo gran libro plantea, de forma más o menos explícita, una reflexión sobre sus propios límites, es decir, sobre los nuevos territorios que nos invita a explorar. Y Lalage es precisamente la ciudad fronteriza de *Las ciudades invisibles*: parece una más, pero, como hemos visto, es cualitativamente distinta a todas,

pertenece a otro imperio imaginario, o más allá de lo imaginario, porque una ciudad que crece en ligereza es una contradicción *in terminis*, puesto que el ineludible crecimiento de las ciudades inevitablemente aumenta su peso, tanto real como metafórico. Lalage es la ciudad imposible, la fusión de contrarios que en vano intentan los sueños. No solo marca los límites del fabuloso imperio del Kan y del admirable libro de Calvino, sino de la propia literatura, de la imaginación misma. Porque Lalage no solo no es realizable, sino ni siquiera concebible.

El hacha de plata y el hacha de hierro

El hacha de plata

Tiene que detener al asesino —dijo el hombre sin dejar de caminar arriba y abajo como una fiera enjaulada.

O más bien como un cordero enjaulado, lo cual resultaba todavía más inquietante. De edad difícil de precisar, entre treinta y cuarenta años, frente ligeramente abombada y nariz respingona, parecía un niño que hubiera crecido demasiado deprisa o un adulto al que le faltara un hervor. Y el contraste entre su desvalido aspecto de héroe dickensiano y sus violentos ademanes hacía que su furia destacara como una mancha de sangre en un traje de primera comunión.

—Lo siento, no me ocupo de asesinatos —repliqué con un gesto de impotencia—. Y aunque lo hiciera, no podría detener al asesino: eso le corresponde a la policía.

—No me ha entendido. Hablo en sentido literal: quiero que lo pare, que detenga su avance, que evite el crimen que está a punto de cometer.

—¿Cómo sabe que va a cometer un crimen? ¿Ha proferido algún tipo de amenaza o ha hecho algo que...?

—No ha dicho ni hecho nada. Todavía.

—Entonces ¿cómo sabe lo que va a hacer?

—Porque el asesino soy yo.

—Siéntese, por favor.

El hombre se dejó caer en la butaca que había al otro lado de mi escritorio y me miró con expresión sombría.

—Sé lo que está pensando —dijo tras una pausa—. Si le pido que evite el asesinato, es, obviamente, porque no quiero cometerlo, y si no quiero cometerlo, ¿por qué lo voy a cometer?

—Me ha leído el pensamiento.

—Será mejor que se lo cuente todo desde el principio.

—Me lo ha vuelto a leer.

—Mi amigo Mario es encantador. Alto, guapo, simpático... El alma de la fiesta, ya sabe. El que cuenta los mejores chistes, el que sabe cortejar a las mujeres sin pasarse de la raya... Siempre está alegre, sonriente, siempre dice la frase oportuna. Solo tiene un defecto: es un gorrón. A la hora de pagar, Mario está en el lavabo, o ha salido para llamar por teléfono, o tiene que ir a cambiar el coche de sitio porque está mal aparcado... Sus amigos lo sabemos, pero como es tan simpático...

—Como es tan simpático, no solo lo invitan sistemáticamente, sino que además le prestan dinero —añadí para terminar la frase que él había dejado en suspenso.

—Ahora me ha leído el pensamiento usted a mí —dijo con una triste sonrisa—.

Sí, todos le hemos dejado dinero en alguna ocasión. Pero esta vez...

—Siga, por favor.

—Hace cinco años se presentó en mi casa por sorpresa y, sin decir nada, me dio un papel. Era una carta firmada por él y sellada por un notario en la que se comprometía a devolverme trescientos euros mensuales durante tres años.

—¿Tanto dinero le debía?

—Todavía no. Me dijo que necesitaba desesperadamente diez mil euros y que se veía obligado a pedirme a mí el crédito que el banco no le concedía. «Treinta y seis mensualidades de trescientos euros son diez mil ochocientos; los ochocientos que sobran son los intereses», me dijo con una encantadora sonrisa.

—Y usted le dio los diez mil euros.

—Y además rompí el papel. «Si no me fiara de ti, no te prestaría ese dinero, así que el notario sobra», le dije. Qué imbécil fui...

—No sea duro consigo mismo: no hay nada tan fácil como engañar a un amigo. Ni nada tan difícil como recobrar su confianza, por cierto... Siga, por favor.

—A los pocos días, Mario cambió su viejo coche de segunda mano por un flamante deportivo. Ese fue el primer golpe, pero no dije nada. Me indignó que me hubiera pedido tanto dinero diciéndome que lo necesitaba desesperadamente.

—La desesperación es un asunto muy personal... ¿Cuál fue el segundo golpe?

—Durante el primer trimestre ingresó en mi cuenta trescientos euros mensuales; pero un día que me lo encontré en el bar de Rafa, donde solíamos vernos los amigos, me dijo como de pasada: «Han surgido algunos imprevistos y de momento voy a tener que interrumpir los pagos mensuales». No me preguntó si estaba de acuerdo o no, si me venía bien o mal: simplemente, me comunicó su decisión. Eso sí, con una sonrisa encantadora.

—Déjeme adivinar cuál fue el tercer golpe: nunca reanudó los pagos mensuales.

—Y no solo eso: hace un par de años heredó un montón de dinero; lo sé porque él mismo nos lo contó a los amigos en el bar, e incluso, por primera y última vez, pagó las consumiciones. Y al despedirnos me dijo al oído: «Ahora podré saldar mi deuda contigo». Y desde entonces no he vuelto a verlo ni a saber nada de él.

—¿Y no lo ha llamado para reclamarle el dinero, no le ha escrito una carta...?

—No. Ese es mi defecto, o uno de mis muchos defectos. Me callo. Me lo trago todo. Me digo a mí mismo: «¿Qué puedes decirle que él no sepa?», y la tensión se va acumulando en mi interior. Y la otra noche soñé que le cortaba la cabeza. Con un hacha de plata.

—Bueno, no hay que darles demasiada importancia a los sueños, y menos entenderlos en sentido literal. El hacha solo es un símbolo, y la decapitación, una metáfora, una manera de decir que Mario ha «perdido la cabeza» por su apego al dinero ajeno. El hecho mismo de que el hacha de su sueño fuera de plata es muy significativo: en Argentina y otros países, «plata» es sinónimo de dinero.

—Todo eso está muy bien... Pero es que me gustó decapitarlo. Ver rodar su

cabeza por el suelo, con la sonrisa aún estampada en los labios, me llenó de una alegría salvaje. Y a lo largo del día recreé varias veces en mi imaginación la escena del sueño. Y he mirado distintos modelos de hacha en internet...

—Pero usted no quiere matar a Mario.

—No quiero hacerlo, pero lo deseo, y cada vez con más fuerza... ¿Quién dijo que el hombre no es libre de dejar de hacer aquello que más desea?

—Emerson, creo —contesté sin convicción.

El hacha de hierro

Mi cliente se había puesto en contacto conmigo por mediación de un amigo común, que supuse que conocería también al tal Mario. Y así era. Y además me facilitó su dirección y su teléfono. Estuve a punto de llamarlo, pero preferí darle una sorpresa.

Mientras iba a casa de Mario, mantuve conmigo mismo el siguiente diálogo interior:

«Es curioso... Se supone que te ocupas de lo inmaterial, de lo simbólico, y varios de tus casos más recientes tienen que ver, en última instancia, con el dinero».

«¿Y hay algo más simbólico e inmaterial que el dinero? Desde el punto de vista físico, no es más que un montón de papel sin ningún valor intrínseco, sin ninguna utilidad. Y sin embargo es el emblema del poder, la llave que abre todas las puertas, el gran talismán».

«Las cosas realmente importantes no se consiguen con dinero».

«Algunas cosas importantes no se consiguen con dinero, pero otras sí; o se deterioran por falta de dinero, que viene a ser lo mismo, o por una relación neurótica con el dinero».

«Más que un talismán, es un fetiche...».

Mi diálogo interior se interrumpió bruscamente al llegar al lujoso edificio en el que vivía Mario.

Tenía una casa muy bonita. Tan bonita como su cara, adornada por una sonrisa realmente encantadora. Era una de esas personas que cuando las ves por primera vez es como si ya las conocieras, y que enseguida te hacen sentir a gusto porque te transmiten la sensación de que están a gusto contigo. Aunque seas un desconocido y te presentes en su casa por sorpresa.

Sin darle demasiadas explicaciones, le dije que tenía que reanudar inmediatamente los pagos mensuales.

—Habrás que esperar unos días —dijo con un gesto de impotencia—. Ahora mismo estoy sin blanca. Pero el mes que viene tengo que cobrar una suma importante y entonces, sin falta...

—No podemos esperar hasta el mes que viene —lo interrumpí—, es cuestión de vida o muerte. Literalmente. Tu ex-amigo está acariciando la idea de cortarte la cabeza. Y no solo no puedo impedirlo, sino ni siquiera reprochárselo.

—Pero...

—Haremos una cosa: yo te doy trescientos euros y tú los ingresas en su cuenta hoy mismo. Y el mes que viene, cuando cobres, me los devuelves y haces el segundo ingreso. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo con una sonrisa encantadora.

Llamé por teléfono a mi cliente y le conté que me había tomado la libertad de pedirle a nuestro amigo común las señas de Mario, con objeto de recordarle su deuda. Se mostró sorprendido, pero no le pareció mal. «Tal vez le haga una transferencia hoy mismo», le dije.

Pero no se la hizo. Y al día siguiente tampoco. Ni al otro.

Compré un hacha en una ferretería y fui a casa de Mario. Llamé insistentemente a la puerta, pero no abrió. O no estaba en casa, o no quería abrir. En la duda, reventé la cerradura de un hachazo.

Mario acudió corriendo al recibidor. Sin su sonrisa encantadora no parecía tan guapo.

—¿Qué demonios...? —exclamó al verme.

—Los demonios vengadores de la confianza traicionada y la amistad ultrajada — dije blandiendo el hacha—. Y si no me das ahora mismo seiscientos euros...

Llevaba en el bolsillo dos billetes de quinientos, y me los dio tan deprisa que no tuve tiempo de terminar la frase. A modo de vuelta, dejé el hacha clavada en la puerta.

La mimosa impúdica

La novela perdida

He perdido una novela —dijo la mujer cruzando sensualmente las piernas—. Mi última y mejor novela. Supongo que se hace cargo de lo que eso significa para una escritora como yo.

—Desde luego —asentí, aunque no tenía ni idea de qué clase de escritora era—. Y su novela ¿estaba en formato electrónico o impresa en papel?

—¿Solo se le ocurren esas dos posibilidades? Qué poca imaginación, para ser un detective privado.

—Detective íntimo —precisé.

—¿Cuál es la diferencia?

—La misma que hay entre vida privada y vida íntima. La misma que hay entre su casa y su dormitorio.

—¿Piensa entrar en mi dormitorio?

—Solo entraré donde me conduzcan mis investigaciones, y siempre que usted me lo permita.

—Si lo dice mirándome las piernas de esa manera...

—No le miro las piernas —mentí sin alzar la vista—. Solo evito mirarla a los ojos.

—¿Por qué?

—Porque le molesta.

—¿Cómo lo sabe?

—Soy detective, ¿recuerda?

—¿Y por qué cree que me molesta?

—No lo sé, y usted no me lo va a decir, al menos de momento. De modo que ¿por qué no nos centramos en el motivo de su visita?

—De acuerdo.

Era una mujer grande, de más de un metro setenta de estatura, anchos hombros, fuerte mandíbula, pelirroja y de piel muy blanca, como una diosa celta. O una bruja irlandesa. Sus ojos, de un castaño verdoso, pasaban con rapidez felina de la indolencia a la excitación, como dos gatos pardos agazapados tras sus largas pestañas. Me llamó la atención el colgante que pendía de su cuello: una dama de ajedrez de marfil de tamaño casi reglamentario (algo más pequeña que una Staunton 3), que parecía un centinela vigilando el acceso al blanco escote de su dueña.

—¿Cómo perdió su manuscrito? —pregunté tras una pausa.

—No se trata de un manuscrito —contestó con afectado fastidio—. ¿Parezco una de esas cursis trasnochadas que escriben con pluma?

—Pero si la novela no está impresa ni digitalizada...

—Está aquí —me interrumpió señalándose la frente.

—¿Quiere decir que se le ha olvidado la trama de la novela que iba a escribir?

—Quiero decir lo que he dicho: que he perdido una novela, no que he olvidado una trama. ¿No sabe que soy actriz además de escritora? Como actriz, estoy acostumbrada a memorizar diálogos previamente escritos; y, como escritora, escribo diálogos previamente memorizados. Mis novelas empiezan siendo como obras de teatro, o más bien películas, en mi cabeza. No me siento ante el ordenador hasta que la novela no está prácticamente completa, y entonces me limito a transcribir los diálogos y a describir las acciones y los escenarios que he construido en mi mente.

—¿Y se le ha olvidado todo?

—Todo, incluso el género de la novela, incluso el título.

—Pero no ha olvidado haberla concebido.

—Sí, también eso. Afortunadamente, antes del olvido fui a cenar con mi agente literaria, y ella se acuerda de lo que le conté.

—Que es...

—Casi nada, por desgracia. No me gusta hablar de mis libros antes de pasarlos a limpio, que es como yo llamo a lo que otros llaman escribir. Solo le dije a Raquel que era una novela negra titulada *La mimosa impúdica* y que iba a ser mi mejor libro. Hace unos días me telefoneó para preguntarme cómo iba la redacción de la novela, pues quería presentarla a un concurso, y así fue como me enteré de que la había perdido.

—¿Tiene alguna idea de cómo o en qué momento se produjo la... pérdida?

—Tengo una sospecha. Hace un par de semanas me desperté al alba bañada en sudor y temblando convulsivamente, con la frente ardiendo y los pies helados, como con fiebre. Había tenido una pesadilla, de la que solo recordaba la última imagen: el cuerpo ensangrentado de mi madre.

—Más que una pesadilla, debió de ser un sueño de angustia.

—¿Cuál es la diferencia?

—Los sueños de angustia son tan perturbadores que nos obligan a despertarnos. Según los psicoanalistas, ello se debe a que no consiguen enmascarar su contenido latente y nos muestran con excesiva claridad algo que no podemos asumir.

—¿Como qué?

—Un deseo inconfesable, un dato o una escena que no queremos recordar... ¿Había tenido alguna vez algún sueño parecido?

—No... Bueno, de niña me identificaba con Alicia, la del País de las Maravillas, y a veces soñaba con la Reina de Corazones, o con la Reina Roja que hay al otro lado del espejo... Me daban mucho miedo.

—Una madre ensangrentada, una reina decapitadora, una reina roja... ¿Por eso lleva una reina blanca como amuleto? —pregunté señalando su colgante; pero ella ignoró mi pregunta y, mirándome fijamente a los ojos, preguntó a su vez:

—¿Por qué se hizo detective?

—Se supone que yo soy el que tiene que hacer las preguntas —dije con una sonrisa conciliadora, procurando no sonar cortante.

—Se supone que yo soy la que paga.

No puedo hacer mi trabajo si mi cliente no se relaja, si no deja de verme como alguien que husmea en su armario; y puesto que eso es precisamente lo que hago, tengo que disimular, acercarme dando un rodeo, como quien no quiere la cosa. Y, ante todo, tengo que ser complaciente.

—En mi juventud, al menos una docena de personas próximas a mí intentaron suicidarse —dije tras una pausa—, y tres de ellas lo lograron. Y en todos los casos fue un trauma amoroso la causa directa o indirecta de que buscaran la muerte. Que es como decir que se mataron o intentaron matarse por una tontería.

—¿Le parece una tontería morir por amor?

—Morir por amor puede ser la más digna de las muertes; pero matarse por amor es una solemne tontería. Con la única excepción, tal vez, de quien se mata porque no puede soportar la muerte de un ser querido. Los que se suicidan por una traición o una decepción amorosa en realidad son asesinados por un demonio interior, o más bien internalizado: el demonio del amor romántico.

—Creía que era un angelote de rizos dorados.

—¿Y qué es un demonio sino un ángel caído? El mito del amor, que es el mito nuclear de nuestra cultura, empieza deslumbrándonos como una visión celestial y puede acabar abrasándonos en las llamas del infierno.

—Todo eso es muy interesante, pero ¿qué tiene que ver con mi pregunta?

—Mucho. Todo. Me hice detective para intentar descubrir y desactivar mecanismos autodestructivos.

—Se supone que ese es el trabajo de los psiquiatras.

—Sí, pero ellos se limitan a hacer preguntas sin moverse de su butaca. Yo, además, y sobre todo, investigo el entorno de mis clientes; no exploro solo su mundo interior, sino también el exterior. Lo que para un psiquiatra o un psicoanalista es todo su trabajo, para mí no es más que el precalentamiento.

—¿Y qué tal lo lleva hoy? ¿Va entrando en calor? —preguntó descruzando las piernas y volviendo a cruzarlas con la suficiente lentitud como para que yo no pudiera ignorar sus movimientos.

—Todavía no —contesté buscando algún lugar seguro donde aparcar la mirada—. Necesito un poco de combustible en forma de datos.

—De acuerdo, pregunte.

—¿Por qué una novela negra?

—Si no sé lo que he escrito, ¿cómo voy a saber por qué lo he escrito?

—Lo preguntaré de otra manera... ¿Le resulta atractiva la idea de escribir una novela negra?

—Sí, aunque a la vez me asusta un poco.

—¿Por qué?

—Me gusta la idea porque creo que en una novela negra podría expresar algo diferente a lo que he expresado hasta ahora. Y me asusta por eso mismo: porque no sé si sería capaz de hacerlo adecuadamente.

—Sí que lo sabe. Fue a cenar con su agente literaria y le dijo que era su mejor libro.

—Es verdad... Aunque ahora no lo sepa, al menos sé que en algún momento lo he sabido. O he creído saberlo. Es un consuelo.

—Por otra parte, la novela negra es un género a la vez prestigioso y comercial. Si el resultado le pareció bueno, seguramente pensaría en la posibilidad de ganar mucho dinero.

—Es posible. No me importaría ganar mucho dinero.

—¿A qué cree que se debe el éxito de la novela negra?

—Supongo que tiene el atractivo de los relatos de misterio e intriga tradicionales con el valor añadido de la crítica social, todo ello aderezado con una buena dosis de sexo y violencia y un toque de glamur.

—Sí, parece ser que esa es la receta. Pero yo creo que hay algo más. Creo que la principal razón del éxito de la novela negra es que todos llevamos una dentro, aunque en la mayoría de los casos no llegue a la conciencia o no pase de ser una ensoñación infantil.

—¿Qué quiere decir?

—¿Ha oído hablar de la novela familiar?

—Me suena. ¿Es una de esas colecciones que se venden en los quioscos?

—No exactamente. Freud llamó así a las fantasías sobre la propia familia, que pueden llegar a ser patológicas, como en el caso de algunos paranoicos que, contra toda evidencia, creen que son adoptados o bastardos. Y yo pienso que toda novela familiar es, en última instancia, una novela negra. Un relato de misterio con una buena dosis de sexo más o menos reprimido y de violencia más o menos explícita.

—¿Y el toque de glamur?

—Quienes se creen bastardos o adoptados suelen fantasear con la idea de ser hijos de príncipes o de personas famosas. Y todos los niños sueñan en algún momento con una vida menos vulgar.

—Falta la crítica social.

—¿Cargarse a la familia no le parece suficiente crítica social?

—Cargarse a la familia es una cuestión de supervivencia, me temo... Espero que encuentre mi novela, detective. O que la reconstruya a partir del título, como dicen que hizo con un soneto de Borges.

Bloody mary

Siempre que iba al parque del Conde de Orgaz acababa perdiéndome. O más bien empezaba perdiéndome: lo que acababa por hacer era dejar el coche en cualquier sitio y buscar a pie la dirección a la que iba. La mayoría de la gente que vive en esa zona es insultantemente rica, así que no frecuento mucho la lujosa urbanización y no estoy familiarizado con sus sinuosas avenidas arboladas, todas iguales y con nombres de pájaros o de toreros. Mis clientes no suelen ser insultantemente ricos, por desgracia, pues en ese caso podría hinchar mis honorarios sin ningún escrúpulo. Y además no me perdería en las urbanizaciones de lujo.

Hacía mucho calor y no había nadie por la calle a quien preguntar, por lo que tardé más de media hora en localizar la casa, una imponente mansión de tres plantas cuyo tejado de pizarra brillaba bajo el sol de mediodía como un espejo oscuro, con un amplio jardín y una tentadora piscina semioculta por los árboles.

Tras llamar varias veces al timbre sin obtener respuesta alguna, me di cuenta de que la cancela estaba abierta y entré. El sendero de grava que llevaba a la puerta principal pasaba cerca de la piscina, y cuando los árboles situados estratégicamente dejaron de ocultarla, vi a una rubia despampanante que, tumbada boca arriba sobre una toalla, estaba tomando el sol en toples. Sin inmutarse, me llamó con un gesto de la mano y yo me acerqué dócilmente.

—No te esfuerces en no mirarme las tetas —me dijo quitándose las gafas de sol—; si no quisiera que las vieras, me taparía.

—No me esfuerzo en no mirarte —mentí—; estaba admirando el jardín.

—¿Te gustan más las plantas que las tetas? ¿Cómo se llama esa perversión?

—Fitofilia, supongo.

—¿Quieres darte un chapuzón? No me gusta bañarme sola.

—No he traído bañador.

—Puedo dejarte el mío.

—Me temo que no es de mi talla. Además, tu madre me está esperando.

—No es posible. La pobre ya no espera nada.

—Tal vez no espere nada importante, pero me espera a mí; tu hermana concertó una cita.

—Tendrás que inventar otra excusa. Soy hija única.

—¿No eres la hermana de Leonor?

—Ahora caigo... Tú eres el detective que la va a ayudar a encontrar eso que ha perdido. Me dijo algo anoche por teléfono, pero me había olvidado por completo.

—¿Y tú quién eres, si no es indiscreción?

—Adivínalo, detective. Puedes registrarme en busca de pruebas.

—Leonor me dijo que aquí vivían su madre y su hermana.

—Se olvidó de la abuela Berta. Como verás, somos todas muy olvidadizas.

—Pero si no eres su hermana...

—Te daré una pista: tampoco soy su abuela.

—¡No es posible que seas su madre! Leonor no tiene menos de treinta años.

—Treinta y cuatro, si no recuerdo mal... Sé lo que piensas, chato. Y has acertado: me engañaron a los dieciséis.

—¿Quién te engañó?

—¿Quién va a ser? Mi marido. No contento con seducirme, el muy canalla se casó conmigo.

—Pero parece ser que lo pagó bastante caro.

—¿Qué te ha contado mi hija?

—No mucho. Solo me ha dicho que lo mataste.

—Le rompí una botella en la cabeza mientras intentaba abusar de Leonor. O más bien le rompí la cabeza con una botella. La botella no se rompió, afortunadamente; así pude bebérmela a su salud... Anda, sé bueno, entra en casa y prepárame un *bloody mary*. Hablar de botellas me ha dado sed.

La puerta principal estaba abierta, y desde el amplio recibidor se veía, en un salón contiguo, un mueble bar que parecía muy bien surtido.

En el salón no había nadie. Cogí una botella de Stolichnaya y un vaso alto y busqué la cocina. Que también estaba desierta.

Muchos creen que para hacer un *bloody mary* basta con echarle un poco de vodka a un vaso de jugo de tomate, pero la cosa no es tan sencilla. En primer lugar, hay que hacerlo exactamente al revés: se le echa el jugo de tomate al vodka. Es como cuando se mezcla agua con ácido sulfúrico: el orden es importante, puesto que el jugo es más denso que el alcohol.

Vertí el vodka en el vaso hasta alcanzar un cuarto de su altura y le añadí el zumo de medio limón que encontré en el frigorífico, junto con un chorrito de salsa Worcestershire y unas gotas de tabasco; sazoné la mezcla con una pizca de sal y otra de pimienta negra, eché cuatro cubitos de hielo en el vaso y terminé de llenarlo con jugo de tomate.

Mientras removía el cóctel con una cuchara, entró en la cocina una niña vestida de blanco con un libro en la mano. Al mirarla mejor me di cuenta de que no era tan niña: debía de tener unos trece o catorce años. Y también me di cuenta de lo mucho que se parecía a Leonor. O, más bien, sus facciones eran parecidas: los pómulos altos y prominentes, los ojos pardos ligeramente hundidos, la frente despejada, la nariz recta, el mentón firme... Sin embargo, el efecto general era distinto, como si los mismos ingredientes se hubieran mezclado de otra manera. Como cuando se le echa

el vodka al jugo de tomate. O el agua al ácido sulfúrico.

—¿Qué haces aquí? —preguntó secamente, casi con agresividad.

—Estoy preparando un refresco para tu madre —contesté, dando por supuesto que era la hermana de Leonor.

—No es un refresco.

—Está muy fresco, te lo aseguro. Le he echado cuatro cubitos de hielo.

—María no debería empezar a beber tan temprano.

—Nadie debería empezar a beber tan temprano, es cierto. Tan cierto como que nadie debería decirle a nadie lo que debería hacer... ¿Qué estás leyendo?

—¿A ti qué te importa?

—A pesar de mi rudo aspecto, me gusta la poesía.

—¿Cómo sabes que es un libro de poesía?

—Porque es delgado y tiene las tapas de color crema. Y «crema» rima con «poema». ¿Cuál es tu poeta favorita? Y digo «favorita» porque seguro que es una mujer.

No contestó, pero me mostró la cubierta del libro.

—Emily Dickinson —dije asintiendo con la cabeza—. Buena elección... «Que el amor es lo único que importa es todo lo que sabemos del amor» —cité—. ¿Te vistes de blanco en su honor?

Como si le hubiera dicho algo ofensivo o indecoroso, se sonrojó ostensiblemente, se dio la vuelta y salió corriendo de la cocina.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó María tras probar el cóctel—. ¡Es un *bloody mary*!

—¿No es lo que me has pedido?

—Sí, claro, pero... ¿Tú siempre consigues lo que pides?

—Casi nunca. Y eso que pido poco.

—Pues a mí me pasa lo mismo, chato, y cuando pido un *bloody mary* suelen darme salsa de tomate con un chorro de alcohol de quemar.

Apuré medio vaso de un trago y se pasó la lengua por los entomatados labios, que por un momento parecieron los de una vampira satisfecha.

—Es perfecto. Solo en Chicote los hacen así... ¿Tú no tomas nada?

—Nunca bebo mientras trabajo.

—¿No eres tu propio jefe?

—Precisamente por eso. Tengo que ser estricto, porque mi empleado tiende a desmadrarse.

—Me encantaría comprobarlo.

—Pero me temo que a tu hija, que nos está espiando desde una ventana, no le encantaría verlo.

El comisario

A que no adivinas quién ha venido a verte? —dijo Marta asomando la cabeza por la puerta entreabierta.

—Veamos... Por la expresión de tu cara, entre asombrada y divertida, tiene que ser alguien importante, pero a la vez cercano, y puesto que ha venido a mi despacho ha de tener algo que ver con el trabajo... ¿El comisario Fontana, tal vez?

—Eres un genio, lo digo desde que tenías diez años. Si fueras un poco más ambicioso, seríamos millonarios.

—¿Y qué haríamos con tanto dinero, Tita? Anda, dile que pase.

Cuando tu secretaria es tu tía de setenta años, maestra jubilada, y no puedes pagarle un sueldo maravilloso, tienes que darle alguna satisfacción moral de vez en cuando, como dejarle creer que su sobrino es un genio; así que no le dije que Fontana me había telefoneado para anunciarme su visita.

—¿A qué debo tanto honor? —le pregunté mientras le estrechaba la mano. O más bien mientras él estrujaba la mía. A sus sesenta y tantos años, seguía siendo fuerte como un oso.

—¿No lo adivinas? —me preguntó dejándose caer en la butaca que desplazé para ponerla a su alcance; a pesar de su vigoroso apretón de manos, parecía cansado.

—Acabo de adivinar que eras tú haciendo trampas; así que ahora, para rehabilitarme, tendré que deducir a qué has venido. Pero tienes que darme una pista: ¿cuál es tu relación con María Soriano?

—¿Cómo has averiguado que tengo algo que ver con ella?

—Ayer estuve en su casa, y solo tengo un asunto entre manos. Por lo tanto, es lógico suponer que tu visita tiene que ver con ella. Y normalmente me pedirías que fuera yo a tu despacho...

—Todavía hay clases.

—Desde luego. Sin olvidar lo del respeto a las canas... Así que si te tomas la molestia de venir tú aquí, es porque prefieres que no se enteren en la comisaría. Lo que sugiere algún tipo de implicación personal en el caso.

—He de reconocer que eres más listo de lo que pareces.

—Es un gran cumplido, teniendo en cuenta lo mucho que lo parezco.

—Solo te has equivocado en un pequeño detalle: no hay caso.

—No te entiendo.

—Pues es muy sencillo: María fue juzgada y absuelta. Caso cerrado. No sé quién te habrá pedido que hurgues en su pasado, pero no lo hagas. Mi segundo apellido es Soriano.

—Un momento... ¿Crees que estoy investigando la muerte de su marido?

—¿Qué si no?

—Sabes perfectamente que no investigo homicidios. Me mareo cada vez que voy a donar sangre.

—Nunca he entendido muy bien a qué te dedicas... Pero, si no se trata de eso, ¿qué coño estás investigando?

—Puesto que acabarás enterándote de todas formas y además no es un asunto confidencial, te lo diré: me ha contratado la hija de María para...

—¿Leonor? —me interrumpió sorprendido.

—¿Por qué pones esa cara? Buena parte de mis clientes son escritores.

—No entiendo por qué querría contratarte. ¿La han abandonado las musas y tienes que averiguar dónde están?

—No vas desencaminado. Ha perdido una novela.

—¿Y no tenía ninguna copia?

—La tenía guardada en su memoria, y se le ha olvidado por completo.

—Vaya chorrada.

—A ti, que te pasas la vida sacando fiambres de los armarios, te parecerá una chorrada; pero para una escritora hipersensible como Leonor una cosa así puede ser una tragedia.

—Vale, vale... Pero ¿qué coño tiene que ver su madre?

—La novela se borró de la mente de Leonor a raíz de una pesadilla, de la que lo único que recuerda es la imagen de tu prima cubierta de sangre.

—¿Crees que el olvido de la novela tiene que ver con la muerte de su padre?

—Es probable.

—¿Y la entrevista con María te aclaró algo?

—No mucho. Me contó cómo había matado a su marido.

—El muy cerdo. Se llevó su merecido.

—No sabía que estuvieras a favor de la pena de muerte.

—No lo estoy. Pero si viera a un cabronazo tumbado encima de mi hija, no le pediría amablemente que se apeara... Le dio en la cabeza con lo que tenía a mano y se lo cargó. Eso es todo.

—¿Era amigo tuyo? —le pregunté tras una pausa, bajando la voz estratégicamente.

—¿Dónde has estado husmeando? —preguntó él a su vez, sin disimular su irritación.

—Solo en tu cara. No es una fuente muy fiable, pero no dispongo de otra.

Se revolvió en la butaca y por un momento pensé que se iba a levantar para marcharse; pero de pronto pareció relajarse, como si hubiera llegado a la conclusión de que yo no representaba ningún peligro.

—Nunca fue un verdadero amigo —dijo con un punto de amargura en la voz—, pero estudiamos Derecho juntos y luego seguimos viéndonos de vez en cuando... Yo

se lo presenté a María. Nunca me lo perdonaré. Lo único que puedo alegar en mi defensa es que no solo me dio el pego a mí: engañaba a todo el mundo. Era tan simpático, tan educado, tan listo...

—¿Era muy listo?

—Lo suficiente como para hacerse rico antes de los treinta.

—«Para ser lo suficientemente listo como para hacerse rico, hay que ser lo suficientemente tonto como para creer que vale la pena» —dije parafraseando al padre Brown.

—¿Te consuela pensar que las uvas están verdes?

—Me consuela pensar que no soy una zorra.

Tríceps

Leonor parecía algo más relajada que en nuestra primera entrevista. Yo, sin embargo, estaba tenso, y no sabía muy bien por qué.

—¿Qué le ha contado María? —me preguntó sin rodeos.

—Creía que no quería hablar del tema. Por eso me pidió que fuera a ver a su madre.

—No quiero hablar del tema; solo quiero escuchar.

—Está bien. María me ha contado que aquella noche su padre volvió a casa borracho e intentó violarla...

—¿A ella o a mí?

—Primero a ella y luego a usted, que estaba durmiendo. Al ver a su marido tumbado encima de su hija adolescente, a María, según sus propias palabras, se la llevaron los demonios. Sin casi darse cuenta de lo que hacía, cogió una botella y se la rompió a su padre en la cabeza. Mejor dicho, le rompió la cabeza con la botella.

—¿Nada más?

—¿Le parece poco?

—Quiero decir... ¿No le dio más detalles?

—Algunos. Me describió lo que estaba haciendo su padre en el momento de recibir el botellazo.

—Cuéntemelo.

—¿Lo ha olvidado?

—Para olvidarlo, antes tendría que haberlo sabido.

—Pero...

—Estaba profundamente dormida. En aquella época tomaba pastillas para dormir.

—¿Qué edad tenía?

—Trece años.

—¿Y ya tomaba pastillas para dormir?

—Me las recetaron porque tenía ataques de sonambulismo. Y no intente desviar la conversación. ¿Qué detalles le dio mi madre?

—Describió lo que estaba haciendo su padre antes de recibir el golpe de gracia. Creo que sus palabras textuales fueron: «Le subió el camisón y empezó a hurgar entre sus piernas».

Leonor apretó los dientes con fuerza; pude ver los músculos de las mandíbulas tensarse bajo la piel. Luego entreabrió la boca, como si fuera a hablar, pero no dijo nada.

—¿Por eso cruza las piernas al sentarse? —pregunté tras una pausa.

—Todas las mujeres cruzan las piernas al sentarse, sobre todo si llevan falda y tienen a un hombre enfrente —contestó con tono de fastidio.

—Sí, pero no de esa manera.

—¿De qué manera?

—Al cruzar las piernas, normalmente la de arriba se limita a descansar sobre la de abajo, para relajar los músculos; pero usted las aprieta una contra otra.

—¿Cómo lo sabe?

—Los tríceps femorales están tensos.

—Y decía que no me miraba las piernas...

—Solo profesionalmente. Y porque no le gusta que la mire a la cara.

—¿Ya ha averiguado por qué?

—Tengo una teoría, aunque sin mucha base.

—Cuéntemela; a lo mejor me revela algo interesante.

—María me describió a su padre: metro ochenta y cinco, unos noventa kilos, cabello castaño rojizo, facciones angulosas...

—Ya veo por dónde va. Podría ser su descripción.

—Me faltan unos kilos, pero estoy en ello.

—Pero entonces, y puesto que él se dedicó a hurgar entre mis piernas, ¿no debería molestarme más que me mirara... los tríceps femorales?

—A no ser que al despertarse, aquella madrugada, viera los ojos de su padre a pocos centímetros de su cara.

Durante un largo instante, Leonor me miró sin decir nada. Luego se puso en pie trabajosamente, como si se le hubieran dormido las piernas de tanto apretarlas una contra otra. Pensé que se iba a ir; pero lo que hizo fue desmayarse.

En un rincón de mi despacho hay un diván. No soy psicoanalista y ni siquiera me tomo muy en serio el psicoanálisis; pero algunos de mis clientes prefieren tumbarse para hablar de ciertas cosas. Con ayuda de Marta, que había acudido al oír mi exclamación de alarma, cogí a Leonor en brazos y la deposité en el diván. Estaba muy pálida y su respiración era débil y entrecortada.

Al cabo de unos minutos, Leonor entreabrió los ojos y susurró con angustia:

—Papá...

Se incorporó bruscamente, como alertada por el sonido de su propia voz, y miró desconcertada a su alrededor.

—Voy a prepararle una infusión —dijo Marta, y salió corriendo de mi despacho.

Al cabo de unos segundos, Leonor me miró fijamente a los ojos y me preguntó:

—¿Por qué no te acostaste con mi madre?

—Vaya, no tenéis secretos entre vosotras.

—Tenemos demasiados secretos, por eso somos impúdicas. La impudicia es un sucedáneo de la confianza. Pero tú no tienes por qué entrar en ese juego. No tengo

derecho a preguntártelo.

—Claro que sí. Tú eres la que paga.

—No, en serio...

—Nunca bromeo con respecto a mis honorarios... Y no me parece una pregunta impúdica; solo que no acabo de entenderla.

—¿Por qué?

—Es como si me preguntaras por qué no tengo un póster de Madonna en la pared. Hay cosas que las haces si tienes una razón para ello, no por el mero hecho de no tener motivos para no hacerlas.

—La alusión a Madonna no es casual, ¿verdad?

—No ha sido deliberada, pero supongo que tampoco es casual. Una cincuentona rubia y fogosa que aparenta diez años menos...

—Sería irresistible para la mayoría de los hombres —me interrumpió ella para ponerle otro final a mi frase—. ¿No la encuentras atractiva?

—Mucho. Y muy simpática, sobre todo después del tercer *bloody mary*.

—¿Entonces? ¿Vas a soltarme esa tontería de no mezclar el trabajo con el placer?

—No, no voy a soltarte esa tontería, puesto que mi trabajo es casi mi única fuente de placer... No soy ningún santo, pero tampoco un sátiro. No soy de los que se dicen a sí mismos: «¿Por qué no?». Yo necesito un «por qué sí». Me cuesta bastante... intimar.

—¿Un detective íntimo al que le cuesta intimar?

—Una cosa es explorar la intimidad y otra disfrutar de ella. Un ginecólogo no tiene por qué ser un *voyeur*.

—Una metáfora muy gráfica.

—Metonimia, más bien.

—¿Y qué te pareció Verónica, mi hermanita?

—Un tanto inquietante. Como recién salida de una novela de Henry James.

—No exageres. Solo es una adolescente romántica.

—¿Te parece poco? El romanticismo es una estética de la desesperación, un canto a la muerte. Aunque, a su edad, puede que solo sea una pose. Puede que, simplemente, haya descubierto demasiado pronto que los malos son los ricos.

En ese momento entró Marta con una taza humeante.

—Toma, querida —dijo con su mejor sonrisa de maestra comprensiva—. Te sentará bien. Melisa endulzada con miel de azahar.

—Muchas gracias.

Leonor tomó un sorbo de la infusión mientras Marta se sentaba en la butaca que había quedado libre.

—A lo mejor te resulta más fácil hablar conmigo, querida —dijo mi tía sin dejar de sonreír; nadie podía mantener una sonrisa sincera durante tanto tiempo como Marta.

Leonor me miró sorprendida.

—En realidad, Marta es la jefa —le expliqué—. Yo hago el trabajo preliminar y ella da los toques finales.

—Gracias, Marta —dijo Leonor sonriendo por primera vez desde que la conocía—. Todavía estamos en los preliminares, pero te llamaré si te necesito.

—No dejes de hacerlo, querida —la animó mi tía, y se fue tras guiñarle un ojo.

—Es curioso... Te resistes a los encantos de las rubias fogosas, tienes una maternal secretaria de setenta años en lugar de la típica jovencita con minifalda, y supongo que eres soltero... —dijo Leonor tras una pausa—. Y sin embargo no eres gay.

—¿Por qué supones que soy soltero y das por hecho que no soy gay? —pregunté afectando naturalidad, aunque en realidad me había sorprendido su observación.

—Las escritoras también tenemos que ser detectives —contestó sonriendo por segunda vez.

Tiramisù

Que yo sepa, Marta solo tiene un vicio: la comida italiana. Y de vez en cuando la invito a cenar en Pulcinella o en La Vecchia Milano. Aunque la pizza de Pulcinella es una de las mejores de la ciudad y los camareros son más guapos, ella prefiere La Vecchia Milano por el excelente *risotto* y la pasta fresca.

Mis invitaciones no son del todo desinteresadas, pues cuando Marta está de buen humor se vuelve aún más ingeniosa y locuaz de lo habitual, y nada la pone de tan buen humor como un plato de *tagliatelle al pesto* o de *risotto ai funghi porcini* regado con lambrusco.

—¿Qué opinas de Leonor, Tita? —le pregunté mientras le llenaba la copa por tercera vez.

—Es una buena chica —contestó con convicción—. Y es lista, y muy atractiva. Aunque no sé si te conviene.

—Querría saber más bien qué opinas del caso.

—Supongo que ha olvidado la novela porque soñó algo que le reveló que la historia que inventó tiene bastante que ver con su historia real.

—Hasta ahí había llegado yo solo.

—Pero hasta aquí seguro que no: no creo que su padre intentara violarla.

—Eso que has dicho es muy grave, Tita.

—¿Te parece grave que un padre no intente violar a su hija?

—En este caso sí, porque entonces su mujer lo habría matado sin motivo.

—Una mujer siempre tiene motivos para matar a su marido.

—¿Y por qué no crees que el padre de Leonor intentara violarla?

—¿Tenemos que hablar de violaciones mientras cenamos?

—Tú verás. Aún no te has ganado el postre, y aquí hacen el mejor *tiramisù* de la ciudad. Además, según tú, no estamos hablando de violaciones sino de falsos supuestos.

—Está bien... Precisamente tiene que ver con el *tiramisù*, que como sabes significa «levántame». Si su padre hubiera intentado violarla, su primera palabra al volver en sí no habría sido «papá», ni se habría incorporado al pronunciarla.

—Pero se desmayó al oír lo de la cara de su padre pegada a la suya. Ese «papá» que dijo al despertarse tal vez fuera el comienzo de algo así como: «Papá, por favor, no lo hagas». E incorporarse puede ser una reacción defensiva.

—Te tengo dicho que deberías fijarte más en la música de las palabras. Solo oyes la letra. No había miedo en ese «papá», solo tristeza. Y no se incorporó de forma defensiva, sino como quien abandona una situación de pasividad. Por eso empezó a

tutearte. Ha cambiado de pantalla, como en los videojuegos.

—Lo del cambio de pantalla, aunque no acabo de verlo claro, suena interesante, te has ganado el postre; pero lo otro... En lo que respecta a la música, ya sabes que me fío mucho más de tu oído que del mío. Pero en este caso creo que pretendes afinar demasiado. Angustia, miedo, tristeza... Esas emociones suelen ir tan juntas... Juntas y revueltas.

—Tampoco había súplica en la voz de Leonor. Y la súplica no es una emoción, ni un matiz: es una nota tan concreta y reconocible como un si bemol. Para alguien que no suspenda primero de piano tres veces, claro.

—Yo no tengo la culpa de no haber heredado tu oído absoluto, Tita.

—Pero sí de saltarte una clase de cada tres.

—Me permito recordarte que de eso hace más de cuarenta años. Mis novillos musicales han prescrito varias veces.

—Tonterías. El tiempo de la música fluye de otra manera. Y, por cierto, nunca es tarde para rectificar. Podríamos trasladar mi piano vertical al despacho y retomar las clases. Disponemos de mucho tiempo libre, que es una forma optimista de decir que casi no tenemos trabajo.

—Precisamente por eso no puedo permitirme el lujo de pagarte dos sueldos, Tita.

El hacha de oro

En mi trabajo, el camino más corto entre dos puntos es el rodeo; pero a veces la línea recta es la única opción. Así que, aprovechando que Leonor me había dicho que solía acostarse tarde, decidí llamarla por teléfono y plantearle la cuestión directamente.

—Marta no cree que tu padre intentara violarte —le dije sin preámbulos.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión? —preguntó sin que su tono revelara inquietud, ni siquiera sorpresa.

—No bromeaba cuando dije que ella es la que hace el trabajo fino. Marta tiene una sensibilidad especial para los tonos de voz y los mensajes subliminales.

—En cierto modo, tiene razón. Creo que mi padre nunca se habría comportado de esa manera de no haber estado tan borracho que ni siquiera sabía quién era yo. Ni quién era él mismo, probablemente. Decir que su cuerpo sin control se derrumbó sobre otro cuerpo sería más adecuado que afirmar que intentó violarme. Era un desastre, pero no creo que fuera tan malo como dice mi madre.

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

—Disculpa, luego te llamo —dije, y fui a abrir.

Eran casi las doce y yo no solía recibir visitas a aquella hora. Ni a ninguna otra, a decir verdad, salvo las de mis clientes. Pensé que sería un vecino que tenía algún problema.

Antes de abrir eché una ojeada por la mirilla. No parecía un vecino, y el que tenía un problema era yo. Era un encapuchado muy corpulento y con un hacha en las manos; parecía un verdugo medieval. Un hacha de hoja dorada, como pude ver cuando la levantó para descargar el primer golpe.

El segundo no lo vi, pues prudentemente me había apartado de la mirilla; pero lo oí, y conmigo debió de oírlo todo el vecindario. Sin embargo, la puerta resistió. Bendije mentalmente a Marta por haber insistido en que pusiéramos una puerta blindada de las más caras.

Seguramente preocupado por el ruido que había hecho y disuadido por la resistencia de mi carísima puerta reforzada con chapa de acero, el encapuchado se marchó corriendo.

En lo primero que pensé fue en una venganza de Mario el Encantador. Pero no tenía sentido. Era un tipo listo y pragmático, y yo sabía dónde vivía; de haber querido vengarse, no lo habría hecho de una forma tan claramente relacionada con nuestro segundo y último encuentro. Además, era obvio que aquella absurda hoja dorada tenía que ver con el hacha de plata del sueño de mi cliente.

Lo saqué de la cama, pero se hizo cargo de la situación.

—No he hablado con Mario. Ni pienso hacerlo —dijo con convicción—. En cualquier caso, no creo que haya sido él, no es su estilo. Es demasiado indolente para hacer algo así.

—Estoy de acuerdo, y en realidad no le he llamado porque sospeche de él —le aclaré—, sino para preguntarle si le ha contado a alguien su sueño del hacha de plata.

—No, no se lo he contado a nadie.

—¿Seguro? Es muy importante.

—No... Bueno, ahora que me acuerdo, se lo comenté a una chica; pero ella no cuenta.

—¿Por qué?

—Era una compañía ocasional, ya sabe.

—¿Se refiere a una prostituta?

Mofletes

Así como en el caso de Elia había tenido suerte con el nombre, esta vez la tuve con el apodo. Mi cliente me dijo que la chica con la que había estado se llamaba Amparo; Ampa la Moflas para los amigos.

Trabajaba en un garito próximo a la calle Montera, y la reconocí sin necesidad de preguntar por ella. Sus mofletes rubicundos la delataban incluso en la espesa penumbra de aquel antro. Estaba en la barra, sentada en un taburete ante un vaso vacío, sola. Parecía aburrida.

—Hola, Ampa —la saludé sentándome en el taburete contiguo al suyo—. ¿Te acuerdas de mí?

—Claro que sí, guapo —contestó dedicándome una de esas sonrisas que ya no es fácil conseguir gratis.

—¿Y también te acuerdas de lo que me gusta?

—En cuanto me refresques la memoria, me pongo al día.

De pronto éramos tres. Un hombre de unos treinta años, no muy alto pero fornido, con el pelo cortado a cepillo y una pequeña cicatriz en el labio superior, había surgido de la oscuridad y estaba al lado de Amparo.

—Nos vamos —le dijo secamente agarrándola del brazo.

—Espera, tío —protestó ella—, ¿no ves que estoy hablando con un amigo?

—He dicho que nos vamos —replicó él, y tiró con tanta fuerza de la chica que esta casi se cayó del taburete.

—Parece ser que la señorita no quiere irse —dije mirando fijamente al hombre, que, sin soltar a Amparo, se encaró conmigo.

—Voy a darte un consejo, capullo: métete en tus asuntos —me dijo arrastrando las palabras.

Y entonces tuve uno de esos momentos de inspiración que a veces me sacaban de una situación difícil y otras veces me metían de lleno en ella.

—Consejo por consejo —repliqué bajando la voz—: lárgate, madero de mierda.

Era bueno, pero lo había pillado por sorpresa. Solo tardó un segundo en reaccionar, pero yo tenía los ojos clavados en los suyos y capté la momentánea vacilación de sus pupilas.

—¿Madero yo? —dijo con una mueca despectiva—. ¿Quieres ver mi arma reglamentaria?

Se metió la mano libre en el bolsillo y sacó una navaja de mariposa; pero no le di tiempo a abrirla.

Acababa de llegar a casa cuando sonó el telefonillo del portero automático. Era Amparo. Bajé a la portería para cerciorarme de que estaba sola y la hice pasar. Tenía un ojo morado.

—Debería haberle pegado más fuerte a ese cabrón —dije a modo de saludo.

—Deberías haberle hecho caso —replicó ella—. Pero, de todos modos, muchas gracias. No estoy acostumbrada a que me traten como a una señorita.

—¿Estás casada?

—No.

—En ese caso eres una señorita. Anda, sube.

—No, es mejor que me vaya.

—Entonces ¿por qué me has seguido hasta casa?

—Para darte las gracias. Y para advertirte. Ese tío al que le has pegado es muy malo, y tiene amigos poderosos. Yo que tú me quitaría de en medio por una temporada.

—¿Te ha seguido?

—No. No hay casi nadie en la calle y me he fijado todo el rato; me habría dado cuenta.

—Entonces puedes subir sin miedo. Y si a pesar de tus precauciones él u otra persona te hubieran seguido hasta aquí, no sería prudente que te marcharas sola. Así que, en cualquier caso, lo mejor es que subas.

La habitación más confortable de mi casa-oficina era el vestíbulo, que se había convertido en el despacho de Marta y tenía su toque personal.

Amparo se dejó caer en el sofá y se llevó una mano al ojo amoratado.

—Voy a prepararte una compresa fría —le dije mientras colgaba su chaqueta en el perchero.

—No te molestes, no es nada.

—No es molestia. De todos modos tengo que sacar el hielo para preparar unas copas...

Por deformación profesional, siempre intento adivinar qué bebida le puede apetecer a alguien en un momento dado. Pensé que después del sofoco y la caminata Amparo estaría sedienta y enervada; le preparé un cubata con ron Cacique, y yo me serví cola sola con unos cubitos de hielo para disimular. Me hizo gracia la inversión de los términos: normalmente son las chicas de alterne las que fingen beber alcohol mientras emborrachan a sus clientes.

—Relájate, aquí estás segura —le dije aplicándole la compresa fría en el ojo.

—Desde luego —rio ella—. No hay más que ver la puerta para darse cuenta de que tu casa es un lugar seguro.

—Precisamente. Una puerta a prueba de hachas. ¿Qué mejor protección puede

haber?

—¿Han dejado así tu puerta de un hachazo?

—De dos.

—Qué casualidad, un amigo me contó el otro día una historia de hachas de lo más disparatada. Creía que ya no se usaban esas cosas.

—Yo también lo creía. ¿Cómo es la historia de tu amigo?

—Primero soñó que le cortaba la cabeza con un hacha de plata a un colega que le debía un montón de pasta, y luego contrató a un detective para que cobrara, y el detective fue a casa del colega y le reventó la puerta con un hacha y lo obligó a soltar la pasta... Oye, ¿no serás tú el que le debía dinero a mi amigo?

—No —reí ante aquella nueva inversión de los términos—. Qué más quisiera yo que hubiera alguien dispuesto a prestarme un montón de pasta. Y además mi puerta aguantó, como puedes ver... A lo mejor hay una banda que está poniendo de moda el hacha.

—No te rías, podría ser algo así. Porque cuando le comenté a Gonzalo lo de mi amigo, en plan anécdota divertida, la cosa le interesó mucho y me hizo un montón de preguntas.

—¿Gonzalo es el madero?

—Sí. ¿Cómo te diste cuenta? Nadie se lo nota.

—Soy psicólogo, y estoy acostumbrado a fijarme en ciertos detalles. Un macarra no apartaría a una chica de un posible cliente de la forma en que él lo hizo.

—Es verdad. A mí también me sorprendió... ¿No serás un narcotraficante?

—No, ni tengo nada que ver con ese rollo. ¿Por qué lo dices?

—Por lo de la banda del hacha. A lo mejor Gonzalo reaccionó así al verte porque te conoce y sabe lo de los hachazos en tu puerta.

—¿Y qué tiene que ver eso con el narcotráfico?

—Gonzalo trabaja en ese departamento de la policía que se ocupa de las drogas y de la trata de mujeres. Y lo del hacha suena a venganza de mafiosos.

—Es verdad, pero te aseguro que no tengo nada que ver con ese mundillo... Y si el tal Gonzalo supiera algo de los hachazos en mi puerta, sabría más que yo. No tengo ni idea de quién me atacó de esa manera tan original ni por qué.

—Tengo que confesarte algo. Te mentí al decirte que me acordaba de ti —me dijo tras una pausa que dedicó a apurar el último trago del cubata.

—Ya lo sé —sonreí—. No podías acordarte de mí porque nunca nos habíamos visto.

—Entonces ¿cómo sabías mi nombre?

—Un amigo me habló muy bien de Ampa la Moflas. Y tus encantadores mofletes de Heidi me llevaron directamente hasta ti. No deberías taparlos con maquillaje.

—No los tapo, tonto. Los realzo.

Nevermore

Leonor había quedado en venir a mi despacho a las siete, pero a las ocho aún no había llegado. Llamé varias veces a su casa y a su móvil sin éxito, y a las nueve decidí llamar a su madre.

—No me sorprende que no haya aparecido, chato —dijo María—. Leonor es tan voluble... ¿A quién habrá salido?

—Pero por lo menos podría haberme avisado —repliqué, más preocupado que molesto.

—A lo mejor quiere hacerte sufrir... ¿Por qué no te pasas por aquí?

—¿No es un poco tarde?

—Depende de para qué. He encontrado algo que podría servirte para tu investigación.

—¿Qué es?

—Es mejor que no te lo diga por teléfono.

A las nueve y media aparqué frente a la casa de María Soriano. Era la primera vez que no me perdía en el parque del Conde de Orgaz.

Me abrió una doncella china de edad indefinida y rostro inescrutable.

—La *señola* ha tenido que *salil* un momento —me dijo sin mirarme—. Ha dicho que la *espele* en el salón.

La noche anterior no había pegado ojo y estaba hecho polvo. Me dejé caer en un sillón y al cabo de un rato me quedé adormilado.

«Solo unos minutos», me dije a mí mismo; pero cuando me desperté era casi medianoche.

Aturdido, me levanté para irme; pero mientras en algún lejano reloj de péndulo sonaban doce campanadas, como un fantasma puntual apareció Verónica, descalza y sin más ropa que un finísimo camisón. Blanco, naturalmente.

—«Por el cielo que nos cubre, por el Dios al que adoramos, dile a esta alma consumida si en algún lejano Edén verá un día a la doncella que llaman Leonor los ángeles, a la radiante doncella que llaman Leonor los ángeles» —recitó la niña mientras se acercaba lentamente. Aunque con aquel camisón no parecía tan niña.

—«Dijo el cuervo: *Nevermore*» —añadí para rematar la estrofa. Sin proponérmelo, la cita me salió bilingüe.

Verónica siguió acercándose sin decir nada más y, aturdido como estaba, me fallaron los reflejos. Cuando quise darme cuenta me había echado los brazos al cuello

y, con los enhiestos pezones clavados en mi pecho, me susurró al oído:

—El cuervo dijo: *Never mind*.

La aparté con suavidad, pero con firmeza.

—¿Qué pasa, te gusta más mi madre? ¿O mi hermana? —me preguntó mirándome a los ojos con una mezcla de rabia y angustia.

—¿Cuántos años tienes, Verónica? —le pregunté a mi vez sin evitar su mirada.

—Casi quince.

—Pues yo tengo casi cincuenta y dos.

—¿Vas a decirme eso de que podrías ser mi padre?

—No, no voy a decirte que podría ser tu padre porque podría ser tu abuelo. Lo que voy a decirte es que si tuviera que elegir, no ya entre tu madre y tú, sino entre una cabra y tú, elegiría a la cabra. Porque una cabra solo me da asco, mientras que la idea de acostarme con una niña me horroriza.

Levantó las manos engarfiadas como si se dispusiera a arañarme; pero las volvió hacia sí misma y se desgarró el camisón, poniendo al descubierto sus turgentes pechos de adolescente. Luego se dio la vuelta y se fue corriendo.

Me invadió una enorme tristeza, una sensación de abatimiento e impotencia que me mantuvo clavado al suelo, con la mirada perdida, durante un largo minuto. Hasta que una voz grave y autoritaria me sacó de mi estupor:

—Te has pasado un poco con lo de la cabra, ¿no crees?

Una mujer de unos setenta años, con el blanco cabello recogido en un moño y envuelta en una bata de seda gris, me miraba desde la puerta que comunicaba el salón con el recibidor.

—Supongo que sí —contesté con un gesto de resignación—. Pero, a pesar de lo que dice Don Mendo, creo que en algunos casos es mejor pasarse que no llegar.

—Ven a mi despacho, vamos a charlar un rato... No tengas miedo, conmigo no corres ningún peligro. Ya no tengo edad, y la tradición familiar de acosar a las visitas la inició María. Por cierto, ¿sabes quién soy? Me miras como si estuvieras viendo un fantasma.

—Berta, supongo.

—Chico listo; otro habría dicho «doña Berta». Y, además, guapo y honrado. Una auténtica joya.

—No hace falta ser muy honrado para no aprovecharse de una niña. Es suficiente con no ser un canalla.

—Tampoco te has aprovechado de María.

—En ese caso, no sé si «aprovecharse» sería la palabra exacta.

—Hay varias maneras de aprovecharse de alguien como mi hija. Anda, ven.

A veces la intuición me falla por completo; lo cual es bueno, porque de lo contrario me fiaría de ella en exceso, y eso en mi profesión sería muy peligroso. Por el tono

con que María me había dicho que su madre ya no esperaba nada, por la decoración de la casa, el tipo de jardín y la actitud de Verónica (los nietos que viven con sus abuelos dicen mucho sobre ellos), me había imaginado a Berta como una anciana apagada y melancólica, y era exactamente lo contrario. Incluso los muebles de su despacho, sobrios y funcionales, revelaban un carácter resuelto. Que no esperara lo mismo que María no significaba que no esperara nada. Ni mucho menos.

—No me gusta escuchar detrás de las puertas —se excusó Berta mientras encendía para ella el cigarrillo que yo no había aceptado—, pero en esta casa es la única manera de enterarse de algo.

—Es normal que una abuela se preocupe por su nieta adolescente, sobre todo si está a solas con un desconocido. Y más en una casa en la que ya ha habido abusos a menores —dije escogiendo las palabras con cuidado.

—¿Hasta qué punto es cierta esa historia de la novela perdida? —me preguntó ella eludiendo entrar en el tema que yo había sacado a relucir.

—Lo único que puedo decir al respecto es que esa es la historia que Leonor me ha contado y el motivo por el que ha contratado mis servicios —contesté encogiéndome de hombros.

—Pero un chico tan listo como tú se habrá dado cuenta de otros posibles motivos ocultos tras ese extraño encargo.

—O no los hay, o no soy tan listo. Y el encargo no es tan extraño. Una de mis últimas clientes me contrató para que buscara un adjetivo.

—Bien mirado, no es ninguna tontería —dijo Berta tras una pausa—. Yo también quiero contratarte para que busques una palabra, o una frase, tal vez.

La carta robada

Marta no vivía muy lejos de mi oficina-vivienda, y además le gustaba caminar tanto como a mí, así que a menudo, después del trabajo, la acompañaba a su casa dando un paseo. Ella solía decir: «No es necesario que me acompañes», y yo solía replicar algo así como: «Si fuera necesario acompañarte a casa, no te habría contratado como secretaria y guardaespaldas; y si no fuera un placer, tampoco». Pequeños rituales familiares.

Estaba anocheciendo y había muy poca gente en la calle. Mientras bordeábamos el Retiro, le hablé de mi entrevista con Berta. Me sorprendió que no hiciera ningún comentario, así que le pregunté:

—¿Por qué estás tan callada, Tita?

—Porque intento determinar si los dos tipos que nos siguen mantienen la distancia o se están acercando —contestó abriendo el bolso y buscando algo en su interior—. Sí, se acercan.

Me giré en redondo y vi a Gonzalo (suponiendo que ese fuera su verdadero nombre) a pocos metros de nosotros, con un individuo muy corpulento y mal encarado caminando junto a él. Ambos hombres se detuvieron en seco.

—Estás más guapo con la capucha —le dije al grandullón. No estaba ni mucho menos seguro de que fuera el del hacha dorada; pero el tamaño coincidía y decidí probar suerte. Por la expresión de su rostro, mezcla de sorpresa e inquietud, supe que había acertado.

—Pues tú no vas a estar más guapo con la cara partida —replicó Gonzalo.

Una de las muchas cosas que Marta había aprendido en sus años de docencia, observando el comportamiento de los niños y niñas de diez años, era que la mejor defensa es un ataque doble: un falso ataque de nervios acompañado de una agresión real. Lanzó un gritito histérico, dio un par de pasos aparentemente tambaleantes hacia el hombre corpulento y, cuando él extendió los brazos para sujetarla, Marta dejó caer el bolso al suelo para desviar la atención, levantó la mano izquierda con una rapidez impropia de su edad y oprimió el pulsador de su spray de pimienta. El chorro alcanzó de lleno los ojos del grandullón, que se tapó la cara con un aullido de dolor.

Gonzalo reaccionó con rapidez y de la forma correcta. En vez de abalanzarse sobre mi tía, como habría hecho alguien más impulsivo, me atacó a mí. No conseguí parar del todo su puño, que me alcanzó en la oreja, pero sí logré sujetar su brazo el tiempo suficiente como para que Marta le administrara una generosa dosis de aerosol.

Tener a dos maderos ciegos a tu merced es una tentación muy fuerte, pero logré contenerme. Al grandullón no le hice nada, y a Gonzalo me limité a darle una patada

en la entrepuerta; no un *mae geri* propiamente dicho, ni siquiera un puntapié tradicional, sino solo una suave patada con el empeine. Cayó de rodillas con un gemido sordo. Me incliné sobre el pobre diablo de hinojos y le susurré al oído:

—Si vuelves a tocar a Amparo, te reviento el otro.

Naturalmente, tuve que invitar a mi tía a cenar.

En el caso de Marta, la euforia y el apetito se potencian mutuamente. La euforia le abre el apetito, y comer bien la pone eufórica. La única manera de romper el círculo sería responder al primer ataque de euforia con, por ejemplo, un plato de arroz con leche, que es algo que ella detesta. («Es tan absurdo como una tortilla de chocolate», suele decir). Pero si para celebrar una victoria memorable la invitas a cenar en el mejor restaurante italiano de la ciudad, ya no hay quien la pare.

Agotado y con el estómago lleno de la fécula más cara del mundo, a la una dejé a Marta en su casa y volví a la mía caminando.

Me disponía a entrar en la portería cuando, por el rabillo del ojo, vi que alguien bajaba de un coche aparcado junto a la acera de enfrente. Era Leonor.

—Qué sorpresa —le dije cuando se detuvo junto a mí—. Estoy acostumbrado a que mis clientes lleguen con treinta minutos de retraso, pero no con treinta horas.

—Lo siento —se excusó ella escuetamente—. Me fue imposible venir, y tampoco pude avisarte.

—Y supongo que tampoco puedes decirme por qué.

—Me alegro de que lo comprendas.

—No he dicho que lo comprenda... ¿Quieres subir?

Algo había pasado. Leonor había vuelto a cambiar de pantalla, como habría dicho Marta, y yo no tenía la menor idea de cuál podía ser el motivo. Aunque no tardaría mucho en averiguarlo.

Entramos en la portería y, antes de que yo pudiera pulsar el botón de la luz, Leonor me cogió la mano, me empujó suavemente contra la pared y pegó su cuerpo al mío. Yo había bebido más lambrusco del necesario y tuve que separar ligeramente las piernas para no perder el equilibrio. Ella deslizó su muslo izquierdo entre los míos y, antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba pasando, proyectó violentamente la rodilla hacia arriba.

No llegué a perder el conocimiento, pero durante varios minutos permanecí aovillado en el suelo, completamente inmóvil; no podía mover un solo dedo, ni parpadear siquiera. El dolor era tan intenso que casi no me dejaba respirar.

Cuando por fin logré incorporarme, vi un pequeño rectángulo blanco que se recortaba sobre la moqueta de la portería. Pensé que sería una carta caída de alguno de los buzones que había justo encima. Pero no era una carta, sino un sobre en

blanco, y en su interior había varias fotografías, ordenadas de manera que formaban una pequeña secuencia narrativa, como el *storyboard* de una película. Mi película.

En la primera foto se nos veía a Verónica y a mí de pie, frente a frente, en el salón de su casa, a un metro de distancia.

En la segunda, la distancia se había acortado y yo apoyaba mis manos sobre sus hombros desnudos.

En la tercera, la distancia se había reducido a cero. Mis manos, ahora crispadas, seguían sobre los hombros de la niña, con lo que daba la impresión de que la había atraído con fuerza hacia mí.

En la cuarta, Verónica parecía protegerse de un ataque inminente con ambas manos levantadas a la altura de mi rostro; su expresión denotaba miedo y angustia.

En la quinta y última fotografía, la niña, con el camisón desgarrado y cara de terror, intentaba taparse con las manos los pechos desnudos mientras yo parecía a punto de rodearla con mis brazos.

Leonor no estaba en su casa, o no quería contestar. Mientras llamaba insistentemente al timbre del portero automático, un vecino insomne salió a pasear a su perro. Logré retener la puerta antes de que se cerrara del todo, y en cuanto el paseante y su perro (o viceversa) doblaron la esquina me colé en la portería.

Tampoco sirvió de nada aporrear directamente la puerta de su casa, por lo que di por supuesto que no estaba.

Al sacar mi cuaderno de bolsillo para dejarle una nota, vi asomar entre sus páginas el borde negro y reluciente del trozo de radiografía que suelo llevar encima por si me dejo la llave en casa.

«¿Por qué no? —me dijo un diablillo interior—. Ella te ha reventado los testículos sin miramientos, sin darte siquiera la posibilidad de explicarte, así que tienes pleno derecho a entrar en su casa. Y, por otra parte, tal vez descubras algo que te permita ayudarla».

«De todos modos, no me parece correcto —le contesté a mi pequeño demonio familiar—. Además, no vale la pena ni intentarlo, seguro que ha echado el cerrojo».

Pero no lo había echado. El flexible trozo de radiografía desplazó sin dificultad el resbalón de la cerradura y la puerta se abrió ante mí como una invitación silenciosa.

Me sorprendió la sobriedad de la casa de Leonor. De no haber sabido que era la de ella, habría pensado que allí vivía un hombre, un soltero poco doméstico y sin ningún apego a las cosas materiales. Registrar el salón, la cocina, el cuarto de baño y las dos habitaciones —un dormitorio y un pequeño despacho— solo me llevó unos minutos, pues no había casi nada que examinar.

Entrar en su ordenador fue aún más fácil que entrar en su casa, pues, como vivía sola, había prefijado la contraseña de acceso para no tener que teclearla cada vez. Pero lo único interesante que encontré ya lo conocía: mis fotos con Verónica.

Lamentablemente, quien se las había enviado no las había acompañado de mensaje alguno, y su dirección electrónica no revelaba nada. Aun así, la anoté en mi cuaderno de bolsillo.

En la pantalla del ordenador las fotos resultaban todavía más impactantes que impresas en papel. La cara de terror de Verónica casi me hizo sospechar de mí mismo. ¿Tan mal la había tratado? No, en absoluto; yo no tenía la culpa de que fuera una niña gótica con la cabeza llena de lecturas prematuras. Como los desesperados versos de Edgar Allan Poe... Poe... La carta robada...

Fue como un fogonazo. Esa extraña luz de sorpresa con la que vemos por primera vez algo que siempre hemos sabido, como dice Chesterton. Si Leonor había olvidado por completo su novela y todo lo relativo a ella, también podía haber olvidado haberla escrito. Y haberla borrado no solo de su mente, sino también de su ordenador, la noche del sueño de angustia. Había sido sonámbula en su adolescencia, y el sonambulismo puede permanecer latente durante años. Por eso se había despertado con los pies helados: porque había caminado descalza por el frío suelo de mármol...

No todos saben que cuando en un ordenador se elimina un archivo, no desaparece en el acto: simplemente se le indica al sistema que ese espacio está disponible; pero hasta que no lo desaloja un nuevo contenido, el viejo sigue ahí. En algunos ordenadores es muy fácil recuperar un archivo eliminado y en otros no tanto; pero siempre es posible, si su espacio todavía no ha sido reutilizado.

El archivo *Mimosa* no había sido reutilizado. Como la carta robada del astuto ministro D., la novela perdida de Leonor estaba en su despacho.

La mimosa impúdica

Es buena —dijo Marta asintiendo con la cabeza—. Muy buena. Me la he leído de un tirón.

—Sí, es una novela excelente. Pero no he encontrado en ella nada que pudiera haber obligado a Leonor a olvidarla —tuve que admitir.

—¿Qué más da? Querías averiguar por qué había olvidado la novela para saber cómo recuperarla, y ya la has recuperado.

—Sí, pero ahora me gustaría recuperar a la novelista, y pensé que el libro me proporcionaría alguna clave sobre su comportamiento.

—¿No tienes ni idea de por qué no ha vuelto a dar señales de vida?

—Alguna idea sí tengo —contesté poniendo sobre el escritorio de Marta el sobre con las fotos.

—¡Qué barbaridad! —exclamó mirándome consternada—. Si no te conociera como si te hubiese parido, hoy mismo me buscaba otro curro.

—Hasta yo estoy por buscarme otro curro...

—¿Están trucadas? Si están trucadas, han hecho un trabajo excelente.

—No, Tita, no están trucadas. Pero, aunque te cueste creerlo, y aunque eso sea lo que dicen todos los violadores, fue ella la que se abalanzó sobre mí.

—A mí no me cuesta nada creerte, hijo; pero no te será fácil convencer a Leonor.

—En realidad, sería muy fácil, porque hay una quinta persona que sabe que soy inocente.

—¿Quiénes son las otras cuatro?

—Tú, yo, la propia Verónica y quien hizo las fotos.

—¿Y la quinta?

—Berta, la abuela.

—Pero entonces Leonor ya debería saber la verdad.

—Si tuviera una relación fluida con su familia... O si se hubiera tomado la molestia de hacer algunas averiguaciones antes de actuar...

Marta se tomó la tarde libre (oficialmente el caso estaba cerrado) y yo me enclaustré en mi despacho con *La mimosa impúdica*, que había impreso y encuadernado para facilitar la lectura, dispuesto a desmenuzar la novela hasta encontrar algún elemento significativo, por nimio que fuera.

Lola, la protagonista, haciendo honor al título, era una rubia dulce y encantadora que manejaba el sexo con la misma habilidad con que un tahúr maneja las cartas, y

con el mismo propósito: desplumar a los incautos. En un momento dado se veía involucrada en un asesinato, del que su pasado turbulento y su amor por los bienes ajenos la convertían en la principal sospechosa. Un detective más duro por fuera que por dentro, como las avellanas, creía en ella y la ayudaba a probar su inocencia; pero ella, más dura por dentro que por fuera, como las cerezas, tras pagarle sus servicios en especias desaparecía sin dejar rastro.

Forzando un poco la máquina interpretativa, se podía ver en Lola un trasunto de María, y en el asesinato alrededor del cual giraba la intriga, una referencia al parricidio de la vida real; pero eso no llevaba a ninguna parte.

Más interesantes, por menos obvias, eran algunas sutiles semejanzas entre Lola y la propia Leonor. En el uso de ciertas expresiones, por ejemplo, o en la forma de mirar y de sentarse. Había momentos en los que Leonor parecía estar describiendo sus propios gestos y actitudes. Pero tampoco por esa vía llegué a ninguna conclusión útil.

¿Útil para quién, por otra parte? Marta tenía razón, como casi siempre. Mi objetivo era encontrar la novela y ya lo había alcanzado. Solo quedaba entregarla y cobrar mis honorarios.

No había muchas agentes literarias, y solo una se llamaba Raquel. Y, casualmente, era amiga mía. A última hora de la tarde, me pasé por su oficina y le di la novela.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó encantada—. ¿Cómo la has encontrado? ¿Y por qué no se la das directamente a Leonor?

—La segunda pregunta es fácil: no se la puedo dar a Leonor porque no sé dónde está —contesté con un gesto de impotencia—. La primera es más difícil; tardaría varias horas en contarte cómo he encontrado la novela, aunque sí puedo decirte dónde: en la papelera de reciclaje del ordenador de Leonor. Naturalmente, he rescatado el archivo y le he dejado una nota; pero hasta que no vuelva a su casa...

—¡No me lo puedo creer! —repitió, esta vez más preocupada que contenta—. Esa chica tiene problemas.

—¿Tienes idea de cuáles son esos problemas?

—Bueno, su madre mató a su padre delante de ella.

—Encima de ella, más bien. Sí, eso no es fácil de superar, pero... ¿sabes si tiene algún problema más concreto, más reciente?

—Leonor es muy reservada. Y yo también.

—También es mi cliente.

—Ya no —replicó Raquel apoyando la mano sobre la novela—. Tu trabajo ha terminado, y ahora empieza el mío.

Lo dijo con una sonrisa afectuosa, pero supe que por más que insistiera no le sonsacaría nada.

Sensitiva

Has sabido algo de tu sensitiva? —me preguntó Marta nada más entrar en el despacho.

—¿Sensitiva? —repetí extrañado.

—Cuando el rey del pensamiento lateral no pilla una vulgar metonimia, es que no ha dormido lo suficiente.

—¿Y cuando sigue sin pillarla?

—Entonces es que no sabe que la mimosa púdica también se llama sensitiva.

—Pues no, no lo sabía.

—Deberías interesarte más por la botánica. Siempre que me voy de viaje, tiemblo al pensar que he de dejar mis macetas en tus manos.

—Tienes razón, es una laguna imperdonable... Sensitiva, qué nombre tan sugerente... ¡Sensitiva!

—¿Te encuentras bien?

—Creo que te debo una cena, Tita.

María estaba tomando el sol en toples, tumbada boca abajo sobre una toalla al borde de la piscina. Era como si nunca se hubiera movido de allí y todo su guardarropa consistiera en un tanga negro.

—¿A que hoy tampoco has traído el bañador? —me dijo a modo de saludo.

—Se me ha olvidado —contesté sentándome en el suelo junto a ella—. Parezco de la familia. Por lo olvidadizo.

—Es una indirecta por el plantón de la otra noche, ¿verdad? Lo siento, chato, tuve que salir por un asunto urgente y cuando volví ya te habías marchado. Aunque creo que te entretuviste con las otras chicas de la casa.

—Sí, aquí no es fácil aburrirse.

—No creas, yo me aburro como una almeja... Quería decir como una ostra, ¿en qué estaría yo pensando?

—No mataste a tu marido, ¿verdad? —dije tras una pausa.

Se quitó las gafas de sol y me miró fijamente a los ojos. De pronto ya no era una juvenil y alocada bomba sexual, sino una mujer de cincuenta años seria y tensa.

—¿Qué es lo que quieres? —me preguntó secamente.

—Solo quiero ayudar a Leonor —contesté sin apartar la mirada—. Y, por cierto, es la primera vez que veo enfadarse a una mujer porque la acusan de no haber matado a su marido.

—No estoy enfadada. Y si quieres ayudar a Leonor, olvídate de este asunto.

—Yo podría olvidarme, pero ella no.

—Claro que puede; ya ha perdonado y olvidado lo más grave.

—El olvido no es perdón, María: es, según los grados, anestesia, cauterización, extirpación... Igual que la impudicia es un sucedáneo de la confianza, el olvido es un sucedáneo del perdón: lo necesitan precisamente quienes no pueden perdonar. Por eso Leonor quiere recordar: para poder perdonar. Y no solo a su padre. Y yo voy a intentar ayudarla.

—Estás jugando con fuego.

—Ya lo sé, ya me he quemado un par de veces... ¿Fue idea tuya o de tu madre lo de lanzar a Verónica a mis brazos?

—Eres listo, aunque un poco ingenuo —dijo María tras una pausa, algo menos tensa—. ¿No se te ha ocurrido pensar que pudo ser idea de la propia Verónica?

—No, no se me había ocurrido —admití—. Y aunque fuera idea suya ponerme a prueba, no creo que sepa lo que hicisteis luego con las fotos. ¿Tan importante era desprestigiarme ante Leonor?

—No es fácil disuadirla cuando se le mete algo en la cabeza.

—O cuando se le sale algo de la cabeza.

—Ya has encontrado la novela, ¿no? Enhorabuena. Relájate y disfruta de tu éxito profesional.

—El éxito es el premio de consolación de los mediocres. Yo aspiro a hacer las cosas bien.

—¿Y acaso no has hecho bien tu trabajo? Cóbralo y no te metas en más líos.

—¿Por qué te preocupas por mí?

—Porque eres tan bueno que despiertas mis instintos maternos. Tanto, que hasta te echaría un polvo.

—¿Para contárselo a Leonor?

—También. Pero no solo por eso.

Había alguien espiándonos tras unos matorrales, a unos diez metros de distancia. Me di cuenta demasiado tarde, justo cuando se marchaba arrastrándose sigilosamente hacia la cancela de salida. ¿La inescrutable doncella china con una cámara fotográfica? ¿La gótica y agridulce Verónica?

—Me voy —dije tras unos segundos—. Por cierto, dile a tu madre que ya he encontrado la frase que me pidió que buscara.

—¿Te pidió que buscaras una frase?

—Sí; un epitafio para su yerno.

—¿Y cuál se te ha ocurrido?

—No se me ha ocurrido, lo he encontrado: «Cornudo y apaleado, buscó y halló la muerte».

María no dijo nada. Volvió a ponerse las gafas oscuras y se dio la vuelta sobre la toalla para quedar tumbada boca arriba. Tenía un cuerpo magnífico, que bajo el sol de

la mañana brillaba como una escultura de un mármol cálido y atemporal; uno de esos cuerpos por los que algunos hombres pueden cometer las mayores locuras. Me alegré de no ser uno de ellos.

Al acercarme a mi coche, aparcado a pocos metros de la cancela, me di cuenta de que había vuelto a dejármelo abierto, como de costumbre, pues alguien había depositado un libro sobre el asiento del conductor. Era *La inquietud del rosal*, de Alfonsina Storni, y en uno de los poemas, «El cisne enfermo», había unos versos subrayados:

*El alma de este cisne es una sensitiva...
No levantéis la voz al lado del estanque
si no queréis que el cisne con el pico se arranque
el puñal que sostiene su existencia furtiva.*

Una conjetura razonable

Tuve que esperar más de dos horas sentado en un oscuro rincón del garito próximo a la calle Montera, pero al final apareció Gonzalo. Se acodó en la barra y pidió una copa. Esperé a que se la sirvieran y me acerqué a él por detrás.

—Tengo un recado para tu jefe —le dije sin preámbulos.

Se volvió bruscamente, pero ni siquiera soltó el vaso. La ventaja de tratar con profesionales es que no suelen hacer cosas improcedentes. Él sabía que, de haber querido atacarlo, lo habría hecho cuando estaba desprevenido, de modo que no se molestó en ponerse en guardia.

—No sé de qué me hablas —contestó mirándome con más curiosidad que animadversión—. Y no veo ninguna razón para no partirte la cara ahora mismo.

—Pues yo te daré dos: la primera es que no puedes, y la segunda, que sí que sabes de qué estoy hablando.

Sin acercarme demasiado, dejé el sobre con las fotos encima de la barra.

—Llévale esto a tu jefe —proseguí—, y dile que si no viene a mi despacho, tendré que ir yo al suyo. Y de paso dile también que se pasó un pelín con el numerito del hacha y el encapuchado. Puedo captar mensajes más sutiles.

Vino esa misma noche, pasadas las diez.

—¿Qué coño significa esto? —preguntó el comisario Fontana lanzando las fotos sobre mi escritorio.

—Esperaba que tú me lo explicaras —contesté indicándole con un gesto la butaca que había junto a él.

Se sentó con un bufido y dijo:

—Sírreme una copa. Ya no estoy de servicio..., espero.

—Yo también lo espero.

Le puse un coñac, dejé la botella sobre el escritorio, a su alcance, y yo me serví medio vaso de zumo de manzana, para que no pensara que estaba bebiendo solo.

—¿Qué es lo que quieres? —me preguntó tras apurar la copa de un trago.

—María me ha preguntado lo mismo esta mañana, así que supongo que ya sabes la respuesta.

—Entonces también sabes lo que voy a decirte.

—Sí, pero ya es tarde para eso. Para el olvido, quiero decir. Leonor se ha dado cuenta de que algo no encaja, y no descansará hasta averiguar la verdad. Es obstinada y tiene buen olfato. Como su padre biológico.

—¿Cómo demonios...? —exclamó Fontana, a punto de derramar el coñac que se estaba sirviendo.

—Verónica nació seis años después de la muerte del marido de María. Teóricamente, es hermanastra de Leonor; pero se parecen tanto que cuesta creer que no tengan el mismo padre. ¿Y quién puede ser ese progenitor común que lleva toda la vida cerca de María Soriano?

—Hay media docena de candidatos, por lo menos —respondió Fontana con amargo sarcasmo.

—Pero ninguno tan bueno como su primo favorito.

—Vale, no me importa reconocerlo, no puedes hacer nada con esa información. Las dos son hijas mías, ¿y qué?

—¿Y qué? Pues que deberías estar orgulloso de ellas; son un par de chicas estupendas, cada una en su estilo. Y muy listas.

—Estoy muy orgulloso de ellas, sí; aunque, por razones obvias, no vaya proclamándolo a los cuatro vientos.

—¿Por razones obvias? Se me debe de haber subido a la cabeza el zumo de manzana, porque no acierto a verlas.

—No te hagas el tonto conmigo.

—Ni me hago el tonto, ni lo soy tanto como para no ver razones de sobra para que no proclames tu paternidad; pero no son obvias, sino todo lo contrario.

—Tampoco te pases de listo. Dime lo que sabes.

—Te diré algo más, porque lo que sé a ciencia cierta es bien poco. Te diré lo que imagino... Dejaste preñada a tu jovencísima prima, y supongo que estabas dispuesto a asumir tu responsabilidad; pero se casó, o la casaron, con el amigo rico. Y seguisteis siendo amantes, o volvisteis a serlo en algún momento, y el marido se enteró. Tal vez la noche de su muerte. No volvió a casa muy tarde, como dice la versión oficial, sino muy temprano, y os sorprendió. ¿Te atacó y lo mataste accidentalmente? Es posible, pero me parece más probable que se suicidara, teniendo en cuenta que, además de alcohólico, era un maníaco-depresivo. Y un suicidio significaba no cobrar su seguro de vida, que era lo único que podía legarle a Leonor, puesto que estaba arruinado. Así que le rompiste el cráneo a su cadáver y lo colocaste sobre la bella durmiente para montar el número de la madre desesperada que intenta evitar la violación de su hija; una versión que daría lugar a engorrosas investigaciones y habladurías, pero que no impediría que Leonor cobrara el seguro...

—¿Cómo coño sabes que estaba arruinado y que era un maldito depresivo? —me interrumpió Fontana.

—Soy detective, ¿recuerdas? Un tanto atípico, pero detective al fin y al cabo. Y tengo buenos contactos en varios psiquiátricos y centros de desintoxicación.

—Piensa lo que quieras. No tienes pruebas —dijo tras apurar la cuarta copa de coñac.

—Ni falta que me hacen. No pretendo demostrar nada, ni convencer a nadie, ni

poner ninguna denuncia. No necesito pruebas: me basta con una conjetura razonable que ayude a Leonor a desenterrar sus recuerdos y a liberarse de sus fantasmas. Lo que ella decida hacer luego no es asunto mío. Puede que os haga muchas preguntas a su madre, a su abuela y a ti, o puede que no os haga ninguna. Y seguramente Verónica también hará preguntas. Y vosotros veréis si les contáis toda la verdad, media verdad o una nueva mentira. Tú sabrás qué relación quieres tener con tus hijas los próximos veinte años.

Insensitiva

Creo que te debo una disculpa —dijo Leonor nada más entrar en mi despacho.

—Además de mis honorarios y una prótesis genital —contesté desplazando la butaca para que se sentara.

—Lo siento de veras. Estoy dispuesta a indemnizarte. Aunque podrías haber sido un poco más cuidadoso con mi hermana. Ya sé que no te abalanzaste sobre ella, como parecen indicar las fotos, pero...

—¿Pero?

—Mira, todavía no sé muy bien qué pensar ni a quién creer, así que, de momento, dejémoslo en que no eres un canalla y cambiemos de tema.

—Me han hecho proposiciones peores.

—Has leído mi novela, supongo.

—Tres veces.

—¿Y por qué crees que la olvidé?

—Por el título.

—¿Pero si era lo único que recordaba!

—No, no lo recordabas. Lo recordaba Raquel, y eso hizo fracasar tu estrategia inconsciente, así que tuviste que cambiarla por otra: dar por supuesto que la clave estaba en el contenido de la novela para desviar la atención del título.

—Pero ¿qué tiene de especial ese título? —me preguntó tras una tensa pausa.

—¿Sabes por qué llamo Tita a mi tía Marta? —le pregunté a mi vez.

—La respuesta va implícita en la pregunta. Tita es el diminutivo de tía.

—La respuesta va implícita en la pregunta, sí, pero falta la mitad. A Marta, de pequeña, todos la llamaban Martita; todos excepto su tío, al que ella adoraba, que la llamaba Tita. Y, por cierto, en realidad el diminutivo de tía es tiita, de modo que Tita es a la vez síncopa de tiita y aféresis de Martita: una doble reducción que se traduce en una síntesis. Al llamarla Tita, yo la estoy llamando a la vez tía y sobrina, soy a la vez su protegido y su protector. Una contradicción *in terminis*, lo que un freudiano llamaría fusión de contrarios...

—¿Y eso qué tiene que ver con el título de mi novela? —me interrumpió Leonor sin disimular su ansiedad.

—Enseguida lo verás —le aseguré—, pero ten un poco de paciencia, falta otro paso intermedio. Tú crees que te hizo despertar la imagen de tu madre ensangrentada...

—No lo creo, fue así —me interrumpió de nuevo—. Lo recuerdo muy bien.

—Lo recuerdas precisamente porque no fue eso lo que te hizo despertar —

repliqué—. Lo que te hizo despertar fue lo que olvidaste, o sea, todo lo demás; la imagen de tu madre ensangrentada es lo único que recuerdas porque en realidad es una imagen tranquilizadora, una tapadera.

—Se me ocurren imágenes más tranquilizadoras.

—No si lo que has soñado desmonta la historia en la que se basan tu bienestar y tus relaciones familiares. En aquel momento, la imagen de tu madre ensangrentada era menos perturbadora que la posibilidad de que no hubiera matado a tu padre. Pero las tapaderas de los sueños suelen ser imperfectas, ambivalentes... ¿Cuál es el cóctel favorito de tu madre?

—El *bloody mary*.

—María Sangrienta. Un nombre terrible para algo tan inofensivo como un jugo de tomate con vodka. No creo que conozcamos nunca el resto de tu sueño, pero seguramente te hizo ver con demasiada claridad que ni María era sangrienta ni tu padre era un violador. Normalmente nos perturba descubrir que nuestros padres son peores de lo que creíamos; pero en tu caso fue al revés... ¿Empiezas a ver la relación con el título de tu novela?

—Empiezo a ver algo, pero no sé qué es.

—Si «mimosa púdica» es igual a «sensitiva», «mimosa impúdica» equivale a «insensitiva». Las ecuaciones inconscientes suelen ser así de simples. La clave no es la impudicia, sino la insensibilidad. Necesitabas olvidar que no había nada que olvidar. Es decir, que aquella terrible noche no sentiste nada. No estabas tan dormida, ¿verdad?, y deberías haber sentido la mano de tu presunto agresor hurgando entre tus piernas, el calor de su cuerpo, su espeso aliento de alcohólico, el fuerte golpe que supuestamente recibió en la cabeza mientras estaba tumbado sobre ti... Pero no sentiste nada de eso, porque te lo colocaron encima con mucho cuidado y cuando ya estaba muerto...

—No sigas.

—Puede que no ocurriera exactamente así, pero...

—Sí, me temo que así es como ocurrió; por eso te pido que no sigas. Se ha abierto una brecha en el dique que hay dentro de mi cabeza y tendré que comerme todo lo que salga por ahí; pero dejemos que salga poco a poco.

—Tiene que ser muy duro, Leonor —dije tras una larga pausa—. Pero también tiene que ser un alivio descubrir que ni tu padre intentó violarte ni tu madre lo mató, y que lo que hicieron tras su muerte, aunque fuera terrible, lo hicieron para que no te quedaras en la miseria. Cuando ajustes las cuentas con la nueva versión de tu pasado, creo que el balance será positivo.

A la mañana siguiente, muy temprano, me llamó por teléfono.

—Tenías razón —dijo, y sonaba relajada—. He dormido bien por primera vez en mucho tiempo. Eso ya es de por sí un balance positivo.

—No sabes cuánto me alegro —contesté incorporándome en la cama—. Estoy por cobrarte un plus.

—Tal vez te lo pague, si me dices qué más sabes.

—Te he dicho mucho más de lo que sé. La que realmente sabe eres tú; yo solo te brindo conjeturas que puedan estimular tu memoria y tus reflexiones.

—Pues bríndame alguna más. Sé que te guardas algo. Algo que intuyes y no te atreves a decirme. Algo de mí que te desconcierta, que te parece increíble...

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde ahora. Era un farol.

—Está bien —dije tras una pausa—. No sé si es el tipo de conjetura capaz de invitarte a reflexionar, pero creo que eres virgen.

—¿Lo dedujiste husmeando en mi ropa interior? ¿O estás intentando incitarme a que te demuestre lo contrario? Porque de ser así, pierdes el tiempo —replicó con tono burlón, y luego soltó una carcajada.

El divino método de Holmes

La paradoja del cuervo

Sentado muy tieso en el borde de la butaca, al otro lado de mi escritorio, el hombrecillo de negro me dedicó una sonrisa traviesa, que en su adusto semblante resultaba tan incongruente como una serpentina en un funeral.

—He venido a saldar, aunque solo sea en una pequeña parte, mis deudas con usted —dijo tras una larga y algo incómoda pausa.

—Ah, no, amigo mío —protesté—, como ya le dije en su día, me niego a cobrarle nada por mis modestos servicios.

—Nunca lo ofendería ofreciéndole dinero —se apresuró a decir—. Solo intento prestarle un pequeño servicio a cambio de los muchos que me ha prestado usted... Supongo que, en su dilatada y brillante carrera como detective íntimo, le habrá visitado más de un holmesiano.

—Como de costumbre, su suposición es acertada. Los holmesianos son especialmente propensos a pensar en su héroe como si fuera real y a hurgar en su vida y milagros con espíritu detectivesco. Un pedante lo denominaría metaholmesianismo.

—Adecuado término, tomo nota... ¿Recuerda el desenlace del caso del peón imposible?

—¿Cómo olvidarlo? Habrá observado que en esa mesita está el tablero que tuvo la gentileza de regalarme, con las piezas dispuestas en la enigmática posición que motivó su primera visita.

—Y mi madre, desde el cielo, también lo observa complacida... Me refiero, concretamente, a si recuerda la cita con la que anunció su sutil deducción.

—Ah, sí, el famoso lema de Sherlock Holmes: «Cuando han sido descartadas todas las explicaciones imposibles, la que queda, por inverosímil que parezca, tiene que ser la verdadera».

—Exacto... Como seguramente sabrá, Sherlock Holmes jamás dijo su otra frase más famosa...

—Se refiere sin duda a lo de: «Elemental, querido Watson».

—Obviamente.

—Bueno, sería más exacto decir que Conan Doyle nunca la puso en su boca. Pero Basil Rathbone, sin ir más lejos, en su memorable encarnación cinematográfica del detective, la repetía a menudo.

—De acuerdo, de acuerdo. A estas alturas, Sherlock Holmes es una creación colectiva... En cualquier caso, ¿qué es lo elemental, según él?

—La forma en que llega a sus conclusiones, su método deductivo.

—Que se puede resumir en el famoso lema antes citado: «Cuando han sido

descartadas todas las explicaciones imposibles, la que queda, por inverosímil que parezca, tiene que ser la verdadera». Y eso sí lo escribió Conan Doyle, dicho sea de paso.

—En *El signo de los cuatro*, si no recuerdo mal.

—Efectivamente, y es una de sus frases más citadas; aunque, paradójicamente, solo es válida si se usa, tal como lo hizo usted en su momento, fuera del contexto específicamente holmesiano.

—Me temo que no lo sigo.

—Usted se refería a una partida de ajedrez, donde, efectivamente, tras descartar todas las jugadas imposibles solo quedaba una, que, por tanto, tenía que ser la verdadera a pesar de su inverosimilitud. Pero la vida es algo más compleja que el ajedrez, y el método de Holmes presupone conocer todas las posibilidades concurrentes en un caso, para luego descartarlas todas menos una en función de su inviabilidad. Ello supone un conocimiento pleno —es decir, divino— de la situación y sus circunstancias. Pero ¿qué necesidad tiene Dios de sacar conclusiones, si por definición ya lo sabe todo? Ahí tiene un buen argumento para mantener a raya a eventuales holmesianos furibundos. En un trabajo de alto riesgo como el suyo, conviene estar bien pertrechado.

—Y que lo diga. Gracias por su afilado argumento... El divino método de Holmes... Que, por cierto —añadí tras una pausa—, me recuerda, incluso por la casual similitud de los nombres, la paradoja de Hempel.

—¿La paradoja de Hempel? —repitió el hombrecillo de negro con evidente interés—. Me temo que no la conozco.

—Es más conocida como la paradoja del cuervo, y se puede resumir así: la afirmación «todos los cuervos son negros» resulta confirmada cada vez que vemos un cuervo y comprobamos que es negro. Cada cuervo negro (la prudencia epistemológica no nos permite decir poéticamente «cada negro cuervo») es un argumento a favor de la proposición. Ahora bien, dicha proposición, de acuerdo con la lógica aristotélica, es equivalente a esta otra: «todas las cosas no negras son no cuervos», por lo que confirmar la segunda significa confirmar la primera.

—Ya veo el paralelismo —dijo el hombrecillo balanceándose hacia delante y hacia atrás en el borde de la butaca—. Y la paradoja. Pues, según lo que acabamos de ver, podemos dedicarnos a comprobar la negritud de los cuervos sin salir de esta habitación. Su escritorio no es negro y, a todas luces, no es un cuervo.

—Ni se le parece en absoluto, por más que Lewis Carroll nos invite a buscar las semejanzas entre un cuervo y un pupitre —añadí jocosamente.

—Lo cual es un argumento a favor de la proposición «todas las cosas no negras son no cuervos»; por lo tanto, el hecho de que su escritorio no sea negro confirmaría la proposición equivalente «todos los cuervos son negros». Interesante, muy interesante...

—La falacia de Holmes y la paradoja de Hempel lo son, en gran medida, por el

hecho de que se refieren a conjuntos inabarcables, prácticamente infinitos, sean las posibles explicaciones de un suceso o los objetos no negros.

—Sin embargo, si el número de elementos implicados es abarcable, como en el caso de las jugadas de ajedrez, sobre todo si nos referimos a una posición concreta, como el otro día, el absurdo método de reducción de Holmes, acercándose al método de reducción al absurdo, puede volverse singularmente eficaz.

—No se podría expresar mejor —dije asintiendo con la cabeza.

Por una vez, no estaba haciéndole la pelota a mi hipersusceptible visitante.

—Pero hay algo que no acabo de ver claro, un aspecto de la paradoja que se me escapa —comentó el hombrecillo balanceándose cada vez más deprisa.

El escritorio contradictorio

No me sorprendió que el hombrecillo de negro volviera al día siguiente. Era de suponer que si algo se le escapaba, no dejaría de perseguirlo hasta alcanzarlo.

—Ya lo entiendo —dijo sin preámbulos—. O, para ser más exacto, ya entiendo lo que no entiendo... El hecho de que su escritorio sea marrón y no sea un cuervo es un argumento (aunque muy débil dada la enorme cantidad de objetos no negros del mundo) a favor de la proposición «todos los cuervos son negros». ¡Pero también es un argumento a favor de la proposición «todos los cuervos son blancos», ya que su escritorio es un objeto no blanco! ¿Cómo puede ser su escritorio un argumento que respalda a la vez dos proposiciones antitéticas?

—Bueno, no me sorprende que mi escritorio sea una contradicción con patas —bromeé—. En cualquier caso, esa es la verdadera paradoja, la que no se esfuma al considerar la inmensa cantidad de objetos no negros del mundo. Dejemos que la resuelvan nuestros lectores.

—¿Nuestros lectores?

—Al igual que el doctor Watson, Marta, mi querida tía y colaboradora, suele novelizar nuestros casos, por lo que algún día esta historia será publicada. Y un lector o lectora tan perspicaz como usted, mi querido amigo, llegará al fondo de la cuestión.

La voz melodiosa

La madre desaparecida

He venido a darte las gracias —dijo Mario esbozando una sonrisa.

—Es la primera vez que alguien me da las gracias por reventar la puerta de su casa y sacarle mil euros —contesté perplejo.

—¿Puedo sentarme? —preguntó mi inesperado visitante.

—Por supuesto, disculpa —me excusé señalando la butaca que había al otro lado de mi escritorio—. Estaba paralizado por la sorpresa. ¿Cómo me has localizado?

—Por una... amiga —contestó tomando asiento frente a mí.

—¿Amparo?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Por los puntos suspensivos entre «una» y «amiga». Ampa la Moflas debe de ser bastante popular entre los asiduos del bar de Rafa.

—Eres tan bueno como dicen. Me alegro de que ya no seamos enemigos.

—Nunca lo fuimos. Considérame, simplemente, una versión gore del cobrador del frac.

—Pensarás que soy un sinvergüenza, un vividor...

—No son sinónimos. Por lo poco que sé de ti, y sin olvidar que es un término un tanto ambiguo, creo que sí se podría decir que eres un vividor. Pero no creo que seas un sinvergüenza, sino más bien un irresponsable.

—Ese es el segundo motivo de mi visita. Efectivamente, soy un irresponsable total... Te aseguro que cuando le pedí un préstamo a mi mejor amigo pensaba devolvérselo. Y cuando dejé de pagar las cuotas mensuales, me hice el firme propósito de reanudarlas lo antes posible. Pero luego se fueron complicando las cosas. Siempre había algo más urgente, más perentorio, y una voz interior me decía: «Total, él no tiene prisa; ya empezarás a pagar el mes que viene». Y así un mes y otro... Por eso fue tan importante tu visita: me hizo cobrar conciencia de la gravedad del asunto. Y cuando digo «el asunto» no me refiero solo a este lamentable episodio, sino a mi resistencia a asumir cualquier responsabilidad, a cumplir cualquier compromiso... Fíjate en mis uñas: me las limo con frecuencia y suelo llevarlas limpias y cuidadas, pero hace un par de meses me olvidé de arreglármelas durante unos días y en algún momento la voz interior me dijo: «Tienes que limarte las uñas». Y bastó que se formulara esa orden mental para que me costara muchísimo volver a hacer algo que, hasta ese momento, solía hacer sin casi darme cuenta y sin el menor esfuerzo... Y por eso, además de darte las gracias, quería pedirte ayuda.

—Verás, Mario, aunque mi trabajo se parezca a veces al de un psicólogo, en realidad yo...

—No, no pretendo que me ayudes a modificar mi conducta. Quiero contratar tus servicios de detective para recuperar a mi madre. Dada mi reputación, estoy dispuesto a pagarte por adelantado.

—Supongo que piensas que tu irresponsabilidad tiene que ver con una madre demasiado permisiva o demasiado autoritaria.

—Las dos cosas.

—Ya. Y crees que si, por así decirlo, ajustaras las cuentas con ella, podrías empezar a relacionarte contigo mismo y con los demás de una manera más responsable.

—¿No te parece razonable?

—Me parece muy razonable. Aunque tampoco conviene supeditar la solución de un problema propio a lo que diga o haga otra persona.

—Por supuesto. No es que piense que recuperar a mi madre desaparecida sea imprescindible, y tampoco espero solucionarlo todo de esa manera; pero creo que me ayudaría a comprender algunas cosas y a superar otras. Esa voz interior que unas veces me dice lo que tengo que hacer y otras me exime de mis obligaciones es la suya. Y en ocasiones la voz de mi madre es como un susurro interior que me dice cosas ininteligibles, pero que intuyo llenas de sentido, tal vez reveladoras.

—Estoy seguro de que reanudar el contacto con ella sería algo muy positivo para ti, y te animo a que lo intentes; pero yo no me dedico a buscar personas, Mario, no soy un detective convencional.

—Ya lo sé. Si fueras un detective convencional, no acudiría a ti.

—Pero si quieres encontrar a tu madre desaparecida...

—En el más doloroso y definitivo sentido de la palabra.

La voz melodiosa

Qué son esos veinte cuadernos viejos que has dejado encima de mi escritorio? —me preguntó Marta—. Por un momento he tenido la sensación de volver al colegio y tener un montón de ejercicios por corregir.

—No vas desencaminada, Tita: son ejercicios de introspección que habría que evaluar —contesté asintiendo con la cabeza—. Los diarios de una mujer que se suicidó hace treinta años.

—Me suena a trabajo mal remunerado.

—Su peso en *risotto*.

—¿Y qué pretendes que haga con ellos?

—Nada especial. Solo necesito que resucites a la autora.

—¿No es suficiente con invocar su espíritu?

—En realidad, sí. Y ni siquiera entero: bastaría con recuperar algunos trozos de su fantasma. Se trataría de reconstruir algunos fragmentos de su discurso que pudieran haber traumatizado a Mario.

—¿Más que el hecho mismo de que su madre se suicidara cuando era un niño?

—Más no, obviamente, pero sí, tal vez, de una manera más concreta. Puede que en esos cuadernos encontremos algo que le dé al suicidio de su madre un significado especialmente perturbador para Mario. También te he dejado encima de la mesa la grabación de mi conversación con él, por si te da alguna pista.

De pequeño tenía una pesadilla recurrente. O más bien un sueño de angustia, puesto que casi siempre me hacía despertar. Y, además, formalmente no parecía una pesadilla, sino lo que de niño yo llamaba un sueño triste. Su escenario solía ser una plaza u otro lugar público por el que caminaba sin rumbo entre personas desconocidas y ensimismadas. De pronto alguien se acercaba y me decía algo al oído. A veces no entendía lo que me decían, y otras veces era una frase anodina, irrelevante, o que aludía a algo que yo desconocía, como si el mensajero se hubiera equivocado de destinatario. Una frase como «Mañana será otro día» o «Ella aún no ha llegado». Pero, de alguna manera, aquella frase surtía el efecto de una revelación terrible que me llenaba de espanto y me obligaba a despertar. El escenario, la gente que pululaba a mi alrededor, el mensajero, el propio mensaje..., todo eso podía cambiar bastante de un sueño a otro; pero había un elemento que permanecía invariable: la suave voz que me susurraba al oído era siempre la misma.

La última y mejor novela de Montserrat se titulaba *La voz melodiosa*, en clara alusión al poema XI de Ausiàs March. La melodiosa voz de la muerte. Y poco antes de escribir su exorcismo literario me dijo que, de no haber sido por sus hijos, en más de una ocasión habría podido suicidarse. Menos consciente o más egoísta, la madre de Mario no había retrocedido ante la perspectiva de hacerle un daño irreparable a su hijo de ocho años... ¿Qué le decía desde la otra orilla cuando sus palabras eran ininteligibles? ¿Le pedía perdón, tal vez? ¿Le susurraba «Ven conmigo», como dicen que gritan las lechuzas en las noches sin luna? ¿Qué me decía a mí la melodiosa voz de la muerte en mis pesadillas infantiles?

—¿Ya has terminado de leerlos? —le pregunté a Marta al ver los cuadernos amontonados sobre mi escritorio.

—Todavía no he empezado —contestó ella limándose las uñas—. No vamos a cometer el mismo error que con Leonor; el error inverso, quiero decir.

—Por supuesto que no. Nada de errores inversos, y menos en horas de manicura.

—La manicura es la clave, precisamente. Y el error inverso sería buscar en lo que está escrito lo que habría que buscar en la cabeza de Mario.

Como de costumbre, lo que decía Marta tenía sentido. Habíamos buscado la novela de Leonor en su cabeza, y en realidad estaba escrita. Tal vez ahora nos halláramos ante la situación contraria.

—¿Y por qué crees que la manicura es la clave? —pregunté tras una pausa—. Supongo que tiene que ver con lo que contó Mario sobre lo mucho que le costaba cortarse las uñas cuando...

—¡Tú lo has dicho! —me interrumpió Marta apuntándome con la lima—. Tú lo has dicho y él no: si escuchas atentamente la grabación, verás que en ningún momento utiliza el verbo cortar: habla de limarse, arreglarse o cuidarse las uñas, eludiendo sistemáticamente la expresión más común.

—¿Crees que su madre lo amenazaba con cortarle la colita?

—O algo peor. Y eso no es probable que venga en sus diarios. Me temo que las palabras más significativas de su madre tendremos que buscarlas directamente dentro de la cabeza de Mario.

El sueño más dulce

Te importaría enseñarnos las manos, Mario? —le preguntó Marta sin siquiera darle tiempo a sentarse.

Él me lanzó una mirada entre perpleja y divertida, pero extendió ambas manos sin titubear.

—Esta vez no tengo nada que ocultar —dijo sonriendo.

—Así me gusta, las uñas limpias y cuidadas —bromeó mi tía—. Y ahora, Mario, ¿te importaría enseñarnos los pies?

Marta me sorprendía tan a menudo, que ya no me sorprendía que me sorprendiera, de modo que no me inmuté ante su insólita petición. Pero Mario sí. Se puso pálido como la cera y durante unos segundos permaneció inmóvil, con los ojos clavados en la pared. Luego se dio la vuelta y se marchó corriendo.

—Supongo que has supuesto, acertadamente, que no se corta las uñas de los pies desde que se rebeló contra la orden interior —dije tras una pausa.

—Lo que no podía imaginar es que fuera a reaccionar de esa manera... ¿Crees que deberíamos ir tras él? —preguntó Marta preocupada.

—No lo sé. No creo que convenga agobiarlo, pero tampoco abandonarlo a su suerte.

—¿Cómo interpretas su reacción?

—No quisiera ponerme freudiano; pero los pies, ya sabes...

—En cualquier caso, parece como si estuviera intentando pactar con su voz interior, buscando soluciones de compromiso. Viene aquí en busca de ayuda, pero luego huye; se corta las uñas de las manos, pero no las de los pies...

—De ese modo obedece aparentemente, puesto que las manos son la parte visible, y mantiene una parcela de rebeldía oculta.

—Es lo mismo que hacías tú con las clases de piano: fingías aceptarlas, pero te saltabas una de cada tres.

—Solo tenía diez años, Tita.

—Mario solo tenía ocho cuando se suicidó su madre.

No había arreglado la cerradura: se había limitado a encajarla de nuevo en la madera astillada. Llamé insistentemente al timbre, pero sin éxito. Empujé la puerta con fuerza y la cerradura volvió a desprenderse lo suficiente como para que el resbalón se saliera de su encaje.

Tras cerciorarme de que no había nadie en la casa, bajé a una ferretería que había

visto en la acera de enfrente y compré tornillos y cola de contacto. Desmonté la cerradura con mi navaja suiza y pegué los trozos de madera que se habían desprendido. Mientras la cola se secaba, eché una ojeada por la casa. Lo único interesante que encontré fue un bloc de dibujo lleno de bocetos. La mayoría eran retratos de una mujer dormida, de rostro hermoso y apacible. Eran muy buenos.

Volví a fijar la cerradura con unos tornillos más largos y gruesos que los anteriores, para que se agarraran bien a la madera dañada. No quedó perfecta, pero ya no se podría abrir la puerta de un empujón. Estaba contemplando mi obra desde el interior de la casa cuando sonó el timbre. Apliqué el ojo a la mirilla y vi a Amparo. Tras dudar unos instantes, abrí la puerta. No pareció sorprenderse mucho.

—¡Hola! —exclamó alegremente al verme—. Así que fue Mario el amigo que te habló bien de mí.

—Hola, Ampa, qué agradable sorpresa —dije apartándome para dejarla pasar—. Mario no está.

—¿Se encuentra bien? Habíamos quedado en mi casa y no ha venido, ni me ha llamado...

—Pues precisamente por eso estoy yo aquí. Ha desaparecido, no contesta al teléfono... He venido por si le había pasado algo, pero no está. ¿Sabes dónde podría haber ido?

—Ni idea.

—¿Os veis muy a menudo?

—Casi todas las semanas.

—¿Te importa que nos sentemos y charlemos unos minutos?

—No, claro que no. A lo mejor aparece dentro de un rato. Mario suele acostarse temprano.

Nos sentamos en un confortable sofá, frente a una chimenea que parecía no haber sido usada nunca, y tras una pausa dije:

—Mario tiene problemas, Ampa. Problemas psicológicos... ¿Sabes lo de su madre?

—Sí —contestó con un suspiro—. Pobrecillo, tuvo que ser horrible. Intentas despertar a tu madre por la mañana, y está muerta. Y a los ocho años ni siquiera sabes muy bien lo que es eso. Crees que está dormida, la llamas, la sacudes, le tocas la cara y está fría como el mármol...

—Estoy intentando ayudarlo, Ampa. Ayudarlo a superar el trauma del suicidio de su madre. Y tal vez pudiera ayudarlo mejor si supiera cómo se relaciona contigo. Ya sabes que el comportamiento de un hombre con las mujeres tiene bastante que ver con la relación que tuvo de niño con su madre.

—Sí, algo de eso sé. Cuando no me hablan de su mujer, la mayoría de mis clientes me hablan de su mamá. Debería cobrarles tarifa doble por poner la oreja... Pero Mario es muy discreto. Me contó que su madre tomaba pastillas para dormir, y que un día decidió dormir para siempre y se las tomó todas de golpe, y que él a la

mañana siguiente no consiguió despertarla. Pero luego casi no volvió a hablar de ella. En realidad, habla muy poco; prefiere escuchar. Y yo soy tan charlatana... A veces pienso que debería pagarle yo a él: me invita a cenar, me escucha con atención, me da consejos, y ni siquiera me folla.

—¿Nunca...?

—No, nunca. Me paga por dormir con él una vez a la semana. Dice que le encanta verme dormir. Y es una pena que no follemos, porque con él me gustaría. Es tan guapo y tan educado... No es que me queje de los demás, que conste; sus amigos del bar de Rafa son muy simpáticos y me tratan muy bien; pero no me apetece follar con ellos. Tampoco me disgusta, yo nunca me acuesto con alguien que me desagrade; pero no me apetece, y con Mario sí. Es una pena. No se puede tener todo.

Tenía razón Amparo: Mario llegó una media hora después. No pareció sorprenderse demasiado al encontrarnos en su casa.

—Gracias por arreglarme la cerradura —me dijo desde la puerta con una cansada sonrisa.

—Es lo menos que podía hacer —contesté un tanto azorado por la insólita situación—. No ha quedado perfecta, pero aguantará hasta el próximo hachazo.

—¿Estás bien, Mario? —le preguntó Amparo levantándose del sofá y yendo a su encuentro.

—Sí, Ampa, discúlpame por no haberte avisado. Estoy un poco...

—No te preocupes, cielo —lo interrumpió ella acariciándole la mejilla—. Anda, siéntate. Voy a preparar una tila.

Mario se dejó caer en el sofá sin decir palabra y con la mirada perdida, y yo no quise perturbar su silencio. Al cabo de unos minutos, volvió Amparo trayendo una bandeja con tres tazas humeantes y anunció alegremente:

—¡Tila para todos!

Mario no dijo nada, pero le mandó un beso con la punta de los dedos. Amparo dejó la bandeja sobre la mesa baja que había delante del sofá y se sentó en un puff cerca de Mario, que salió de su ensimismamiento para hacer de anfitrión. Puso una taza delante de Amparo y otra delante de mí diciendo:

—¿Azúcar?

—No, gracias —contesté cogiendo mi taza.

A Amparo no le preguntó; debía de conocer sus hábitos. Cogió de la bandeja la cajita dispensadora y dejó caer en la taza de la chica una pastilla de edulcorante, y luego otra.

—Gracias, cielo —dijo ella.

Pero Mario dejó caer una tercera pastilla, y una cuarta...

—Me gusta muy dulce, cielo, pero no te pases —protestó Amparo riendo.

Y una quinta, y una sexta...

Y de pronto lo supe, como si una voz melodiosa me lo hubiera susurrado al oído.

—Tu madre no se suicidó, Mario —dije sorprendiéndome a mí mismo.

Él dejó de echar pastillas en la taza de Amparo y me miró con ojos ausentes. Ya era tarde para echarse atrás. Tenía que llegar hasta el final.

—Querías que durmiera bien —proseguí—, porque cuando se levantaba descansada no te reñía ni te amenazaba; pero sobre todo porque querías verla tranquila, con el rostro distendido y hermoso, como cuando estaba profundamente dormida. Y por eso le echaste muchas pastillas en la taza, para que durmiera mejor que nunca y tuviera los más dulces sueños... Ella no te abandonó, Mario. Y tú no la mataste: tenías ocho años y querías ayudarla, eso es todo. No debió de dejar los somníferos al alcance de un niño, pero esa fue su única falta; un error trágico, pero comprensible. No te abandonó, Mario; no antepuso su sufrimiento al tuyo.

Él seguía inmóvil, mirándome sin verme, con la cajita de pastillas edulcorantes en la mano. Con los ojos llenos de lágrimas silenciosas, Amparo se levantó del puf, se sentó en el brazo del sofá y apretó contra su pecho la cabeza de Mario.

Celebración

Había luz en una de las ventanas del apartamento de Leonor. Me acerqué resueltamente al portal, pero mi mano se detuvo a unos centímetros del portero automático. De pronto me sentí absurdo, incongruente, y me quedé allí plantado durante varios minutos, contemplando la hilera de timbres como si esperara una señal.

Y la señal llegó. El vecino insomne salió de la portería con su perro, me sonrió con cara de reconocerme y sostuvo la puerta para que yo pasara, así que le di las gracias y entré.

Subí por las escaleras. A oscuras, como un ladrón. Y seguramente me habría vuelto a ir sin atreverme a llamar a la puerta de Leonor, de no ser porque del apartamento contiguo al suyo salió una chica que me miró con cierta extrañeza (o eso me pareció), lo que me obligó a actuar con normalidad. Y lo normal cuando uno está plantado delante de una puerta es llamar al timbre.

En cuanto la chica se metió en el ascensor, me di la vuelta para irme corriendo escaleras abajo. Pero en ese momento Leonor abrió la puerta.

—¿Ahora llamas antes de entrar? —dijo con una sonrisa burlona. Llevaba una bata de seda gris, como la de su abuela. Me pregunté si debajo llevaría un camisón como el de su hermana.

—Solo cuando pretendo que me inviten a una copa —contesté animado por su recibimiento relativamente cordial.

—Anda, pasa. Pareces necesitarla.

—Desde luego. Creo que acabo de resolver un caso difícil, o de asistir a su resolución espontánea, así que debería de ser una copa de celebración; pero...

—¿Pero?

—No sé... ¿Te importa que te lo cuente? Es un caso en cierto modo paralelo al tuyo, o más bien perpendicular.

Se lo conté mientras bebíamos ron sentados en un mullido sofá en forma de ele. Un ron excelente, suave y aromático, cuya marca no logré identificar.

—Creo que sí, que tienes motivos para celebrarlo —dijo Leonor tras escuchar mi relato con atención—. Igual que ambos tenemos motivos para celebrar la resolución de mi caso... Y lo hemos hecho cumplidamente, por cierto; casi nos hemos acabado una botella entre los dos.

—El supuesto homicidio de tu padre resultó ser un suicidio, y el supuesto suicidio de la madre de Mario resultó ser un homicidio... ¿No es un poco extraño que una cosa sea celebrable y su contraria también? Me recuerda la paradoja del cuervo...

—¿La paradoja del cuervo? ¿Tiene algo que ver con Poe?

—Con su discípulo Conan Doyle y el divino método de Holmes...

—Deja de desvariar, no hay ninguna paradoja. Lo celebrable es lo mismo en ambos casos, bobo, y si no estuvieras al borde del coma etílico, lo verías claro. Tanto Mario como yo estábamos atrapados en un montaje que, en el fondo, sabíamos que era falso; asumir la verdad después de tantos años ha sido para mí como salir de un túnel, y estoy segura de que él sentirá lo mismo. ¿No sabes que la verdad nos hace libres?

—Claro. Por eso mentimos: por miedo a la libertad... Me temo que tanto Mario como tú tendréis que pagar un precio por salir del túnel.

—Por supuesto. La libertad nunca sale gratis. Pero siempre vale más de lo que pagamos por ella.

—Brindo por eso... O brindaría, si tuviera con qué —farfullé tendiéndole mi vaso vacío.

—¿No crees que ya has bebido bastante? —dijo ella cogiendo mi vaso y dejándolo junto al suyo, también vacío, como en un brindis mudo.

—Supongo que sí... porque tengo unas ganas locas de darte un beso —contesté sorprendiéndome de mi propia audacia—. ¿Puedo besarte?

—Si tienes que pedir permiso, es que no puedes —contestó con una sonrisa burlona.

Luego me cogió de una oreja y me besó en la boca.

No llevaba un camisón como el de su hermana debajo de la bata de seda. No llevaba nada. Y se lanzó sobre mí con tanta fuerza que caímos del sofá y rodamos por la alfombra.

—No quisiera aprovecharme de una decisión tomada bajo los efectos del alcohol —dije mientras ella luchaba infructuosamente con los botones de mi camisa.

—La decisión de emborracharme la he tomado estando sobria —me susurró al oído.

Y acto seguido se quedó dormida.

—Tienes un aspecto lamentable —dijo Marta nada más verme—. O te fue muy mal anoche, o te fue muy bien.

—Las dos cosas —contesté dejándome caer en el sofá—. Mario...

—Lo sé. Ha venido a primera hora para darte las gracias. Me lo ha contado todo. Incluso lo que hizo después de que te marcharas de su casa. Esa Amparo debe de ser una chica estupenda.

—Lo es. Cuando me abandones, la contrataré a ella como secretaria y mentora.

—No aceptará; tiene un trabajo mucho mejor remunerado. Y más respetable.

—Y además tiene a Mario... ¿Cómo lo ves?

—Está muy afectado, como es lógico; lo alarmante sería que no lo estuviera. Pero

estoy segura de que saldrá adelante.

—Estupendo... ¿No ha llamado nadie?

—Si «nadie» bebió lo mismo que tú, lo más probable es que aún esté durmiendo.

—¿Cómo sabes...?

—¿Que has bebido más de la cuenta, que has estado con Leonor, que estás ansioso por volver a verla? Me chupé tus primeras borracheras y tus primeros amores, ¿recuerdas? No, de las borracheras seguro que no te acuerdas.

—Preferiría no acordarme de los amores.

—Pues de este te acordarás. Las verdaderas mujeres fatales son las buenas; las malas son más fáciles de olvidar.

—Tu advertencia llega con doce horas de retraso, me temo.

—Aún no es tarde para tomar precauciones; aunque, conociéndote, no creo que vayas a tomar ni siquiera las más elementales... Es una chica complicada, puede que hasta peligrosa, con un culebrón familiar que ríete tú de Antígona... Pero hay que reconocer que tiene a su favor lo más importante.

—¿A saber?

—Mi visto bueno.

Llamó a primera hora de la tarde.

—Te debo una disculpa —dijo sin preámbulos.

—No te preocupes —contesté intentando sonar desenfadado y mundano—. Teniendo en cuenta lo que trasegaste, lo raro es que no te desmayaras antes.

—No me desmayé. Me hice la dormida. Lo siento, me temo que no estoy preparada para... la intimidad. Y no quiero utilizarte como cobaya.

—Mientras no me abras en canal como a una rana para ver latir mi corazón, no me importa que experimentes un poco.

—No sería justo, ni contigo ni conmigo misma... Pero creo que podemos ser amigos.

—Vaya, no aspiraba a tanto. Me habría conformado con ser tu amante.

Alicia es el País de las Maravillas

El tercer horror

Hay dos grandes horrores —dijo el hombre sentado frente a mí, con el bello y pálido rostro ensombrecido por una profunda tristeza.

De entre cincuenta y sesenta años (hay casos en los que es difícil acertar con un margen de error menor de una década), con el entrecano cabello revuelto y sus anticuadas gafas de concha, parecía un galán de cine interpretando el papel de un intelectual.

«¿Solo dos grandes horrores?», pensé. Y como si me hubiera leído el pensamiento, el hombre prosiguió:

—Hay muchos más, claro; pero yo diría que los grandes horrores individuales son la muerte y la locura. La muerte o la locura de un ser querido, por supuesto, ya que, por definición, la propia muerte o la propia locura no son perceptibles.

—Tengo la impresión de que ha conocido muy de cerca ambos horrores —aventuré.

—Muy de cerca, sí —dijo asintiendo con un leve e insistente movimiento de la cabeza que más parecía un tic nervioso—. Y recientemente he conocido un tercer tipo de horror cuya existencia desconocía... No sé muy bien qué nombre ponerle... El horror de la ambivalencia extrema, tal vez, del amor-odio sin solución de continuidad... El horror de la *monstruación* instantánea...

—La ambivalencia es la materia misma de las relaciones humanas y, como reza el tópico, del amor al odio solo hay un paso —dije aprovechando la ensimismada pausa de mi interlocutor—. Y los monstruos acechan por doquier. Parece ser que lo singular de su caso es, por así decirlo, la inmediatez, la ausencia de una zona intermedia, de un tránsito que...

—Exacto —me interrumpió él asintiendo con redoblada insistencia—. Alicia es el País de las Maravillas, donde creces de pronto hasta convertirte en un gigante y al instante siguiente eres un enano miserable, donde un bebé se convierte en cerdo sin pasar por ninguna fase híbrida intermedia, donde te cortan la cabeza sin ningún motivo... Donde el amor y el odio están a menos de un paso... Dar un paso es recorrer un espacio en un tiempo; un espacio y un tiempo pequeños, pero reales y perceptibles. En el País de las Maravillas que es Alicia, el amor se convierte en odio de forma instantánea e inmóvil, sin causa aparente, sin salir de tus brazos, como el bebé que se convierte en cerdo.

—Tal vez, si me refiriera los hechos concretos que han dado lugar a sus reflexiones... —dije tentativamente.

—Sí, claro, disculpe, tiendo a irme por las ramas; sobre todo porque ya no sé

dónde está el tronco, ni a qué clase de árbol me he encaramado. Y ya no puedo bajar. Las ramas no me dejan ver el árbol ni el suelo... Alicia es la hija tardía de unos amigos de mis padres, y es mucho más joven que yo. La conocí cuando ella era un bebé, pero no volví a verla hasta hace un par de años, pues nuestros respectivos progenitores se distanciaron a los pocos meses de su nacimiento. Y nos enamoramos (o eso creía yo) enseguida. Pero desde el primer momento ella mostró una desconcertante y dolorosa ambivalencia. Hacíamos el amor apasionadamente, y nada más terminar se iba con cualquier pretexto. O se enfadaba por cualquier nimiedad en el momento en que parecía más contenta de estar conmigo... Y la última vez fue horrible. Me llamó por teléfono de madrugada, me dijo que estaba muy mal y me pidió que fuera a verla. No vive muy lejos de mi casa, de modo que fui corriendo a reunirme con ella. Literalmente corriendo. Llegué jadeante y sudoroso, y nada más abrir la puerta empezó a gritarme y a insultarme, y sin darme tiempo a reaccionar me echó a empujones de su casa. De esto han pasado tres meses, y por más que lo he intentado, no he conseguido verla ni hablar con ella... ¿No le parece terrible?

—Tan terrible como desconcertante —asentí—. Pero no veo de qué manera podría yo ayudarle a recuperar...

—Ya he renunciado a Alicia —me interrumpió él haciendo un evidente esfuerzo por contener las lágrimas—. O más bien ella ha renunciado a mí; pero necesito una explicación, por dolorosa que sea, o me volveré loco.

Nariz de oro

Al abrir la puerta de mi despacho para cederle el paso a mi cliente, vi a tía Marta retirándose rápidamente para que no se notara que había estado escuchando con la oreja pegada al paño. Lo cual no me habría sorprendido en absoluto, pues lo hacía sistemáticamente, de no ser porque a su lado estaba Verónica, la hermana de Leonor.

Mi cliente pasó junto a ellas saludándolas con una leve inclinación de cabeza y cruzó el vestíbulo con la rigidez de un autómata.

—Qué tipo tan extraño —comentó Verónica en cuanto cerré la puerta tras él—. Es inodoro, además de incoloro y probablemente insípido.

—Debes de estar resfriada —repliqué—. Huele a lavanda.

—A lavanda inglesa de Gal, concretamente; pero a nada más: no tiene olor corporal.

—Nadie carece de olor corporal, querida —intervino Marta—. Ningún mamífero, al menos.

—Pues no es un mamífero —sentenció Verónica—. O, por algún motivo, además de bañarse en agua de colonia, usa cantidades industriales de desodorante neutro; a base de alumbre de roca, probablemente. Mi nariz de oro nunca falla.

—Un momento... —dijo Marta entornando los ojos—. Alicia lo rechazaba después de hacer el amor, y el último día él llegó a su casa jadeante y sudoroso. Y los padres de ambos se distanciaron al nacer ella, que fue una hija tardía...

—¡Son hermanos! —exclamó Verónica—. El padre del inodoro se beneficiaba a la madre de Alicia. El cornudo fue el último en enterarse, como de costumbre, pero acabó descubriéndolo al poco tiempo de nacer la niña y rompió con su falso amigo.

—Y Alicia, de forma inconsciente, capta el parentesco por el olor corporal —añadió Marta—; por eso lo rechaza cuando él suda: haciendo el amor o después de correr.

—Me encantaría que hubierais resuelto el caso sin más que escuchar detrás de la puerta y oler a mi cliente al pasar, pero...

—No hay pero que valga, querido —me interrumpió Marta—. Deberías ver más telenovelas colombianas.

Parece ser que el vello de las axilas y sus numerosas glándulas sudoríparas apocrinas tienen por objeto concentrar e intensificar nuestro olor corporal, resaltar nuestra huella olfativa única e irrepitible. Muchos animales se guían por las huellas olfativas de sus congéneres para identificar a sus parientes; pero en la mayoría de los humanos el olfato está atrofiado. E incluso las personas con un olfato hipersensible (las «narices de oro») suelen reprimir los mensajes olfativos, a menudo turbadores.

Si, al igual que los perros, pudiéramos oler la excitación sexual, el miedo, la agresividad, la angustia y otras emociones, la vida en grupo podría volverse aún más complicada de lo que es. Pero incluso un olfato atrofiado o reprimido puede enviar de vez en cuando al cerebro mensajes imposibles de ignorar. Mensajes que tal vez no se interpreten de forma correcta, o no se interpreten de ninguna manera consciente, pero a pesar de ello (o precisamente por ello) muy turbadores... Sin saber por qué, mi desventurado cliente intentaba enmascarar su olor corporal, y a menudo lo conseguía. Sin saber por qué, Alicia lo rechazaba cuando ese olor lograba manifestarse y le revelaba, sin palabras ni imágenes, pero con la fuerza de un resplandor deslumbrante o un grito inarticulado, el oscuro secreto de su parentesco...

La voz de tía Marta interrumpió mis cavilaciones.

—Me voy —dijo de pronto—. Son casi las nueve, y no me pagas horas extraordinarias.

—Hasta mañana, Tita —me despedí mientras le abría la puerta.

Y solo al cerrarla tras ella caí en la cuenta de que Verónica seguía allí.

—Me miras como si fuera una aparición —dijo con una sonrisa inquietante, entre tímida y burlona.

—¿No lo eres? —contesté afectando una tranquilidad que no sentía en absoluto.

—Puedes tocarme para comprobarlo.

—No, gracias. La última vez que te toqué casi me costó un testículo.

—Lo siento. Una de las razones por las que he venido es para disculparme.

—No fue culpa tuya.

—No del todo, pero en parte sí. La idea de ponerte a prueba... de la forma en que lo hice fue mía; lo que no sabía era que mi madre iba a hacer fotos equívocas para desprestigiarte a los ojos de Leonor.

—¿Fue tu madre? —exclamé fingiendo sorpresa.

—Sí. Te hizo creer que no estaba en casa para poder espiarte... y chantajearte, llegado el caso —contestó Verónica dejándose caer en el sofá.

—Y aunque no llegara el caso... Por cierto, creo que me pasé con lo de la cabra —dije sentándome con cautela en el otro extremo del sofá.

—En realidad, no llegaste.

—¿Qué quieres decir?

—Fingí estar muy ofendida, pero no te creí ni por un momento.

—Pues deberías haberme creído, Verónica; la forma fue poco afortunada, pero el fondo era totalmente cierto: te aseguro que no podría acostarme contigo ni borracho.

—Vamos a comprobarlo.

Se levantó con afectada indolencia, caminó lentamente hasta el pequeño mueble bar que había al otro lado del vestíbulo, cogió un vaso alto y lo llenó de ron hasta la mitad. Volvió al sofá, se sentó muy cerca de mí y me tendió el vaso.

—Toma —dijo mirándome fijamente a los ojos.

—Si me bebo eso en ayunas, no podrás comprobar nada, pues me desmayaré en

el acto.

—Correré el riesgo. Tómate esto, demuéstrame que eso de que ni borracho te acostarías conmigo no son meras palabras para salir del paso, y no volveré a importunarte.

—De acuerdo —dije tras una breve pausa—. Librarse de una acosadora adolescente bien vale un coma etílico.

Cogí el vaso que ella me tendía y lo apuré de un trago.

Pero no me desmayé. Me volví loco.

Verónica, con su corta falda blanca y su blanco muslo pegado al mío, con los pezones turgentes que parecían a punto de perforar su camiseta de algodón, se convirtió de pronto en la encarnación misma de la lujuria.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, aparté los ojos de sus muslos ligeramente separados y de su sonrisa invitadora, y, sin poder apartar la mente de sus otros labios presumiblemente entreabiertos y húmedos, me levanté del sofá. Pero me fallaron las piernas y tuve que volver a sentarme.

—Mi nariz de oro me dice que estás listo para la ceremonia de la desfloración —me susurró Verónica al oído.

Sin dejar de sonreír, se levantó, me cogió de la mano y me arrastró hasta el dormitorio. Me desplomé sobre la cama boca arriba y ella me quitó la ropa parsimoniosamente, como si desvistiera a un maniquí, sin que yo pudiera ofrecer resistencia alguna. Luego se desnudó y se tumbó encima de mí con las piernas abiertas.

—Me alegro de comprobar que el rodillazo de Leonor no te ha dejado inútil —me dijo al oído mientras frotaba su pubis contra mi miembro erecto, que parecía a punto de estallar.

El nombre de Leonor fue como esas palabras clave que hacen despertar a los hipnotizados. No tenía fuerzas para quitarme a Verónica de encima, pero sí para hacerle cosquillas en las axilas. Y funcionó.

—¡Eso es hacer trampas! —exclamó riendo y retorciéndose como un pez fuera del agua—. ¡Para!

—Si hacerte cosquillas es hacer trampas —farfullé cuando por fin conseguí quitármela de encima—, ¿cómo llamarías a lo que has echado en el ron?

—Lo llamaría una equilibrada mezcla de ácido lisérgico y clorhidrato de yohimbina.

—Tienes suerte de que solo tenga fuerzas para hacerte cosquillas...

—A juzgar por las apariencias, yo diría que tienes fuerzas para algo más... ¿De verdad quieres que desperdiciemos esa magnífica erección?

Saqué a duras penas la almohada de debajo de mi cabeza y la apreté con ambas manos sobre mi pene anormalmente erecto, como si quisiera ahogar sus gritos silenciosos. Verónica soltó una carcajada.

—Es conmovedora tu manera de defender tu virtud —dijo sin dejar de reír—. ¿O

estás defendiendo la mía?

Luego su voz burlona se tornó dulce y añadió en voz baja, acercando la boca a mi oreja:

—Has superado la prueba, mi buen caballero. Duerme tranquilo, que yo velaré tu sueño.

Me dio un beso en la frente y, entonces sí, perdí el conocimiento.

La dama de marfil

Desperté con la sensación de que no solo mi cabeza daba vueltas, sino también el tiempo. Pues Verónica estaba otra vez tumbada sobre mí con las piernas abiertas, susurrándome algo al oído. Me asaltó la absurda idea de estar encogiéndose, como Alicia en el País de las Maravillas, porque su cuerpo parecía considerablemente más recio y pesado que antes.

Y lo era, pues el cuerpo de Verónica, como por arte de magia, había sido sustituido por el de Leonor. Y lo que me susurraba al oído era:

—Penétrame, por favor.

—¡Leonor! —exclamé estupefacto—. ¿Cómo...?

—¿No sabes cómo? —me interrumpió riendo—. No me digas que tú también eres virgen... Pero así no —añadió con voz súbitamente angustiada—, no quiero estar encima de ti.

Me abrazó con fuerza, rodó sobre la cama y quedé encima de ella, entre sus muslos.

—Leonor... —farfullé sin dar crédito a lo que estaba sucediendo—. ¿No deberíamos hablar?

—Tenemos todo el tiempo del mundo para hablar —respondió con su boca pegada a la mía—. Ahora penétrame, por favor.

Muy lentamente, apoyándome sobre los codos y las rodillas, me deslicé sobre la cama hasta que mi glande rozó su vulva húmeda y caliente. Me invadió una sensación tan intensa de paz y felicidad, unida a una especie de temor reverencial, que, todavía bajo los efectos del ácido lisérgico, por un momento pensé que iba a levitar.

Pero lo que ocurrió fue que Leonor se convirtió en Primo Carnera, el gigantesco campeón mundial de boxeo y luego de lucha libre que sometía a sus contrincantes estrujándolos entre sus piernas de acero. Lanzando un espeluznante alarido de valquiria, Leonor flexionó las rodillas, enlazó los pies, y sus muslos se convirtieron en una boa constrictora dispuesta a destrozarme las costillas flotantes.

Afortunadamente, la constricción no duró más que el grito de guerra. Como si despertara bruscamente, Leonor aflojó la presa y, con las primeras luces del alba, vi su rostro crispado por el espanto.

—¿Te he hecho daño? —exclamó angustiada.

—No —mentí—, estoy bien... ¿Y tú?

—Perdóname, ha sido un acto reflejo... Estaba medio dormida, como en trance... Cuando estaba encima de ti he tenido una fugaz visión de mi padre con la cabeza ensangrentada, por eso te he pedido que te pusieras encima... Deseaba tanto hacer el

amor contigo... No sé qué me pasa...

—Tranquilízate, Leonor —dijo saliendo de entre sus piernas y tumbándome a su lado—; no pasa nada, es normal que estés tensa... ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Tardó unos segundos en contestar. Por fin, mientras le acariciaba suavemente la cabeza, se abrazó a mí y me dijo en voz muy baja, como si le costara hablar:

—Verónica me ha llamado por teléfono hace un par de horas y me lo ha contado todo. He venido corriendo para ver cómo estabas, y también para darte las gracias y pedirte disculpas... Y cuando he entrado aquí y te he visto en la penumbra... No sé qué me ha pasado, ha sido como entrar en trance...

—¿Qué te parece si dormimos un poco? —le propuse tras una pausa—. Los dos lo necesitamos. Y, como has dicho antes, tenemos todo el tiempo del mundo para hablar.

—Tienes razón —dijo con voz desfallecida—. Gracias... Has sido tan bueno y tan paciente conmigo que...

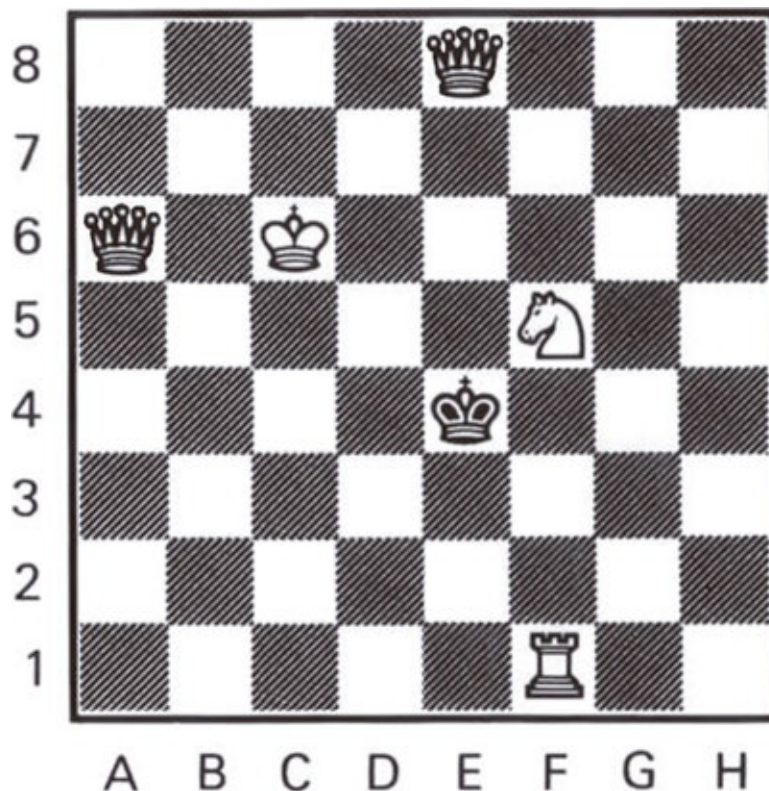
Se durmió sin terminar la frase. O yo me dormí sin acabar de oírla.

Me desperté sobresaltado.

Leonor se había ido. Aunque los efectos del ácido lisérgico todavía no habían desaparecido del todo, podía controlar mi cuerpo razonablemente bien. Me levanté de un salto y fui corriendo al vestíbulo. Verónica dormía tumbada en el sofá, pero Leonor no estaba.

Me dejé caer en una silla, y entonces me di cuenta de que la puerta de mi despacho estaba entornada. Yo nunca la dejaba así: o la cerraba o la dejaba abierta del todo.

Muy lentamente, como en un sueño, fui hasta la puerta y la empujé con suavidad para no hacer ruido. Y allí estaba Leonor, magnífica en su blanca desnudez, como una diosa celta, componiendo una posición en el tablero de ajedrez. Una extraña posición que completó quitándose la dama de marfil que llevaba colgada del cuello y colocándola en la casilla e8.



Un jaque mate con un solitario rey negro acorralado por el rey blanco, dos damas, una torre y un caballo. Una posición inverosímil, aunque lícita, a la que no se podía haber llegado en el curso de ninguna partida razonable, y que sin embargo me resultaba familiar... Y de pronto, a pesar de los vapores residuales del alcohol y el ácido (o tal vez gracias a ellos), lo vi. Era la posición final de una partida nada razonable pero sobradamente conocida, aunque nunca desarrollada en un tablero: la que sin darse cuenta juega Alicia al avanzar por el mundo del otro lado del espejo. En el último capítulo, Alicia, el peón blanco que acaba de coronar en la casilla d8 para convertirse en dama, captura a la Reina Roja en e8 y da jaque mate al Rey Rojo.

Leonor me miró sin verme y, caminando muy lentamente, salió del despacho. La seguí hasta el dormitorio, sin atreverme a tocarla ni a decirle nada. Se tumbó en la cama boca arriba, cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los ojos.

Y mientras la contemplaba sobrecogido, con una extraña mezcla de angustia y felicidad, llamaron a la puerta.

Me puse apresuradamente el batín y corrí a abrir. Era María.

—¿Está aquí mi hija? —preguntó sin preámbulos.

A modo de respuesta, me aparté para dejarla pasar. Verónica seguía durmiendo a pierna suelta en el sofá.

María la miró con un gesto de exasperada resignación, pero no la despertó. Yo la tomé suavemente del brazo y la invité a pasar a mi despacho.

—Vaya, mi otra hija también está aquí —dijo en cuanto cerré la puerta tras ella—. ¿Qué les das, chato? Aunque yo no soy la más indicada para preguntarlo...

—¿Cómo lo has adivinado? —pregunté sorprendido.

—En primer lugar, porque un caballero como tú le habría cedido su cama a

Verónica..., de no estar ocupada por otra mujer.

—Celebro que tengas tan buena opinión de mí. Pero esa otra mujer no tendría por qué ser Leonor.

—¿Estás seguro?

—En cualquier caso, tú no puedes saber que no podría ser otra.

—Claro que puedo saberlo. Sobre todo si veo su colgante de marfil, del que nunca se desprende, sobre tu tablero de ajedrez. Debes de ser la primera persona con la que se lo ha quitado todo.

—Y ya que estamos, ¿tienes idea de lo que puede significar para ella esa posición? —pregunté tras una pausa.

—Ni idea. El ajedrez no es lo mío —contestó María sentándose en la butaca que había junto a mi escritorio—. Leonor solía jugar con su padre —añadió con la mirada perdida.

—¿Con su padre o con tu marido?

—Vale, listo; con mi difunto esposo.

De pronto todo adquirió sentido. Alicia había pasado al otro lado del espejo para ocupar el lugar de la Reina Roja y dar jaque mate al Rey Rojo. La reina sangrienta. El rey de cabeza ensangrentada... Un muerto no sangra, luego el botellazo en la cabeza lo había recibido estando vivo. Y Leonor había tenido la visión cuando yo estaba debajo de ella; por eso me había pedido que me pusiera encima...

—No se suicidó, ¿verdad? —dije tras una larga pausa.

—¿Me lo dices a mí? —replicó María encogiéndose de hombros—. El de la hipótesis del suicidio eres tú, ¿recuerdas?

—Me equivoqué, sí; pero solo a medias. No estaba encima de Leonor cuando le diste el botellazo, ¿verdad?

—Eres muy listo, chato... Pero ni tienes pruebas ni tienes ningún interés en perjudicarme, ¿a que no?, y resulta que...

—Resulta que Leonor tiene nariz de oro, igual que Verónica, ¿no es cierto?, y su olfato hipersensible le decía que tu encantador marido no era su padre, por lo que el tabú del incesto no funcionó y se enamoró de él. Y al menos una vez fue en su busca, seguramente sonámbula, y hasta llegó a sentarse a horcajadas sobre él...

—Déjalo, chato.

—¿Por qué? Tú misma lo has dicho: no tengo pruebas ni interés alguno en perjudicarte.

—Pues ya está. ¿Qué importancia tienen los detalles?

—¿Te parece un detalle sin importancia el hecho de que no fueras tú sino Leonor quien lo mató?

Era un farol dictado por una oscura intuición (así como por la excesiva facilidad con que ella había admitido la nueva versión del homicidio, como si la considerara un mal menor que le permitía ocultar algo aún más grave); pero su súbita palidez me reveló que había acertado.

María me miró en silencio durante un largo minuto. Luego se giró hacia la ventana, como si sus ojos buscaran una vía de escape, y dijo con voz átona:

—Estábamos discutiendo, por decirlo de forma suave... Leonor entró en nuestra habitación con la mirada perdida, como ausente, y cogió la botella de ron que había sobre la mesilla de noche... El golpe iba dirigido a mí... Él intentó sujetarla y, como estaba borracho, le falló la coordinación y se llevó el botellazo de lleno en la cabeza. Ya ves, a la postre mi amante esposo dio su vida por mí... No hace falta que te diga que no se lo cuentes a Leonor, porque sé que harás lo que sea mejor para ella. Y si ahora que ha abierto la caja de Pandora los recuerdos afloran a la superficie, sé que la ayudarás a afrontarlos. Solo tú puedes hacerlo, chato...

Leonor seguía durmiendo con los brazos cruzados sobre el pecho. Blanca sobre la blanca sábana, en la críptica penumbra parecía la estatua yacente de un sarcófago de mármol.

—Eres el País de las Maravillas —dije en voz muy baja, como quien susurra una oración—, el mundo inferior despóticamente gobernado por la Reina de Corazones, el otro lado del espejo de Narciso, el ajedrez viviente donde la niña se convierte en dama y mata al rey...

Con sumo cuidado, volví a poner alrededor de su cuello la cadena de plata de la que colgaba la dama de marfil. Luego me tumbé a su lado, física y mentalmente exhausto, y cerré los ojos, confiando en poder dormir un poco. Tía Marta no tardaría en llegar.